

UNIVERSIDAD DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA



TESIS DOCTORAL

**Vida humana y medicina en la obra literaria de la
generación del noventa y ocho**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Antonio Martín de Prados

Madrid, 2015

R. 35.794

TA 1096

UNIVERSIDAD CENTRAL DE MADRID

FACULTAD DE MEDICINA



5308804575

“VIDA HUMANA Y MEDICINA EN LA OBRA LITERARIA
DE LA GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO”

(TESIS DOCTORAL)

Antonio Martín de Prados

TESIS DOCTORAL presentada para optar
al título de Doctor en Medicina y Ci-
rugía, dirigida por el Excmo. Sr. Ca-
tedrático Dr. P. Lain Entralgo.

Madrid, 1962

UNIVERSIDAD DE MADRID
FACULTAD DE MEDICINA

ACTA DEL GRADO DE DOCTOR

REUNIDO EL TRIBUNAL EXAMINADOR, CONSTITUIDO POR LOS JUECES
QUE SUSCRIBEN LA PRESENTE ACTA, EL ASPIRANTE LEYÓ SU MEMORIA DOCTORAL
QUE HABÍA ESCRITO LIBREMENTE SOBRE EL SIGUIENTE TEMA: "VIDA HUMANA Y
MEDICINA EN LA OBRA LITERARIA DE LA GENERACIÓN DEL NOVENTA Y OCHO"

TERMINADA LA LECTURA ANTE LOS SEÑORES JUECES DEL TRIBUNAL
ÉSTE CALIFICÓ DICHO TRABAJO CON LA NOTA DE:

SOBRESALIENTE

MADRID, 6 DE JULIO DE 1962

PONENTE: Dr. P. LAÍN ENTRALGO

TRIBUNAL

PRESIDENTE: Dr. VELÁZQUEZ

VOCAL: Dr. P. LAÍN ENTRALGO

VOCAL: Dr. GARCÍA ORCOYEN

VOCAL: Dr. S. GRANJEL

VOCAL SECRETARIO: Dr. BOTELLA

INDICE

PROLOGO	Pág.	11
INTRODUCCION		15
CAPITULO I. NACIMIENTO Y VIDA		21
IDEA DEL NACER		23
IDEA DE VIDA		25
¿QUÉ ES LA VIDA?		26
SENTIMIENTO DE LA VIDA		28
SENTIDO DE LA VIDA		32
CAPITULO II. SALUD Y ENFERMEDAD		35
IDEA DE SALUD Y ENFERMEDAD		37
SENTIMIENTO DE SALUD		41
SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD		47
Sentimiento de aflicción		48
<i>Aflicción como molestia</i>		48
<i>Aflicción como impedimento</i>		70
Sentimiento de amenaza		77
Sentimiento de soledad		82
Sentimiento de recurso		87
Sentimiento de utilidad		91
Sentimiento de orgullo		133
Sentimiento ambiental		135

INDICE

CAPITULO III. VEJEZ	141
IDEA DE VEJEZ	143
VEJEZ SOMÁTICA Y ESPIRITUAL	145
SENTIMIENTO DE VEJEZ	149
Sentimiento de aflicción	150
<i>Malestar</i>	150
<i>Impedimento</i>	155
Sentimiento de amenaza	158
Sentimiento de recurso	160
Sentimiento de conformidad	161
VEJEZ, PSICOLOGÍA	163
CAPITULO IV. MUERTE	169
IDEA DE MUERTE	171
LA MUERTE COMO MISTERIO	172
LA MUERTE COMO TÉRMINO NATURAL Y FI- SIOLÓGICO DE LA VIDA	173
LA MUERTE COMO DESCANSO Y FINALIDAD.	175
LA MUERTE COMO NECESIDAD PARA LA VIDA.	177
SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE	178
LA MUERTE COMO SUCESO	196
MUERTE, PSICOLOGÍA	208
BIBLIOGRAFIA	219

INTRODUCCION

«Tal vez se nos reproche el excesivo uso que hacemos de los ejemplos literarios. Lo hacemos así por creerlo tan instructivo como las descripciones de los médicos. El artista recoge así impresiones directamente de la realidad, sin los prejuicios científicos que restan valor humano a las observaciones médicas... Por ello hemos de acudir a los grandes artistas, que son los psicólogos supremos... Hoy podemos estudiar los sentimientos humanos en las comedias de Shakespeare, mucho mejor que en el "Tratado de las pasiones" de Descartes. No hay que ser el príncipe que todo lo aprendió en los libros, pero tampoco el hombre que lo aprendió todo en la vida.»

(MARAÑÓN)

En torno al año de 1898 nacen a la vida de las letras, en España, un grupo de escritores que quedarán históricamente unidos entre sí por una denominación afortunada: Generación del noventa y ocho.

La «Generación del noventa y ocho» produce una obra literaria extraordinariamente fecunda; fecunda por su extensión; fecunda por su contenido; una obra literaria que influye, como pocas veces, en la vida y en el pensamiento de España; una obra, en suma, que da lugar a uno de los capítulos más importantes de nuestra literatura.

Desde el porqué de la vida, hasta el cómo de la muerte, el todo de la vida humana es el verdadero personaje de esta obra de la Generación del noventa y ocho, que agrupa como elementos constitutivos indiscutibles a UNAMUNO, BAROJA,

INTRODUCCION

AZORÍN, VALLE INCLÁN, GANIVET y ANTONIO MACHADO. Vida humana con sus hombres y sus mujeres, con sus cuerpos y sus espíritus, con el dolor de sus realidades, con las angustias de sus inquietudes y con las esperanzas de sus ilusiones.

Sobre la obra de estos escritores, así cargada de valor humano, hemos realizado nuestro trabajo, trabajo de médico, de médico al que las circunstancias, o el instinto quizá de una verdadera vocación, le han llevado a intentar caminar, no por esa vía de los grandes descubrimientos científicos, que Laín Entralgo nos dice es ardua y luminosa, sino por ese otro camino de la Medicina más recoleto, menos brillante, del que también Laín nos habla, y que es aquél que siguen los que «intentan comprender los enigmas del alma humana en estado de salud y de enfermedad, en las épocas llanas de la vida y en sus dramáticas etapas de inflexión, cuando se conmueve el fundamento vital de nuestra persona y se hace problemático, acaso turbulento, el curso de nuestro destino».

En efecto, hay muchas cosas que el médico querría saber, que el médico necesitaría saber y que no puede ser aprendido por no poder ser hallado en los gruesos tratados de los doctos. Al fisiólogo, al patólogo, al gran científico le pasaron desapercibidas, o hubo de despreciar para fuera de su propia experiencia, variantes humanas y matices inefables sólo posibles de ser captados por la sensibilidad exquisita del artista, y sólo posibles de ser expresados por la capacidad poética del escritor.

Es el pensador y el artista, observando al hombre con su extraordinaria capacidad de sentir y conocer, fruto quizá de anormalidad fecunda, el que vislumbra sentimientos y presentimientos, relaciones y dependencias en el enigma de la vida y de la muerte, del mayor valor y trascendencia para su conocimiento pleno.

Nuestra intención ha sido, pues, rastrear la obra de los

INTRODUCCIÓN

autores anteriormente citados como hombre con formación médica, como médico con vocación literaria, con el fin de recoger para la Medicina, dentro de los límites del trabajo, lo más que nos fuera posible entre lo mucho que de valor se encuentra en ella. La limitación que nos hemos impuesto en este trabajo nos ha obligado a dejar de recoger muchos de los abundantes datos llenos de valor para la Medicina que figuran en la obra literaria estudiada. Así, independientemente de aquellas referencias que hubiéramos deseado recoger y a nuestro pesar nos han pasado desapercibidas, otras muchas interesantísimas sobre Psicología, Psiquiatría, Medicina Natural, Medicina Social, etc., han quedado en espera de un nuevo posible trabajo que, presentándolo, permita aprovechar la riqueza de su contenido y el valor de sus intuiciones y sugerencias. En modo alguno pensamos poder descubrir revelaciones o datos de valor científico que supusieran una aportación trascendente para la citada Medicina, pero de lo que sí estuvimos siempre ciertos fue de encontrar intuiciones y sugerencias que al médico, que se enfrenta con el hombre, con su vida y con su muerte, le ayudarían, si no a saber más, sí, a lo menos, a comprender mejor. Intuiciones, sugerencias y hasta experiencias, que ya que no de «saberes» imposibles, nos hablarían de «sentires» que no engañan.

Hemos realizado el trabajo con todo cariño porque el tema nos atraía y porque ha sido una constante satisfacción saborear sus valores literarios, sus valores humanos y el valor médico de las muchas referencias encontradas sobre el tema tratado. A más de cariño, hemos puesto en nuestro hacer la máxima seriedad y rigor. Al juzgarlo, sin embargo, habrá de tenerse en cuenta que, si bien en la intención nos ha guiado nuestra ambición, en los resultados nos ha limitado nuestra capacidad. Ante la gran distancia que pudiera haber entre una y otra, sírvanos de justificación las palabras de FRAY LUIS DE GRANADA, que AZORÍN nos recuerda en su obra,

INTRODUCCION

cuando inclinado a la tolerancia y comprensivo con la humana capacidad, nos dice que «...siempre han de ser mayores los propósitos y los deseos que las obras, y, por tanto, el propósito ha de ser éste, y la obra llegar a donde más pudiese».

Finalmente y por un estricto deber de justicia, hagamos constar que este trabajo nunca hubiera llegado a realizarse sin la dirección, sin la comprensión y sin el estímulo permanente del Profesor don PEDRO LAÍN ENTRALGO. Por ello le debo y le reconozco mi más sincera gratitud, gratitud llena de afecto.

I

NACIMIENTO Y VIDA

IDEA DEL NACER

En todos los autores que estudiamos, excepto en UNAMUNO, es curiosa la falta de preocupación, de inquietud, ante el nacer, el acto más trascendental del ser. Nuestros autores encuentran al hombre ya en el mundo; encuentran al protagonista de la vida en escena y no requieren más explicación.

En efecto, solamente en UNAMUNO hemos encontrado definición para el nacer, aunque, ciertamente, como afirmación envuelta en paradoja y sin interrogante previo.

UNAMUNO, en el prólogo de su obra «De mi país», tras explicarnos cómo sus sueños se pierden, esfuman y anegan en el porvenir, lo mismo que se pierden, esfuman y anegan sus recuerdos en el pasado, nos ha dicho: «y de aquí que, jugando tal vez con las palabras, suela decirme a mí mismo que el morir es un *desnacer* y el nacer un *desmorir*» (1). Juego de palabras, es cierto, mas lleno de jugosas sugerencias, como aquella meditación, también de UNAMUNO, sobre el texto de Cajal en el que éste dice que «el feto fía el alumbramiento a la providencia orgánica de la madre», a diferencia «de la semilla enterrada que saca de sí misma, es decir, de su *albumen* y cotiledones, la energía para organizar

(1) UNAMUNO. "De mi país". Tomo I, pág. 164. "Obras Completas". Afrodísio Aguado. Madrid, 1951. (En adelante, estas "Obras Completas" de UNAMUNO, en su edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

NACIMIENTO Y VIDA

un tallo capaz de aflorar la tierra y de conquistar un puesto al sol»; de estos pensamientos UNAMUNO deduce «que no nace uno, sino que le nacen» (2); aguda explicación de cómo es el nacer, afirmación llena de verdad, sugerencia fecunda.

UNAMUNO, por otra parte, no solamente nos ha proporcionado una definición, aunque paradójica, del nacer, sino que nos ha dado su interpretación de este hecho que le inquieta. Sobre el nacer nos ha dicho: «se empieza a morir el día en que se nace» (3). «Todo lo que nace, nace para morir» (4); y, versificando la misma idea,

*«Nacer es una muerte
morir un nacimiento
vivir es un momento
de viaje a toda suerte» (5)*

e insistiendo,

*«Espejo que me deshace
mientras en él me estoy viendo;
el hombre empieza muriendo
desde el momento en que nace» (6).*

Es la idea anteriormente expuesta, a la vez coincidencia de pensamiento con VALLE INCLÁN, cuando, en «La Corte de los milagros», mientras las voces agonizaban esparcidas en la niebla crepuscular, y tras el entierro silbaba en su olivo

(2) UNAMUNO. "Libros y autores españoles contemporáneos". "Patriotismo y optimismo". Tomo V, pág. 378. "Obras Completas".

(3) UNAMUNO. "En torno a la lengua española. Sobre el Parlamento o Palabramiento". Tomo VI, pág. 619. "Obras Completas".

(4) UNAMUNO. "Soledad". Teatro, pág. 100. Editorial Juventud. Barcelona, 1954.

(5) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 516, pág. 173. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(6) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 1.718, pág. 475. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

IDEA DE VIDA

el mochuelo, éste nos sentencia: «nacimiento dice muerte» (7).

Nacer, pues, no para vivir, sino para morir. Morir, finalidad más allá del propio hecho de nacer y de la próxima esperanza de vivir; finalidad que irá cumpliendo el hombre desde el momento en que nace.

IDEA DE VIDA

Con el nacimiento el milagro se ha realizado. El hombre existe. Y el hombre a más de existir vive. La vida se ha presentado ante nosotros.

Vida como un soplo infundido a la materia a la que ha dado valores divinos y eternos; como realidad incomprendible que se puede perder o nos pueden quitar. Vida que *estando* permite el milagro de vivir y que, si escapa, al marchar, *hace* la muerte.

Vida como fuerza o energía interna sustancial que se puede malgastar o ahorrar y con la que el hombre puede obrar y realizar su futuro; fuerza, energía que sentimos cuando decimos *tengo vida*. Vida *hacedora* con la que sabemos hacer nuestro dolor y sufrimiento y no acertamos a hacer nuestra felicidad; algo que se nos da y se nos carga para realizar esa parte del total que nos corresponde en la vida, la vida como resultante.

(7) VALLE INCLÁN. "La Corte de los milagros". Tomo II, pág. 967. "Obras Completas". Editorial Plenitud. Madrid, 1954. (En adelante, estas "Obras Completas" de VALLE INCLÁN, en su edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

NACIMIENTO Y VIDA

Desde puntos de mira diferentes, pues, rastreadremos la obra estudiada, intentando saber el pensar de sus autores sobre la vida como soplo o realidad incomprensible, y sobre la vida como energía hacedora que nos permite realizar *nuestra vida*.

¿QUE ES LA VIDA?

AZORÍN al comenzar su «Diario de un enfermo», se pregunta con una trágica sencillez: ¿Qué es la vida?, y aún más trágicamente responde: «No lo sé» (8).

UNAMUNO ha escrito: «Yo no sé nada... Ni sé lo que es vivir, pero vivo... Ni pretendo medir la inmensidad» (9); afirmación, la última, con la que confiesa la imposibilidad de llegar a saber lo que no sabe.

Poco aclara VALLE INCLÁN cuando dice que «de igual manera que el espacio es anterior a las formas, el principio vital es anterior a la vida» (10).

AZORÍN, angustiado ante el misterio de la vida, observa al hombre con un criterio materialista impuesto por las ideas del momento. Somos, dice, (11) «átomos lanzados en

(8) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 693. Editorial Aguilar. Madrid, 1947. "Obras Completas". (En adelante, estas "Obras Completas" de AZORÍN, en la edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

(9) UNAMUNO. "Visiones y Comentarios". Pág. 149. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

(10) VALLE INCLÁN. "Baza de Espadas". Pág. 154. Editorial A. H. R. Barcelona, 1958.

(11) AZORÍN. "Buscapiés. Impresiones literarias". Tomo I, págs. 103 y 104. "Obras Completas".

¿QUE ES LA VIDA?

medio de este inmenso e incesante movimiento de la materia. No somos más excelsos ni más nobles que una piedra, que una planta, que un bruto»; pero, inmediatamente, como con remordimiento de no ser sincero, se plantea dos preguntas que son dos afirmaciones: «¿Estamos acaso formados de otros materiales?, ¿qué ventaja les llevamos entonces?» Y por si la afirmación que hay en sus preguntas no le fuera suficiente, se responde a sí mismo: «¡el alma!»; mas despreciando cualidades, aunque tan sólo en la apariencia, que él siente hasta con dolor, continúa: «palabra hermosísima que no dice nada; producto de esa materia que en nosotros produce inteligencia y en un rosal hermosas flores».

AZORÍN, en efecto, está legítimamente angustiado ante el misterio de la vida, pero no sabe descifrarlo. El sabe, y lo olvidaba en este caso, que la inteligencia es algo muy distinto de una hermosa flor, y que en el hombre el Sumo Hacedor se ha esmerado de otra forma que en el hermoso rosal. UNAMUNO lo sabe también y lo expresa acertando plenamente:

*«Todo bicho de Dios, vive sin pena,
que su dicha es vivir;
el hombre solo, con el alma llena
de Dios, vive sufrir» (12).*

El alma, pues, ese «otro material» de que está formado el hombre, esa «ventaja» que pedía AZORÍN en sus interrogantes, no es «palabra hermosísima que no dice nada», sino recipiente, recipiente «lleno de Dios».

Sobre las piedras, las plantas, los brutos y «todo bicho de Dios», está clara la ventaja que pedía AZORÍN; ventaja

(12) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 706, pág. 223. Editorial Losada. Buenos Aires, 1952.

NACIMIENTO Y VIDA

para esperar, pesadumbre recia para vivir «que pesa desde nacer» (13).

Quizá deberíamos aceptar, como acierto para comprender la vida, el humilde pensar de VALLE INCLÁN cuando nos dice: «Consideraba como una delectación áspera el hilo tan frágil que es la vida y cómo el aire, y el sol, y el agua, y un gusano y todas las cosas pueden romperlo de improviso» (14).

«Hilo frágil» de VALLE INCLÁN, «hilito» (15) de la vida de UNAMUNO, «hilo» de la vida, blanco o negro según sea dichosa o infortunada, de AZORÍN (16), que, añadiríamos nosotros, cuando se tensa, puede, antes de romperse, vibrando, producir sonoridades inefables.

SENTIMIENTO DE LA VIDA

No sabemos, pues, qué es la vida, pero vivimos, y viviendo, al realizarla, la sentimos; mas «¿cómo la sentimos?»

Como un «viaje a toda suerte», según nos dijo UNAMUNO.

*«¡Todo hacia la muerte avanza
de concierto,
toda la vida es mudanza
hasta ser muerto!» (17)*

cantó VALLE INCLÁN.

(13) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 1.035, pág. 299. Editorial Losada. Buenos Aires, 1952.

(14) VALLE INCLÁN. "Gerifaltes de antaño". Tomo II, pág. 505. O. C.

(15) UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.023. O. C.

(16) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectificá". Tomo VII, pág. 1.219. "Obras Completas".

(17) VALLE INCLÁN. "El pasajero". Tomo I, pág. 1.126. O. C.

SENTIMIENTO DE LA VIDA

Como una enfermedad, según nos ha dicho también UNAMUNO, que ha escrito en su Cancionero:

*«Que es enfermedad la vida
y muero viviendo enfermo.» (18)*

Ese mismo UNAMUNO que escribió en sus «Comentarios quevedianos»: «¿No es la vida misma una enfermedad acaso?» (19).

Vida sentida como enfermedad. Manera de pensar que confirma también BAROJA al exponernos en «Juventud, egolatría»: «La vida es absurda, la vida es difícil de digerir, la vida es como una enfermedad, han dicho la mayoría de los filósofos» (20).

Este pensamiento está a su vez ya apuntado en los versos de UNAMUNO que citábamos al hablar del nacimiento.

«.....
*el hombre empieza muriendo
desde el momento en que nace.» (21)*

Y en aquellos de MACHADO:

*«Desde el nacer al morir,
lo que llamamos vivir
es ir perdiendo la vida.» (22)*

(18) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 828, pág. 250. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(19) UNAMUNO. "Lecturas especiales clásicas. Comentarios quevedianos". Tomo V, pág. 175. "Obras Completas".

(20) BAROJA. "Juventud, egolatría". Tomo V, pág. 165. Biblioteca nueva, Madrid, 1948. "Obras Completas". (En adelante, estas "Obras Completas" de BAROJA, en su edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

(21) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 1.718, pág. 475. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(22) A. MACHADO. "Juan de Mañara". Pág. 388. "Obras Completas" de ANTONIO y MANUEL MACHADO. Editorial Plenitud. Madrid, 1957. (En adelante, estas "Obras Completas" de MACHADO, en su edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

NACIMIENTO Y VIDA

AZORÍN nos dirá: «Sentirse vivir es sentir la muerte, es sentir la inexorable marcha de todo nuestro ser y de las cosas que nos rodean hacia el océano misterioso de la Nada» (23).

Triste, dolorosa, monótona, transitoria, molesta, son adjetivos que emplea AZORÍN para definir el sentimiento de la vida (24).

«Tormento de vivir», y «continuo y doloroso tormento» (25), dice en otras ocasiones el mismo AZORÍN que, incluso, llega a contar por feliz todo momento en que puede decirse no estoy mal (26).

«Una idea, un gesto, un acto, que se esfuman y pierden a través de las generaciones, es el corolario de nuestros afanes y locuras...» (27) nos recuerda (citando a GUYAU) AZORÍN ante el aparente esfuerzo en vano de nuestra vida, uniéndolo así su lamento al de MACHADO cuando éste canta:

*«Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo camino,
camino sobre la mar.» (28)*

Del «dolor de la vida que es temor y dolor» (29), del «dolor de sentir la vida» (30), nos habla VALLE INCLÁN en sus «Aromas de Leyenda»; y en su «Romance de lobos» hace

(23) AZORÍN. "La Voluntad". Tomo I, pág. 898. "Obras Completas".

(24) AZORÍN. "La Voluntad". Tomo I, pág. 952. O. C.; "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.080. O. C.; "Veraneo sentimental". Tomo VII, pág. 368. O. C., y "La Farándula. Psicología en el Teatro". Tomo VII, pág. 1.119. "Obras Completas".

(25) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 732. O. C., y "Buscapiés.—Impresiones literarias". Tomo I, pág. 103. O. C.

(26) AZORÍN. "Al margen de los clásicos. José Somoza". Tomo III, pág. 255. "Obras Completas".

(27) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.087. O. C.

(28) A. MACHADO. "Campos de Castilla". XLIV, pág. 830. O. C.

(29) VALLE INCLÁN. "Aromas de leyenda". Tomo I, pág. 1.085. O. C.

(30) VALLE INCLÁN. "Aromas de leyenda". Tomo I, pág. 1.087. O. C.

SENTIMIENTO DE LA VIDA

decir al Caballero con terrible acritud ante la madre que amamanta a su hijo: «¿Qué derecho tienes para darle tu miseria? Guarda tus pechos y déjalo morir. ¿Ves como llora de hambre? Pues así habrá de llorar toda la vida. ¿No te da lástima, mujer? Retuércelo el cuello para que deje de sufrir y da la libertad a su alma de ángel... ¡Ojalá nos retorciera el cuello a todos cuando nacemos!» (31).

Poéticamente, GANIVET expresa también sus deseos de abreviar al máximo la vida:

*«Quien pudiera rosa ser
que en naciendo se deshace
y muere allí donde nace...
¿Para qué tanto saber,
y luchar, y padecer,
.....» (32)*

UNAMUNO, que ansía vivir y vivir, y afirma insistente «...quiero una inmortalidad material, de bulto, de sustancia... Vivir yo, yo, yo, yo, yo...» (33), y pide «...que mi vida no acabe, Dios mío!» (34); UNAMUNO, que ansía su inmortalidad, a pesar del dolor de la vida, e incluso ante la amenaza del infierno, responde: «...pero ¿se existe?, ¿se vive?; ¡entonces no es tan malo el infierno; lo peor es no ser!» (35); UNAMUNO que así piensa, acepta que el «vivir es pena» (36),

(31) VALLE INCLÁN. "Romance de lobos". Tomo I, págs. 683 y 684. "Obras Completas".

(32) GANIVET. "El escultor de su alma". Tomo II, pág. 794. "Obras Completas". Editorial Aguilar. Madrid, 1951. (En adelante, estas "Obras Completas" de GANIVET, en su edición también indicada, serán citadas como "Obras Completas" u O. C.).

(33) UNAMUNO. "Amor y Pedagogía". Tomo II, pág. 449. O. C.

(34) UNAMUNO. "Ensayos. A lo que salga". Tomo III, pág. 539. O. C.

(35) UNAMUNO. "Libros y autores españoles contemporáneos. La quimera". Tomo V, pág. 219. "Obras Completas".

(36) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 366, pág. 130. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

NACIMIENTO Y VIDA

«pesadumbre que pesa desde el nacer» (37). (Dejemos aquí anotado, sin embargo, que, a pesar de lo expuesto, en muy frecuentes ocasiones, y preferentemente en su obra poética, del mayor valor para la total sinceridad de lo expuesto, UNAMUNO, ante el peso y pesadumbre de la vida, grita su cansancio y pide un sueño sin despertar. «¡Qué ganas tengo de dormir, dormir, dormir sin fin, dormir por toda una eternidad y sin soñar!, ¡olvidando el sueño!» (38), dice por boca de su «San Manuel Bueno, mártir», y es idea que repite en su obra con insistencia convincente. El ansia de inmortalidad y eternidad de UNAMUNO —bien que como él aclara, no sean una sola y misma cosa— y su menos comentado deseo de descanso ante la pesadumbre de la vida, merecen un trabajo que sale de los límites del que realizamos).

La vida, la realización de la vida, concluimos de la obra de nuestros autores, es en ella viaje, es inexorable marcha, es mudanza, es una enfermedad que culminará en la muerte; enfermedad que se siente como aflicción, como carga penosa que cansa.

SENTIDO DE LA VIDA

UNAMUNO nos ha hablado del «oculto sentido de la vida» (39), de ese oculto sentido por el que parecía preguntar, con pregunta desesperada y suprema, aquella mirada

(37) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 1.035, pág. 299. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(38) UNAMUNO. "San Manuel Bueno, mártir". Tomo II, pág. 1.224. O. C.

(39) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 111. O. C.

SENTIDO DE LA VIDA

de quien estaba a punto de partir para nunca más volver a la tierra.

AZORÍN en su «Diario de un enfermo», ha planteado los grandes, los permanentes interrogantes sobre la vida. «¿Qué fin tiene la vida? ¿Qué hacemos aquí abajo? ¿Para qué vivimos?» (40). «¿Para qué venimos a la Tierra, unos después de otros, durante siglos y siglos, y luego desaparecemos todos y desaparece la Tierra?» (41).

AZORÍN, que en dicha ocasión referida contesta con un rotundo, con un demasiado rápido «no lo sé» (42), luego, por boca de PASCUAL VERDÚ, nos da la contestación que nos satisface: «Yo no quiero creer —dice VERDÚ— que esto sea todo perecedero, que esto sea todo mortal y deleznable, que esto sea todo materia... Y no puedo creer que aquí remate todo, que la sustancia sea única, que la causa primera sea inmanente» (43). Y VERDÚ, tras ligera pausa, mientras ANTONIO AZORÍN mira a lo lejos, añadirá aún: «No, no, AZORÍN; todo no es perecedero, todo no muere... ¡El espíritu es inmortal! ¡El espíritu es indestructible!» (44).

Meditando sobre la vida Ganivet se ha lamentado:

*«¿Para qué tanto saber,
y luchar, y padecer,
si al cabo, en la hora postrera
cuando la muerte certera
me hiere, todo lo olvido
y sólo un sepulcro pido
en el lugar que naciera?» (45)*

(40) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 693. O. C.

(41) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 694. O. C.

(42) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 693. O. C.

(43) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.067. O. C.

(44) AZORÍN. Idem.

(45) GANIVET. "El escultor de su alma" Tomo II. pág. 794. O. C.

NACIMIENTO Y VIDA

MACHADO, resignado, ya hemos visto cómo canta:

*«Todo pasa y todo queda;
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.» (46)*

VALLE INCLÁN se preguntará:

*«¿Por qué de la vida?
¿Qué fin truje a ella?
¿Qué senda perdida
labré con mi huella?» (47)*

Y UNAMUNO, como contestando con su profundidad metafísica, salva y nos da el sentido de la vida, cuando nos advierte que «...es el fin de la vida hacerse un alma» (48); idea que concreta en sus versos:

*«.....
esta vida que pasa es una prueba
que hay que pasar.» (49)*

La vida, deducimos, merece ser vivida y cuidada y defendida; es valiosa, tiene finalidad: hacer una muerte fecunda. Diríamos que se nace para morir; mas morir es un hacer que lo cumplimos viviendo. El hombre, con su inteligencia, tiene que ver más allá del horizonte que hacen sus ojos pegados a la carne, y, con su vida, tiene que tallar su muerte.

(46) A. MACHADO. "Campos de Castilla". XLIV, pág. 830. O. C.

(47) VALLE INCLÁN. "El pasajero". Tomo I, pág. 1.128. O. C.

(48) UNAMUNO. "Visiones y comentarios". Pág. 132. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

(49) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 73, pág. 38. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

II

SALUD Y ENFERMEDAD

IDEA DE SALUD Y ENFERMEDAD

Al intentar la exposición de la actitud de los autores estudiados ante la salud y la enfermedad, tras el estudio de sus referencias sobre las mismas en sus obras, hay algo que se pone de manifiesto desde un primer momento: es la realidad de la afirmación de LAÍN que, sobre este problema, nos avisa en el sentido de que «el primer sentimiento del aspirante a teorizador es la perplejidad» (50); perplejidad debida a la estructura compleja y variable de la idea de salud.

Mas ante la idea de salud y enfermedad nuestros autores no han callado, han mostrado su saber o su dudar y, en cualquier caso, nos permiten recoger el aporte de su pensar y su sentir que nos puede ayudar a un mejor y más completo conocimiento de esta idea.

Se ha planteado UNAMUNO la definición de la salud. La mayor parte de las veces que así lo ha hecho, nos ha trasladado esa perplejidad antes referida, al añadir a sus afirmaciones el interrogante, o dando con un interrogante respuesta a sus preguntas.

«La salud es aquel estado en que el hombre se ve libre de toda enfermedad» (51), nos dice; mas, seguidamente, sin que nos dé tiempo a formular una crítica a definición tan simple, él mismo, con leal sinceridad, se pregunta: «pero

(50) P. LAÍN. "Ocio y Trabajo". Pág. 49. Revista de Occidente, S. A. Madrid, 1960.

(51) UNAMUNO. "En torno al casticismo.—Intelectualidad y Espiritualidad". Tomo III, pág. 466. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

¿qué es enfermedad?» (52). Igualmente se pregunta «¿...qué es locura?» (53) y, sin esperar, continúa: «¿qué es cordura? Pues por aquí acaso se debería empezar» (54). Comenta el diccionario de nuestra Real Academia de la Lengua, que define la salud como «estado en que el ser orgánico ejerce normalmente todas sus funciones», y exclama, interrogándose como en otras diversas ocasiones: «Normalmente... normalmente. ¿Y qué es lo normal?» (55).

UNAMUNO hace suyas las ideas de FREDERIC E. R. MYERS (56): «la palabra *normal* se usa en el lenguaje corriente casi indiferentemente para expresar una de las dos cosas que pueden diferir mucho entre sí: conformidad a un patrón y posición media entre dos extremos. A menudo, es cierto, el término medio constituye el patrón —como cuando un gas es de densidad normal— o equivale prácticamente al patrón —como cuando una onza de oro es de peso normal—. Pero cuando venimos a organismos vivos se introduce un nuevo factor. La vida es cambio: cada organismo viviente cambia; cada generación difiere de la precedente. Asignar una norma fija a una especie que cambia, es disparar al blanco a un pájaro que va volando. El término medio real de un momento dado no es un patrón ideal; antes bien, el más avanzado estado de evolución a que se ha llegado está tendiendo, dada estabilidad en el ambiente, a convertirse en el término medio del porvenir». UNAMUNO cierra el libro de MYERS y dice de nuevo: «Normal..., locura..., cordura..., enfermedad..., salud... La locura de hoy será la cordura de mañana, así como lo que hoy es cuerdo pasará mañana por

(52) UNAMUNO. "En torno al casticismo.—Intelectualidad y Espiritualidad". Tomo III, pág. 466. "Obras Completas".

(53) UNAMUNO. Idem.

(54) UNAMUNO. Idem.

(55) UNAMUNO. Idem. y UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.022. "Obras Completas".

(56) UNAMUNO. "En torno al casticismo.—Intelectualidad y Espiritualidad". Tomo III, págs. 466 y 467. "Obras Completas".

IDEA DE SALUD Y ENFERMEDAD

loco» (57). Sobre la complejidad, pues, la estructura variable de la idea de salud.

En otros momentos nos dirá: «nadie, creo, sabe bien lo que es normal» (58) y, «en último caso, lo normal resulta puramente teórico y abstracto» (59). De «no haber noción normativa de la salud» (60), o que nos permita hablar de hombre sano e insano, nos advierte en definitiva.

UNAMUNO, pues, hasta aquí no afirma nada; intenta buscar, y no lo encuentra, punto de apoyo cambiando puntos de vista.

AZORÍN, para quien «la salud es un estado anormal y provisional» (61), coincide con UNAMUNO al preguntar: «¿Quién es el sano, el civilizado y el normal? ¿Dónde encontrar el criterio para la distinción?» Y coincide también cuando él mismo se contesta: «Imposible hallarlo; no hay criterio objetivo» (62).

BAROJA nos confirma la falta de base objetiva. Como UNAMUNO y AZORÍN se interroga: «¿Cuál es el hombre normal?» (63). Y análogamente se responde: «No lo sabemos, y como no sabemos cuál es el hombre normal, no sabemos tampoco cuál es el anormal» (64). En otra ocasión nos afirmará cómo lo difícil es fijar los caracteres del hombre normal (65).

Sin embargo, cuando nuestros autores, en vez de buscar

(57) UNAMUNO. "En torno al casticismo.—Intelectualidad y Espiritualidad". Tomo III, pág. 467. "Obras Completas".

(58) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.022. "Obras Completas".

(59) UNAMUNO. Idem. y UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 477. O. C.

(60) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 474. O. C.

(61) AZORÍN. "Capricho". Tomo VI, pág. 961. "Obras Completas".

(62) AZORÍN. "Sociología criminal". Tomo I, págs. 535 y 536. O. C.

(63) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.013. O. C.

(64) BAROJA. Idem.

(65) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.007. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

objetividad o lógica científica, nos muestran el destello de la intuición o la experiencia de su sentir, vislumbramos aciertos que no exigen razonar y alegran el pensamiento.

Así, cuando UNAMUNO —tras su preocupación de rigor científico al afirmar que «una enfermedad es trastorno del funcionamiento fisiológico normal, pero rarísima vez destrucción de éste» (66); o que «una enfermedad es en cierto aspecto una disociación orgánica» (67)— deja libre su intuición y nos dice que la enfermedad «es un órgano o un elemento cualquiera del cuerpo vivo que se revela, rompe la sinergia vital y conspira a un fin distinto del que conspiran los demás elementos con él coordinados. Su fin —nos aclara— puede ser, considerado en sí, es decir, en abstracto, más elevado, más noble, más... todo lo que se quiera, pero es otro» (68). Definición ésta llena de sugerencias del más rico sabor, que intentaremos aprovechar al tratar de la enfermedad como utilidad.

Dos riberas de un marchar son, en el sentimiento poético de AZORÍN, la salud y la enfermedad. «Todo está en silencio. Nos hemos resignado ya al dolor. Hemos entrado en la región de la enfermedad. El pavor de antes del tránsito y en el tránsito ha pasado ya. Desde esta luctuosa ribera nuestros ojos contemplan la otra ribera apacible y deleitosa de la salud, allá enfrente. ¿Cuándo volveremos a ella? y ¿es seguro que volveremos?» (69). AZORÍN, ahora, describiendo define. Luctuosa la enfermedad; apacible y deleitosa la salud; la enfermedad aquí, la salud enfrente; deseo de volver y temor de nunca regresar; dos lugares, donde estar, opuestos; una ribera contemplada que nos da constan-

(66) UNAMUNO. "El porvenir de España". Tomo IV, pág. 405. O. C.

(67) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 468. O. C.

(68) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 468. O. C.

(69) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 747. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE SALUD

cia de estar lejos de ella... y de lo perdido. Un habernos ido doloroso..., y la duda, el miedo de no volver.

BAROJA, como si completara la misma idea, escribe: «una enfermedad es como el viaje hecho por un mar de dolor, de angustia y de melancolía, con islas extrañas, canales misteriosos y acantilados cortados a pico» (70). Un viaje, pues, un marchar que nos aleja de la ribera apacible y deleitosa y nos lleva allá a las islas extrañas, a la ribera luctuosa de los acantilados cortados a pico; dolor, angustia, melancolía del separarse, del perder...

Pese a estos vislumbres de certeza, sin embargo, la idea positiva de la salud y, desde ella, la de enfermedad, seguimos sin hallarla.

Podría servirnos de consuelo creer a UNAMUNO cuando nos afirma que «la salud para el sano no es la misma que para el enfermo, pues para éste es una paradoja, y para aquél un lugar común. O a la inversa, que no estoy muy seguro de ello»... (71). En efecto, si le creemos ¿cómo intentar razonar una paradoja? Mejor, más que razonar, será intentar conocer la salud y la enfermedad por sus sentimientos. Cuando nos es difícil comprender a la razón no suele engañarnos el creer en el sentir.

SENTIMIENTO DE SALUD

La salud orgánica, cuando no es zona de llegada desde la enfermedad, la mayoría de las veces se goza pero no se siente. Sólo sentimos fácilmente el contraste: perder algo

(70) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C.

(71) UNAMUNO. "Aforismos y definiciones". Tomo IV, pág. 726. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

que se tenía, o encontrar algo que no estaba, o que faltaba. Se siente fácilmente lo que huye o lo que se acerca, el alboroto, diríamos, del llegar o del marchar; luego, cuando lo que se fue se ha olvidado y lo que llegó encontró acomodo, se aquieta el alboroto, llega el silencio... y el silencio es difícil de escuchar.

UNAMUNO no nos ha podido definir la salud, mas nos ha dejado fe de su sentimiento, descripción de su sentir, con valores de la más profunda disquisición.

UNAMUNO todos los años hace alguna excursión a la montaña; a los 2.600 metros de Gredos; a los 1.600, como en esta ocasión, del Castro de Valnera. En derredor las cimas de las montañas. Se desnuda el cuerpo, el sol lo seca y reconforta y respira a pecho descubierto el aire de las cumbres. Durante la subida, con la transpiración y la respiración, parece que se funde con el ambiente y se siente hijo de la libre Naturaleza. Sintiendo cómo va ensanchándose y entrenándose el pulmón, sudando los humores del gabinete, probando la resistencia, el cuerpo se ha dado «conciencia de la salud» (72).

De Julián, su héroe de «El poema vivo del amor», nos cuenta que, enfermo en la ciudad, tuvo que recogerse al campo a renovar en su fuente la vida del cuerpo. Nos dice que «poco a poco iba ganándole el campo, invadiéndole el espíritu gota a gota, a la vez que, enriquecida su sangre, barría de sutileza el cerebro y regalaba a su corazón empuje» (73).

Julián «iba gustando la salud» (74). Llegó el día de la

(72) UNAMUNO. "Por tierras de Portugal y España.—Excursión". Tomo I, pág. 437. "Obras Completas".

(73) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El poema vivo del amor". Tomo II, pág. 654. "Obras Completas".

(74) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El poema vivo del amor". Tomo II, pág. 654. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE SALUD

fiesta, se fue al monte de romería y vio en la danza de los aldeanos «el limpio goce de la libertad de movimientos, el disfrute del propio cuerpo» (75). «Danza común, danza litúrgica, acción de gracias de la vida desnuda y pura, holocausto de energía vital» (76). «Palpitáronle a Julián las entrañas, empezaron a cantarle la canción de la salud que rebosaba» (77), y, él mismo, se puso a danzar con Eustaquia, su prima, aunque era el campo mismo quien con él bailaba. Las rosas de la salud esplendían arreboladas en las mejillas de ésta y «eran sus labios fuente de júbilo, e irradiaban sus ojos vida anhelosa de derramarse» (78). Sentado con otros sobre el suelo, Julián comulgó en la merienda, bebió del mismo vaso, respiró del mismo aire y se calentó con el mismo sol. La sangre fundióle las entrañas derritiendo sobre su corazón a su cerebro. «Sintió Julián el abrazo de la montaña» (79) y «se sentía esponjado en la alegría de vivir que le rodeaba» (80).

Julián, un cerebral, destilador de sentimientos quintaesenciados en el alambique del ingenio, «producto de la ciudad donde pocos van al paso y donde nunca se oye el silencio» (81), en el campo «sintió por momentos volverse idiota, que el filtro en que cernía sus exquisitas sensaciones se le enturbiaba, que la carne se le hacía tierra» (82), y comenzó a gustar la salud y luego... sintió las entrañas... oyó la canción de la salud.

Julián, enfermo, al recobrar la salud la siente. Y la sien-

(75) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El poema vivo del amor". Tomo II, pág. 655. "Obras Completas".

(76) UNAMUNO. Idem.

(77) UNAMUNO. Idem.

(78) UNAMUNO. Idem.

(79) UNAMUNO. Idem.

(80) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El poema vivo del amor". Tomo II, pág. 656. "Obras Completas".

(81) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El poema vivo del amor". Tomo II, pág. 653. "Obras Completas".

(82) UNAMUNO. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

te, vemos, como pérdida de algo y como hallazgo o encuentro de algo también.

Según va gustando la salud siente, nos dice, volverse idiota, enturbiarse su capacidad para la sensación exquisita, que su carne se hace tierra y su cerebro es barrido de sutileza. La salud supone embotamiento de sus facultades, atontamiento, pérdida de inteligencia; debilidad espiritual en suma, idiotismo si nos decidimos a utilizar su propia expresión.

Al mismo tiempo, con la salud llega a sentir la alegría de vivir, la energía vital, el empuje del corazón; el sentimiento de una vida desnuda, pura, vida que se desborda y anhela derramarse; el limpio goce de la libertad de los movimientos, el disfrute del propio cuerpo, en tanto que en las entrañas se siente, análogamente a como el propio UNAMUNO nos decía sentir, la sensación placentera de la actividad fisiológica de los órganos. Y con todo ello, la comunión con los demás, la danza en común, el abrazo de la Naturaleza, su sentir en compañía.

Alegría de vivir, sentimiento eufórico de vitalidad, cenesia placentera, sentimiento de comunión y debilidad intelectual, sensibilidad rebajada, sentimientos todos, en resumen, del estado de salud.

En cuanto a la parte negativa —debilidad intelectual, sensibilidad rebajada— en el sentimiento de salud, podemos añadir interesantes testimonios.

AZORÍN coincidirá diciéndonos que a Matías, el pastor, el Señor está dispuesto a quitarle un poco de su fortaleza, un poco de su salud a cambio de un poco de la inteligencia de D. Pablo. El Señor, nos dice AZORÍN, ha establecido una ley que quiere cumplir: «nada se puede conseguir por un lado que no se pierda por otro» (83). «Al quitarle a otro la sa-

(83) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, págs. 807 y 808. O. C.

SENTIMIENTO DE SALUD

lud, le daré en compensación la inteligencia» (84), previene el Señor. Salud e inteligencia, dos valores que se contraponen; valores que ganar en uno supone perder en otro. D. Pablo, con el cambio, tendría, de un lado, «la salud plena, y de otro un poquito menos de inteligencia» (85). Matías no quedaría «sin toda la salud» (86); en cambio, sería «más inteligente» (87).

UNAMUNO, confirmándose asimismo en este sentimiento, escribe con toda crudeza: «Hay que desengañarse: el hombre perfectamente sano —y, gracias a Dios, no creo que pueda darse tal hombre—, el hombre que sea una perfecta ecuación fisiológica, será un excelente gañán, pero también un burro de reata y un majadero de solemnidad» (88). Y en otra ocasión: «Si eso de la salud no fuera una categoría abstracta, algo que en rigor no se da, podríamos decir que un hombre perfectamente sano no sería ya un hombre, sino un animal irracional. Irracional por falta de enfermedad alguna que encendiera la razón» (89). Y como apoyo de lo dicho argumenta: «el agua químicamente pura es impotable, y la sangre fisiológicamente pura no puede llevar al cerebro aquellos estimulantes siempre de origen más o menos tóxicos, que nos hacen pensar algo más que para vivir» (90).

BAROJA, también coincidente, afirmándonos que «sólo el hombre completamente estúpido es perfectamente normal» (91), nos advierte que «la mayoría de las gentes, por instinto,

(84) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 808. "Obras Completas".

(85) AZORÍN. Idem.

(86) AZORÍN. Idem.

(87) AZORÍN. Idem.

(88) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, págs. 1.020 y 1.021. "Obras Completas".

(89) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 477. O. C.

(90) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(91) BAROJA "Ensayos.—Patología del extremista". Tomo VIII, pág. 872. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

estamos en esta creencia. Un joven sano, fuerte, alto, guapo, sonrosado, se nos figura que no puede ser un hombre de mucho talento; en cambio, un hombre flaco, arrugado, con los ojos brillantes, un poco jorobado o un poco cojo, nos parece que sí, que puede ser talentado y hasta genial» (92). Desde otro punto de vista e insistiendo en la misma idea, nos dice: «siempre he creído que el no discurrir conserva la vida» (93).

MACHADO, que nos confiesa «nunca me siento peor que cuando estoy saludable y robusto» (94), compartirá, en sus bellos versos de «Campos de Castilla», el sentir hasta ahora expuesto:

*«Por los campos de Dios el loco avanza.
Tras la tierra esquelética y sequiza
—rojo de herrumbre y pardo de ceniza—
hay un sueño de lirio en lontananza.
Huye de la ciudad. ¡El tedio urbano!
—¡carne triste y espíritu villano!—
No fue por una trágica amargura
esta alma errante desgajada y rota;
purga un pecado ajeno: la cordura,
la terrible cordura del idiota.»(95)*

Salud orgánica plena, normalidad perfecta, frente a la riqueza espiritual, frente a la inteligencia; sentimientos que se contraponen; valores que se cambian pero no se suman. Conclusión llena de sugerencias que recogeremos en otro capítulo al tratar de la enfermedad sentida como utilidad, como elemento en la idea de perfección, al mismo tiempo

(92) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.044. O. C.

(93) BAROJA. "La ruta del aventurero". Tomo III, pág. 732. O. C.

(94) A. MACHADO. "Obra inédita.—Sobre la objetividad". Pág. 1.191. "Obras Completas".

(95) A. MACHADO. "Poesías.—Un loco". Pág. 750. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

que como contrapartida se nos mostrará la inteligencia como condicionante de la enfermedad.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

¿Cómo se siente la enfermedad en la obra objeto de este trabajo?

LAÍN, ante el hombre enfermo, ya se ha preguntado ¿cómo siente éste su enfermedad? LAÍN nos ha contestado que de mil modos diferentes (96); mil modos diferentes que, a su juicio, a su buen juicio, pueden ser reducidos a cuatro sentimientos cardinales que llamará de aflicción, de amenaza, de soledad y de recurso.

El intento de claridad expositiva nos aconseja distribuyamos nuestras notas recogidas, sobre el sentimiento de enfermedad, aprovechando la guía que nos proporcionan estos cuatro sentimientos cardinales. Por nuestra parte, en cuanto al sentimiento de recurso, al destacar como materia de gran importancia e incluso trascendental el sentimiento de enfermedad como utilidad, llegaremos a desdoblar decididamente este sentimiento para estudiar, por una parte, el sentimiento de recurso propiamente dicho (descubrimiento y uso de lo aprovechable en la anormalidad de la enfermedad) y, por otra, el sentimiento de utilidad (la enfermedad como algo útil, necesario, hasta el punto de perder su atributo de anormalidad). También nos decidiremos a añadir un quinto sentimiento que nos parece no incluido en los anteriores y que, por su realidad en determinadas enfermedades

(96) P. LAÍN. "Ocio y Trabajo". Pág. 89. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SALUD Y ENFERMEDAD

o momentos de la enfermedad, creemos puede figurar junto a ellos: es el sentimiento de orgullo. Finalmente añadiremos también un breve capítulo sobre el sentimiento ambiental de la enfermedad, es decir, sobre el sentimiento de la enfermedad en cuanto su proyección externa.

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

Para el encasillamiento en este grupo de las referencias correspondientes, hemos seguido el criterio de LAÍN en el sentido de entender por aflicción «todo lo que en el complejo sentimiento de la enfermedad es inmediatamente penoso» (97). Ahora bien, en cuanto que la enfermedad aflige de diversos modos y maneras, diferenciaremos en principio, también con LAÍN, los dos momentos constitutivos de la aflicción morbosa, la *molestia* y el *impedimento*. A su vez, en la aflicción, como *molestia*, diferenciaremos matices distintos del sentir: dolor, sensaciones somáticas locales elaboradas, estados somáticos generales penosos, malestar espiritual, estados psíquicos anormales.

Aflicción como molestia. — La enfermedad *duele*. No duele siempre, pero duele muchas veces, con ese dolor del que MACHADO nos dice:

*«Existe el dolor, que al hombre
impone Naturaleza
sólo por haber nacido
de sus entrañas de piedra.» (98)*

Dolor del que UNAMUNO y BAROJA nos hablan advirtiénd-

(97) P. LAÍN. "Ocio y Trabajo". Pág. 90. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(98) A. MACHADO. "Juan de Mañara". Pág. 385. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

donos sobre «dolores agudos y pasajeros, dolores que matan» (99) y «dolores que atormentan» (100). «Dolores que son como una ventana que le abrieran al alma» (101) y dolores «que envilecen, que van envueltos en cóleras sordas, en envidias, en bajas pasiones» (102). Dolores que al sufrir limpian el alma (103), y dolores que arrastran légamo de vileza (104).

Dolor físico para el que no todos tenemos la misma sensibilidad orgánica, pues «la mujer es más dura para el dolor físico que el hombre» (105), nos recuerda BAROJA. «De las muestras de dolor que dé uno, no vayas a deducir que le duele tanto como cuando tú das iguales muestras; no todos están hechos lo mismo» (106), nos advierte UNAMUNO.

Dolores que van marcando con hitos nuestras vidas porque, razona UNAMUNO, «siempre guardamos en la memoria mucho mejor las fechas de los dolores y desgracias que no las de los placeres y venturas» (107), así aquella madre que contaba a sus hijos por dolores y situándolos de esta manera en el tiempo no olvidaba, como el padre, la fecha en que los trajo al mundo.

Por las páginas de las obras que estudiamos pasa frecuentemente la enfermedad, mas los autores, quizá por sabido, pocas veces nos hablan del dolor en ella; el escritor, en su arte, parece dedicar su esfuerzo a mostrarnos lo más velado,

(99) UNAMUNO. "Notas de un viaje a Italia-Pompeya". Tomo I, pág. 838. "Obras Completas".

(100) UNAMUNO. Idem.

(101) BAROJA. "El Mayorazgo de Labraz". Tomo I, pág. 80. O. C.

(102) BAROJA. Idem.

(103) BAROJA. "El Mayorazgo de Labraz". Tomo I, pág. 79. O. C.

(104) BAROJA. "El Mayorazgo de Labraz". Tomo I, pág. 80. O. C.

(105) BAROJA. "El tablado de Arlequín". Tomo V, pág. 42. O. C.

(106) UNAMUNO. "En torno al casticismo.—¡Plenitud de plenitudes y todo plenitud!" Tomo III, pág. 501. O. C.

(107) UNAMUNO. "El espejo de la muerte. Al correr los años". Tomo II, pág. 593. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

lo que necesita de su sensibilidad exaltada para que lo percibamos.

No faltan, sin embargo, referencias al dolor en la enfermedad, aunque muy escasas.

AZORÍN nos habla del crudelísimo dolor en el costado, crudelísimo «como si tuviera un cuchillo» (108), que Albert sentía con su faz pálida, callado y soportándolo con resignación; del dolor de cabeza que aumentando llega a atormentar terriblemente el cerebro de LUIS MARÍA MUNÁRRIZ (109); del dolor que VERDÚ no puede soportar, dolor que abrumba y no deja reposar un momento (110); del dolor de los hepáticos «discreto, opaco, que no parece localizado en agudos y torturadores aguijonazos en un viscera tan sólo, sino extendido, difluído por todo el cuerpo en una sensación vaga de desasosiego y malestar» (111); del dolor indecible de la pena y de la angustia, que entre el ir y venir de la casa, en el ajetreo cotidiano, se lleva mudamente con trágico silencio» (112), y represado, consumiendo lentamente, tras honda congoja acabará matando.

VALLE INCLÁN nos cuenta del dolor triste del mal de ijada (113), del dolor fijo en las sienes (114).

BAROJA, como fidelidad quizás a su objetividad médica, nos refiere dolores agudos y torturantes, lancetada en el pecho (115), dolor de costado lancinante (116), dolor de cabe-

(108) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 866. O. C.

(109) AZORÍN. "Buscapiés.—Estaba escrito". Tomo I, pág. 86. O. C.

(110) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.065. O. C.

(111) AZORÍN. "Los pueblos.—Siluetas de Urberuaga". Tomo II, pág. 195. "Obras Completas".

(112) AZORÍN. "Sintiendo a España.—El hijo y el padre". Tomo VI, página 669 y 670. "Obras Completas".

(113) VALLE INCLÁN. "Gerifaltes de antaño". Tomo II, pág. 537. O. C.

(114) VALLE INCLÁN. "Baza de espadas". Pág. 119. Editorial A. H. R. Barcelona, 1958.

(115) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. "Obras Completas".

(116) BAROJA. "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 561. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

za (117), dolor en la espalda (118), en las piernas (119), dolor exacerbado de la gota, de los cólicos litiásicos (120), dolor difuso de magullamiento (121), dolor hecho molestia cuando el engranaje de nuestras ruedas interiores chirría (122), dolor entre el cortejo general de síntomas alarman-tes (123).

Mas no siempre el dolor se manifiesta en su pureza. La sensación encargada de avisar a la mente, por medio del dolor, que el estímulo recibido es nocivo, cuando no es de tal intensidad como para herir directamente la conciencia, muy frecuentemente es *elaborada*, diríamos vestida, antes de ser percibida; vestida con los ropajes que el subconsciente le presta según el personaje que le recuerda. Y así, con disfraz, se presenta bajo los focos de la percepción, austera o abigarrada, seria o frívola, según el guardarropa del subconsciente.

Por otra parte, como nos dice BAROJA, la enfermedad es nave de locos y carnaval del cerebro y «cuando el espíritu pierde sus frenos, los colores, los sonidos y los dolores se convierten unos en otros, una punzada se transforma en imagen luminosa y desagradable, la pulsación de una arteria en rumor de catarata o en molino donde se muelen piedras sin ningún objeto» (124).

De estas formas de sentir la aficción en la enfermedad, encontramos referencias las más numerosas.

«Cosquilleo fatídico a lo largo del brazo izquierdo y en-

(117) BAROJA. Idem. y "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. O. C.

(118) BAROJA. "La casa de Aizgorri". Tomo I, pág. 10, y "La busca". Tomo I, pág. 339. "Obras Completas".

(119) BAROJA. "La casa de Aizgorri". Tomo I, pág. 10. O. C.

(120) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 385. O. C.

(121) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 339. O. C.

(122) BAROJA. "La ruta del aventurero". Tomo III, pág. 713. O. C.

(123) BAROJA. "Los visionarios". Tomo VI, pág. 455. O. C.

(124) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

tre los dedos de la mano» (125), «terrible punzada en el corazón» (126), «opresión en el pecho» (127), nos cita UNAMUNO como sensaciones dolorosas somáticas en los trastornos del riego sanguíneo del miocardio. Latidos del corazón dolorosos sobre el pecho (128) o martilleantes sobre la cabeza (129), como formas de sentir el eretismo cardíaco de la inquietud o la angustia. «Zumbido de oídos» (130), «zumbido de cabeza» (131) en la anemia aguda; «molimiento de huesos» (132) en la intoxicación de la fatiga. Ardor en la nuca y frío en todo el cuerpo, mientras la vista se nubla y tiemblan las piernas y las manos ante el espectro de la angina de pecho (133).

BAROJA nos habla de pulsaciones de las arterias en el cerebro (134), pesadez en la cabeza (135), latido en la frente que se comunica luego a todo el cuerpo (136), martillazo en la cabeza (137), corazón oprimido (138), cuerpo soportando sobre el yunque el golpe del martillo de fragua (139), escalofríos (140), ardor de todo el cuerpo (141), como sensaciones del proceso febril. Frío, ruido, luces hirientes como rayos (142),

(125) UNAMUNO. "Cómo se hace una novela". Tomo IV, pág. 947. O. C.

(126) UNAMUNO. "Cómo se hace una novela". Tomo IV, págs. 947 y 948. "Obras Completas".

(127) UNAMUNO. "La novela de don Sandalio, jugador de ajedrez". Tomo II, pág. 1.248. "Obras Completas".

(128) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 46. O. C.

(129) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 180. O. C.

(130) BAROJA. "La sensualidad perversa". Tomo II, pág. 948. O. C.

(131) UNAMUNO. "Dos madres". Tomo II, pág. 1.010. O. C.

(132) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 158. O. C.

(133) UNAMUNO. "Cómo se hace una novela". Tomo IV, pág. 945. O. C.

(134) BAROJA. "Vidas sombrías.—Cuentos". Tomo VI, pág. 1.034. O. C.

(135) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 555. O. C.; "La busca". Tomo I, pág. 334. O. C.; "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 357. O. C., y "Vidas sombrías.—Cuentos" Tomo IV, pág. 1.034. "Obras Completas".

(136) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 555. "Obras Completas".

(137) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. "Obras Completas".

(138) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 334. "Obras Completas".

(139) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 555. "Obras Completas".

(140) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, págs. 555 y 597, y "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 561. O. C.

(141) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. "Obras Completas".

(142) BAROJA. "La casa de Aizgorri". Tomo I, pág. 20. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

como sentir .previo al cataclismo vascular de la hemorragia cerebral.

«Cruelles y abrumadores aguijonazos en la vejiga» como «perricos que venían a morderle» (143) sentía el «tío Antonio» de AZORÍN, en los espasmos de su litiasis. «Tirantez» (144), «sequedad» (145), «dolor y debilidad de la cabeza»(146), insufribles, hacen horrible la situación de PASCUAL VERDÚ, solo, enfermo, torturado en el pueblecito levantino. Dolor y opresión en el pecho (147), en AZORÍN, como en UNAMUNO, hacen temer la angina de pecho. La huida de la luz de los ojos, el vértigo (148), presagian el derrame cerebral. Opre-sión en el pecho como enorme peso sobre él, falta de aire que hace abrir la boca con ansia terrible y extender las ma-nos crispadas como queriendo atrapar la vida que se escapa (149), nos describe AZORÍN en el asma cardíaco.

En cuanto a la sensación en la herida de guerra, una anes-tesia, consecuencia de estar la atención absorbida y concen-trada en la acción, vela y atenúa el dolor hasta la casi insen-sibilidad. Así, «golpe en el muslo» (150), nos cuenta BAROJA que sintió Zalacaín el Aventurero cuando la bala le hizo he-rida tal, que por ella, con la sangre, se le fueron las fuerzas hasta caer desmayado; y de Adrián, en «El caballero de Er-láiz», nos dice no sintió que estaba herido hasta bastante des-pués, cuando ya había tenido tiempo de huir entre los ma-torrales (151). «Punzada» bajo el Corazón del Señor, bordado

(143) AZORÍN. "Confesiones de un filósofo". Tomo II, pág. 77. O. C.

(144) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.051. O. C.

(145) AZORÍN. Idem.

(146) AZORÍN. Idem.

(147) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectificá". Tomo VII, pág. 1.220. "Obras Completas".

(148) AZORÍN. Idem.

(149) AZORÍN. "Buscapiés.—Vencido". Tomo I, pág. 113. O. C.

(150) BAROJA. "Zalacaín el Aventurero". Tomo I, pág. 211. O. C.

(151) BAROJA. "El caballero de Erlaiz". Tomo VII, pág. 345. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

por su madre (152), nos dice UNAMUNO que sintió Ignacio al ser herido de muerte, cuando a la caída de la tarde se asomó a la salida de la trinchera por pura casualidad. AZORÍN, coincidiendo, nos cuenta que «un peso ligero en una pierna... Nada más» (153), es lo que sintió aquel soldado de Charle-roi cuando recibió la bala alemana.

El sentimiento de enfermedad como *sensación general* pe-nosa referida a lo somático, lo hemos de recoger en muy pocas notas. Inquietud (154), insomnio (155), insomnio blanco sin pensamientos «ni imágenes, ni planes, ni recuerdos, ni tristezas, ni esperanzas» (156), escalofríos (157), delirio (158), desvarío (159), pesadillas (160), sueños sombríos y espantosos (161), excitación que impide el descanso (162), desmadejamiento, somnolencia rota con sobresaltos y terrores (163), aniquilamiento mortal (164), gran molestia (165), son estados que figuran en los cuadros febriles que BAROJA nos describe.

(152) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 251. O. C.

(153) AZORÍN. "España y Francia.—Hospital de heridos". Tomo III, página 909. "Obras Completas".

(154) BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. "Obras Completas", y "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 561. "Obras Completas".

(155) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.065. O. C.

(156) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.204. "Obras Completas".

(157) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 555. O. C.; "Los pilotos de altura". Tomo II, pág. 1.415. "Obras Completas"; "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 561. "Obras Completas".

(158) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 335. O. C.; "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. O. C.; "La sensualidad pervertida". Tomo II, pág. 948. O. C.; "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C., y "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 561. "Obras Completas".

(159) BAROJA. "La sensualidad pervertida". Tomo II, pág. 949. O. C.

(160) BAROJA. "Vidas sombrías.—Cuentos". Tomo VI, pág. 1.035. O. C.

(161) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C.

(162) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 555. O. C.

(163) BAROJA. *Idem*.

(164) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 339. "Obras Completas".

(165) BAROJA. "Vidas sombrías.—Cuentos". Tomo VI, pág. 1.034. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

Extenuación (166), laxitud (167) (así en la edición estudiada), desmadejamiento (168), sensibilidad patológica (169), son igualmente estados somáticos que en la obra de BAROJA siguen inmediatamente al proceso febril agudo, como fase última y real de la enfermedad ya en retirada, de análoga manera a como, a la pérdida de sangre, sigue la pérdida de las fuerzas y se cae en desmayo (170).

AZORÍN nos refiere malestar en la enfermedad grave (171), ligeros mareos que llegan al desvanecimiento en el proceso congestivo (172), honda congoja en la enfermedad mortal (173).

UNAMUNO nos habla de embotamiento, desmayos (174), mareos (175), vista nublada (176).

Escasas referencias, pues, en cuanto al sentimiento aflictivo de la enfermedad como estados penosos somáticos generales.

Mas el hombre no es sólo naturaleza, no es sólo soma, es naturaleza y espíritu, y la enfermedad, al proyectarse sobre el hombre enfermo como un todo, hará sentir al cuerpo y al espíritu su presencia: como dolor o sensaciones penosas locales o generales, en un caso; como estados espirituales o psíquicos penosos, y hasta dolorosos, en otros. El sentimiento de enfermedad podrá ser captado, en cada caso, con características distintas y con más sensibilidad en una u otra ver-

(166) BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. O. C.

(167) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 335. O. C., y "La Isabelina". Tomo III, pág. 1.020. "Obras Completas".

(168) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 335. "Obras Completas".

(169) BAROJA. Idem.

(170) BAROJA. "Zalacaín el aventurero". Tomo I, pág. 211. O. C.

(171) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 411. O. C.

(172) AZORÍN. "Buscapiés.—Estaba escrito". Tomo I, pág. 85. O. C.

(173) AZORÍN. "Sintiendo a España.—El hijo y el padre". Tomo VI, página 670. "Obras Completas".

(174) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.159. O. C.

(175) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.104. O. C.

(176) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, págs. 1.159 y 1.104. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

tiente del hombre enfermo, según su constitución psicosomática, su situación ambiental, según el género de enfermedad, etcétera; pero, en todo caso, el hombre, habrá de soportar la enfermedad como un todo, consciente de ello o inconsciente.

No son escasas las referencias que hemos podido obtener sobre el *malestar espiritual* como sentimiento de aflicción en la enfermedad.

Alguna vez es la zona espiritual la primera que capta la disarmonía, la anormalidad, que el equilibrio se ha roto; y la primera, por ello, que dolorosamente lo acusa antes de que se manifieste en el plano somático.

BAROJA nos cuenta en «Las Furias» que Pepe Carmona está fracasado. Comienza a decaer, mientras se siente cansado, triste. De su tristeza se burlan porque lo achacan a falta de genio. Pocos días después se le declara una fiebre tifoidea. Pepe Carmona dice: «no era sólo pena y tristeza lo que yo tenía» (177); y tenía razón, su pena y tristeza han sido los primeros sentimientos del proceso infeccioso que estaba incubando.

La exquisita sensibilidad de AZORÍN nos da valioso testimonio de lo mismo. AZORÍN nos habla de «zona indecisa entre la salud y la enfermedad» (178) y de que «en toda dolencia existe una leve penumbra, casi imperceptible, que poco a poco se va convirtiendo en vivo resplandor. No sabemos nada; no advertimos nada en nuestra vida diaria, y ya el morbo aquel que nos ha de atenazar está latente en nuestro organismo» (179). Hay momentos, nos dice en otra ocasión, en que estamos tranquilos y en los que, sin embargo, «sentimos allá dentro de nosotros una levísima turbación. No nos sucede nada... Y, con todo, diríamos que en el remotísimo

(177) BAROJA. "Las furias". Tomo III, pág. 1.204. O. C.

(178) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 747. O. C.

(179) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 835. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

horizonte de las posibilidades, ha aparecido una nubecilla —no es nada— que ha de ir avanzando hasta convertirse en tormenta» (180). De este sentimiento nos da fe cuando nos habla de que doña Inés, «no acaba de sentir perfecto sosiego. Diríase —nos dice— que está en esos momentos singulares en que, a punto de entrar en la zona dolorosa de una enfermedad, permanece todavía en la región un poco ensombrecida de la salud» (181). El espíritu de doña Inés ha perdido ya el sosiego cuando sólo se ha ensombrecido la salud; su espíritu ya ha sentido el paso de las *fronteras de la enfermedad*, ese terreno que «no siendo ya el de la salud, no es todavía el de la dolencia» (182).

También interesante referencia es aquélla de sus memorias en que nos da cuenta que Sogorb, el primer sentimiento de anormalidad, el primer sentimiento que tuvo de la enfermedad que meses después iba a matarle, sin que ningún médico fuera capaz de diagnosticarla, fue un día «un ligero malestar. No era nada; no era nada, y el desasosiego fue creciendo...» (183).

Cansancio del espíritu rendido, que parecía despeñarse en pozo sin fondo, dulce pereza, fue lo que sintió primero el ilustre pintor de AZORÍN (184), que luego, tras crisis de asma cardíaca, moriría de insuficiencia circulatoria.

Pena, tristeza, desasosiego, cansancio de espíritu, malestar psíquico, cuando la enfermedad avanza por la vertiente espiritual del hombre.

En «Un retrato imaginario» y en «Clásicos redivivos» (D. LUIS DE GÓNGORA), AZORÍN nos ha dejado interesantísi-

(180) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 745. O. C.

(181) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 746. O. C.

(182) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 835. O. C.

(183) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 374. O. C.

(184) AZORÍN. "Buscapiés.—Vencido". Tomo I, pág. 112. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

ma descripción del malestar premonitorio del coma cerebral.

El enfermo —nos dice en el primer relato— desde su cama ve la llama larga, puntiaguda, de la vela amarilla que, en un alto candelero, han encendido hace poco ante la Virgen de madera coloreada que hay en la estancia. «El enfermo se halla sumido en un vago sopor. Se daba cuenta de todo, pero lo percibía todo como desde lejos, como a través de un velo. La llama viva y vibrátil de la vela sí la veía bien clara. Y de pronto el enfermo sintió a manera de un balanceo hacia una parte que desconocía. Diríase que se encontraba en un columpio y que el artefacto iba de la luz a la sombra. Sintió el doliente, en ese instante de penetrar en las tinieblas, un profundo pánico. Se estremeció todo. Pero no pudo hacer nada. Un poco después presintió que el columpio iba otra vez a lanzarse al abismo. No podía evitarlo el enfermo por más que hacía. Hacía, sí, esfuerzos por mantenerse en posesión de su conciencia. Fijaba la mirada y el pensamiento con toda su fuerza en el límite de la vela; pero reconocía que no podía librarse de que el columpio de su conciencia entrara definitivamente, profundamente, en el abismo desconocido y misterioso de las tinieblas. Y de repente todo acabó para él; el salto terrible estaba dado. Una centésima de segundo después de haber saltado a lo profundo y tenebroso, el enfermo había dejado de percibir la transición tremenda» (185). El enfermo cayó «en un parasismal sueño profundo» (186) que lo identificó a un cadáver y en el que estuvo dormido tres días.

AZORÍN, en su segundo relato, nos dice que la patología de D. LUIS DE GÓNGORA «es más alambicada, etérea, incompre-

(185) AZORÍN. "Leyendo a los poetas.—Retrato imaginario". Tomo VII, págs. 717 y 718. "Obras Completas".

(186) AZORÍN. "Leyendo a los poetas.—Retrato imaginario". Tomo VII, pág. 718. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

sible» (187), que la que pueda ser captada aún por el ojo clínico de más saber y experiencia. Por esto quizás, AZORÍN, cuando ha utilizado el término patología, ha creído necesario añadir a dicha palabra la advertencia: si la aceptamos, si le consideramos como un enfermo. La intuición de AZORÍN no nos deja duda, sin embargo, sobre esta patología de la que él mismo nos dice luego, ya sin escrúpulos, que sus elementos «son como nubecillas ténues, como cendales ligerísimos, como vapores traslúcidos que se cruzan y entrecruzan y forman indescriptibles —y dolorosas— complicaciones» (188). AZORÍN, seguro de la enfermedad del personaje, pregunta: «¿en qué tratado grueso y denso estarán anotados los síntomas de estos sutiles males?, ¿qué clínico habrá tan experto, tan sagaz, tan sabidor, que pueda adivinarlos y comprenderlos? (189). Todos los fenómenos del estado del poeta «se producen allí en la remota lejanía del espíritu» (190), nos dice AZORÍN, que nos los describe diciendo: «una ventana que se abre hacia el azul; el cielo está límpido, brillante; caminan despacio por el ámbito del firmamento unas nubecillas blancas. Y unos ojos, ojos de poeta, ojos de cansancio y de melancolía que miran estas nubes y que explayan dulcemente su mirada por toda la inmensa bóveda. Y el poeta en estos momentos se siente fuera del mundo y en el mundo, fuera del tiempo y en el tiempo. No tiene casi conciencia de sí mismo; este ligamen imperceptible que le une a la realidad sensible, ¿va a romperse? La realidad sensible —en que él no cree— va a esfumarse, a desvanecerse por completo y él, el poeta, LUIS DE GÓNGORA, va a encontrarse, de pronto, sus-

(187) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Luis de Góngora". Tomo VIII. pag. 57 "Obras Completas".

(188) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Luis de Góngora". Tomo VIII. pag. 57 y 58. "Obras Completas".

(189) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Luis de Góngora". Tomo VIII. pag. 58 "Obras Completas".

(190) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Luis de Góngora". Tomo VIII. pag. 57 "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

penso en el vacío inmenso de la nada, sin ser, sin conciencia y sin cuerpo. La angustia atenaceo ligeramente a GÓNGORA; todavía el ánimo fluctúa entre la realidad y la nada; dentro de un momento todo GÓNGORA —alma y cuerpo— puede comenzar a bajar por el deslizadero. La fluctuación actual tiene su encanto; parece que el poeta puesto en un columpio, ha subido allá arriba y va a bajar de pronto, raudo, impetuoso. Las nubecitas blancas caminan plácidas, como corderitos, por el cielo. Avanza el espíritu del poeta hacia el abismo. Ser o no ser; jugada suprema. ¿En un instante, en un segundo, una embolia, un derrame cerebral, pueden llevar a la eterna nada al poeta? ¿Pueden llevarle, como él diría, a su *parasismal sueño profundo*, pero a un sueño del que no despertará jamás? Ya se va rompiendo el hilito tenue que liga la realidad a la nada, en este momento los planos del mundo se confunden; las imágenes se trastuecan y entran una en otra; parece que la visión entra en un espacio desconocido» (191).

Ciertamente, decimos por nuestra parte, si los síntomas de estos sutiles males no están anotados en tratados gruesos y densos, sirva el aquí recogerlos para que la intuición del artista pueda ser aprovechada para ayudar al experto, al sagaz, al sabidor clínico, a adivinarlas y comprenderlas.

Otras veces, la mayoría, el malestar espiritual es un componente más, con los sentimientos aflictivos somáticos, del cuadro general de la enfermedad.

Melancolía (192); melancolía del reumático (193); melan-

(191) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Luis de Góngora". Tomo VIII. pag. 58 "Obras Completas".

(192) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 706. O. C.

(193) BAROJA. "La ruta del aventurero". Tomo III, pág. 725. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

colía (194), tristeza (195), y murrias (196) del hepático. Malestar espiritual en forma de tristeza (197), tristeza pasiva (198); tristes presentimientos (199). «¿Estás triste?», le preguntará Pedro a Octavia en «El yermo de las almas», y ésta le contestará: «¡Estoy enferma, Pedro! ¡Estoy enferma!» (200).

Malestar de angustia que mata (201); de la suspicacia aumentada (202); de la voluntad confusa (203); de la labilidad psíquica (204) por la que cualquier cosa perturba; del tedio abrumador (205), en cuya inmensidad gris se pierde la voluntad que se escapa; de la languidez sin gana para cosa alguna, que deja sin apetito de vivir y viviendo como por deber (206).

Impresionabilidad (207); carácter que se torna agrio y taciturno cuando el dolor atormenta (208). Supremo cansancio (209) ante el dolor que bruma y no da reposo.

Y muy a menudo, desesperanza; desesperanza ante una

-
- (194) BAROJA. "La senda dolorosa". Tomo IV, pág. 724. O. C.
(195) BAROJA. "El cantor vagabundo". Tomo VIII, pág. 551. O. C., y VALLE INCLÁN. "La cabeza del Bautista". Tomo I, pág. 865. O. C.
(196) VALLE INCLÁN. "Baza de Espadas". Pág. 34. Editorial A. H. R. Barcelona, 1958.
(197) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 334. O. C.; "Las figuras de cera". Tomo IV, pág. 191. O. C., y VALLE INCLÁN. "Gerifaltes de antaño". Tomo II, pág. 538. O. C.
(198) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 707. O. C.
(199) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 158. O. C.
(200) VALLE INCLÁN. "El yermo de las almas". Tomo I, pág. 23. O. C.
(201) BAROJA. "Intermedios". Tomo V, pág. 589. O. C.
(202) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 385. O. C.
(203) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 443. O. C.
(204) BAROJA. "La casa de Aizgorri". Tomo I, pág. 14. O. C.
(205) AZORÍN. "Buscapiés.—Vencido". Tomo I, pág. 113. O. C.
(206) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Historia muy vulgar". Tomo II, pág. 519. "Obras Completas".
(207) BAROJA. "Los Visionarios". Tomo VI, pág. 475. O. C., y "Aurora roja". Tomo I, pág. 556. "Obras Completas".
(208) AZORÍN. "Buscapiés.—Estaba escrito". Tomo I, pág. 86. O. C.
(209) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.065. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

vida sin salud que no vale la pena de vivirse (210) o que el dolor y la monotonía, que impone la enfermedad, ha llenado de hastío (211); desesperanza ante el sufrimiento que llega a los límites de lo insoportable y hace pensar en la muerte, en acabar de una vez, como ventura (212); desesperanza ante «una vida puramente defensiva» (213), por la que UNAMUNO comprende que MARAGALL no se haya quejado, cuando si lo hubiera hecho se hubiera podido alargar algún tiempo más su vida; desesperanza ante «la larga agonía retorcida» (214), que UNAMUNO piensa puede quitar el alma antes de quitar la vida; desesperanza de un vivir tal, que cuando ya «negóse el corazón con terco empeño a funcionar», nos dice AZORÍN que «cesó el infeliz de morir» (215).

Pero no siempre el espíritu bajo la tormenta de la enfermedad se abate; muchas veces su sensibilidad es quien primero acusa su llegada, y muchas veces, una vez ya instaurada, antes que ceder se tensa; se tensa hasta lo doloroso, y si la tormenta de la enfermedad no rompe sus ataduras, incluso sobre ella se remonta, aprovechando sus vientos para ganar altura. Estados de *excitación de la mente* que proyectan lucidez sobre lo oscuro, de *exaltación* de la imaginación que crece así sobre sí misma; estados de *hipersensibilidad*, a veces insoportables, casi siempre fecundos.

(210) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, págs. 707 y 714. "Obras Completas".

(211) AZORÍN. "Buscapiés.—Estaba escrito". Tomo I, pág. 87. O. C.

(212) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.204. O. C.; "Los pilotos de altura". Tomo II, págs. 1.415 y 1.416. O. C.; "La Isabelina". Tomo III, pág. 1.016 O. C., y "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, página 715. O. C.

(213) UNAMUNO. "Sobre la literatura catalana.—¡Por no quejarse!" Tomo V, pág. 519. "Obras Completas".

(214) UNAMUNO. "Sobre la literatura catalana.—La muerte de Jorge Fragonars." Tomo V, pág. 559. "Obras Completas".

(215) AZORÍN. "Buscapiés.—Vencido". Tomo I, pág. 114. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

Creemos interesantes también estas referencias porque ha de ser especialmente útil poder hacer constancia de la excitación mental o de la hipersensibilidad fecunda durante la enfermedad, cuando, en otra parte de este trabajo, expongamos nuestras disquisiciones en torno al sentimiento de enfermedad como utilidad, o en torno a la enfermedad como fuente de creación.

BAROJA, que en su ensayo «Sufrir y pensar» nos dice que «se experimenta un dolor, y entonces..., la atención se exalta» (216), en «La nave de los locos» nos da fe del «estado de lucidez extraordinaria, consecuencia única de la fiebre», en la que Alvarito «creía resolver y comprender muchas cosas hasta entonces para él completamente oscuras» (217).

GANIVET nos habla de la inspiración «por la excitación del ahogo» (218), y nos descubre, como en secreto, que «los moribundos ven lo que no vemos los que disfrutamos de buena salud» (219).

UNAMUNO nos da cuenta de las «avivadas» fantasías del tío Miguel «a las puertas de la muerte» (220), ante la expectativa del fin cercano.

Otras veces la imaginación se exalta como en el tío Pablo, de doña Inés, del que AZORÍN nos advierte que se siente enfermo, e incluso que ha tratado de diagnosticarse su propia enfermedad como mal que él mismo ha descubierto: mal de HOFFMANN (*proceso psicótico mitigado*, nos aclara MARCO MERENCIANO (221) en su magnífico estudio psiquiátrico sobre el personaje); a D. Pablo, cuando realiza un acto «su imagi-

(216) BAROJA. "Ensayos.—Sufrir y pensar". Tomo VIII, pág. 865. O. C.

(217) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C.

(218) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 64. O. C.

(219) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 265. O. C.

(220) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 229. O. C.

(221) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 98. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

SALUD Y ENFERMEDAD

nación le representaba inmediatamente las posibles desgraciadas contingencias del hecho» (222); tiene una dolorosa «visión anticipada» (223) de su porvenir posible; D. Pablo «en lo presente veía lo futuro» (224). La imaginación exaltada que no le deja gozar de la felicidad presente, porque el pensamiento de que la dicha ha de concluir le empaña el goce, es gran parte de la causa de ese «estilo doloroso de vivir» (225) que supone su enfermedad.

Albert, «el enfermo», desde las páginas leídas de un autor predilecto, se lanza hacia lo ideal; mas, nos puntualiza AZORÍN, «no hubiese podido realizar tal ensoñación de estar fuerte y boyante» (226).

A Eugenio Avinareta, en la cama del hospital, la mente exaltada —según BAROJA— le hace vivir «un mundo irreal y extraño» y gozarse en «sueños dulces, inefables» (227); exaltación que convierte en «linterna mágica» (228) el cerebro de Thierry, muriendo por su tuberculosis. Para Alvarito, febril, «el campo y los pueblos tomaban las más extrañas perspectivas» (229). La enfermedad, escribe BAROJA como si concluyera, «es un carnaval del cerebro con bacanales furiosas y fantásticas zarabandas» (230).

El Marqués de Bradomin, febril en el hospital de sangre, en tanto cree todavía notar el brazo que ya le ha sido amputado, siente ya que la fiebre «exaltaba» (231) sus pensa-

(222) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, págs. 770 y 771. O. C.

(223) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 770. O. C.

(224) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 771. "Obras Completas".

(225) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 98. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

(226) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 868. "Obras Completas".

(227) BAROJA. "El amor, el dandismo y la intriga". Tomo IV, pág. 166. "Obras Completas".

(228) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 714. O. C.

(229) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 357. O. C.

(230) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 382. O. C.

(231) VALLE INCLÁN. "Sonata de invierno". Tomo II, pág. 226. O. C.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

mientos y que le cercaban las nieblas del sueño, «un sueño ingrávido y flotante, lleno de agujeros de una geometría diabólica» (232); de análoga manera a como el taciturno Lina-rejo Sánchez, mientras le curan su herida, tan profunda que casi se ve el corazón latir debajo, le traspasa «el deleite del que vuela en sueños» (233).

La enfermedad sacude el espíritu y hace brillar sus luces, como brillan los ojazos negros de la pobre joven enferma del verso de GANIVET,

*«Ojos que brillan como ascuas
sobre las cenizas
de una piel helada.» (234)*

Una *sensibilidad aumentada* es frecuente acompañante de la enfermedad.

AZORÍN —comentando unas cartas de MAUPERTUIS impresas en Berlín a fines del siglo XVIII, en las que este autor habla, no de las enfermedades agudas y truculentas, sino de las difusas y largas— nos da cuenta de que en estos casos, el enfermo, en la limitación que le impone su enfermedad, lejos del contacto agudo y vivificante con la naturaleza, «encuentra matices y cambiantes en las cosas que en los demás mortales pasan inadvertidos. Lo que es accidente apenas grato para los demás, es para el enfermo un momento de voluptuosidad íntima. En la luz, en la noche, en el silencio, en el tono dulce de una voz que le habla, en la suavidad de una mano que le acaricia, encuentra el enfermo un reposo —aunque momentáneo— tan apacible como para el sano pueda ser un placer violento y hondo» (235).

(232) VALLE INCLÁN. "Sonata de invierno". Tomo II, pág. 223. "Obras Completas".

(233) VALLE INCLÁN. "Viva mi dueño". Tomo II, pág. 1.218. O. C.

(234) GANIVET. "Un bautizo". Tomo II, pág. 731. O. C.

(235) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, página 737. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

También AZORÍN, hablándonos de Albert, el enfermo, nos dice que «percibía ahora matices de las cosas que nunca había percibido. Como no podía entregarse a las grandes sensaciones, gustaba de las tenues que antes pasaban para él inadvertidas. La luz y la sombra, por ejemplo, tenían para Albert revelaciones gratisimas...» (236).

Estos aumentos de sensibilidad como los que AZORÍN nos ha referido, no son alictivos todavía, mas el enfermo, a veces, llega a tener afinada su hipersensibilidad hasta lo doloroso; entonces la hipersensibilidad, su hipersensibilidad, puede hacer angustioso el sentimiento de vivir.

A «D. Pablo», la hipersensibilidad de su proceso (237) le daba «una prodigiosa memoria de sensaciones» (238), en la que «su arte de escritor encontraba su mayor fuerza» (239). Por su hipersensibilidad «de pronto, inesperadamente, una voz, un ruido, un incidente cualquiera, le hacía experimentar con prodigiosa exactitud, con exactitud angustiadora, la misma sensación que quince, veinte o treinta años antes había experimentado» (240). Su hipersensibilidad es tal, que «la soledad le es necesaria» (241), «lo que más ama es su sosiego» (242), «huye las emociones» (243), «necesita la calma» (244), el silencio que le envuelve ha de ser profundo porque «una sacudida violenta de los nervios o una emoción intensa hacen que el interés se polarice de pronto hacia otra parte» (245).

(236) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 868. "Obras Completas".

(237) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 69. Editorial Metis, S. L. Valencia, 1947.

(238) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 770. "Obras Completas".

(239) AZORÍN. Idem.

(240) AZORÍN. Idem.

(241) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 769. "Obras Completas".

(242) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 768. "Obras Completas".

(243) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 768. "Obras Completas".

(244) AZORÍN. Idem.

(245) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

Digamos, sin embargo, que aunque la hipersensibilidad para D. Pablo es angustiosa, dolorosa (246), D. Pablo no quiere renunciar a ella. Lo comprendemos cuando recordamos que nos ha dicho AZORÍN que en una de sus consecuencias, la memoria de las sensaciones, su arte de escribir encuentra su mayor fuerza. D. Pablo nos cuenta que soñó su presencia ante el Eterno (247) y que el Señor le ofreció la salud plena a cambio de un poquito menos de inteligencia. El Señor notó el desasosiego de D. Pablo y le dejó pensar su respuesta. A la mañana siguiente, mientras sufría sus dolores, en plena vigilia, decide la contestación que dará al Señor cuando en el sueño de la próxima noche reclame su respuesta: le dirá que se encuentra mucho mejor (248). El Señor le ha ofrecido cambiar inteligencia por salud. Desaparecería su enfermedad, su hipersensibilidad dolorosa, cuando le diera, con un poco de la fortaleza de Matías el pastor, la salud plena; pero el Señor no le ha planteado así el cambio, no ha empleado estas palabras en su proposición; el Señor a lo que le quita, *a lo que se lleva a cambio de la salud plena, lo ha llamado inteligencia*. D. Pablo, cuando se vuelva a encontrar en la presencia del Señor, piensa disimular y esconder su enfermedad, acallar los dolores de su hipersensibilidad; piensa decirle que se encuentra mucho mejor, pues... no quiere renunciar, no quiere perder su inteligencia.

Otros testimonios tenemos de la afinada sensibilidad en la enfermedad, que si bien muchas veces dolorosa, diríamos es siempre fecunda.

Víctor Albert, el enfermo de AZORÍN, y D. Pablo, sufren el mismo mal (249), padecen la misma enfermedad. No

(246) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 70. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

(247) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 805. "Obras Completas".

(248) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 808. "Obras Completas".

(249) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 192. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

SALUD Y ENFERMEDAD

se puede afirmar que el Víctor de este momento sea el de la víspera o seguirá siendo mañana, pues «las células del organismo cambian y el espíritu sufre, con los cambios más o menos profundos, la alteración consiguiente» (250). Víctor Albert es ya íntimo amigo de Beard, que inventó el nombre de neurastenia el año 1880, «para designar los trastornos psíquicos y físicos que surgen inopinadamente producidos por agotamiento y que se reducen a fatigabilidad, excitabilidad, irritabilidad e hipersensibilidad» (251). Beard se ha instalado en su casa y no puede prescindir de él. «Parece que estando con Beard se desliza Víctor por un derrumbadero: va bajando hacia el fondo y no sabe a dónde llegará. Beard es casi paciente a veces; Víctor se encuentra, en tales ocasiones, como envuelto en un cendal de ensueño; no sabe discernir la realidad de la fantasía. Y acaso —sin acaso— estas discriminaciones son las que le han hecho producir sus mejores páginas» (252). Víctor, el artista, con Beard, con su enfermedad, ha escrito sus mejores páginas; también en esto nos recuerda a D. Pablo.

ESTEBAN ECHEVARRÍA es un poeta fino, sensitivo, melancólico. AZORÍN nos dice escuetamente lo que sabe de él. Es un gran poeta al que «su sensibilidad le lleva al dolor» (253). En su casita cercada de jardín, delicadas manos femeninas cuidan del poeta, pues padece una anormalidad extraña; su sensibilidad «es tan fina, que él cree que va a quebrarse como el frágil cristal» (254). Se consulta al doctor cómo se podría evitar esta sensibilidad. «¿Para qué hemos de evitarlo...?»

(250) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 812. "Obras Completas".

(251) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 68. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

(252) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 837. O. C.

(253) AZORÍN. "Contingencia en América.—Echevarría y el cristal". Tomo VII, pág. 1.214. "Obras Completas".

(254) AZORÍN. "Contingencia en América.—Echevarría y el cristal". Tomo VII, pág. 1.215. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE ENFERMEDAD

(255), contesta el doctor. «En tanto que el poeta se crea de cristal trabajará mejor. Desde que el poeta se cree cristal ha escrito sus versos más transparentes y cristalinos» (256). Sensibilidad dolorosa, sensibilidad fecunda.

En otra ocasión AZORÍN nos cuenta que Albert ha leído unas páginas de un autor predilecto y lo poco que ha leído lo ha desentrañado «en toda su esencia» (257). «Si hubiera leído estos pocos párrafos estando sano, en plena vitalidad, no hubiera reparado en todo lo que encierran. Ahora sí que ve toda su transparencia» (258).

Asensio, el ciego de Salamanca, percibe, como rasgo capital de su nueva existencia, el «no ver las cosas y, sin embargo, sentir las» (259). «Cuando, inadvertidamente, se deja en la casa un mueble fuera de su sitio, en el camino que Asensio lleva de una estancia a otra, nuestro amigo, antes de llegar a él, se detiene, como misteriosamente advertido» (260).

BAROJA, hablándonos de Lacy, en «Los caudillos de 1830», nos dice que «con esta atención de los enfermos, lo contemplaba todo con una gran curiosidad» (261); y cuando en «El sabor de la venganza» quiere justificarnos que D. Tomás haya oído los pasos quedos de la calle, nos aclara que D. Tomás, desde hacía tiempo, «tenía un oído de enfermo» (262).

El mismo BAROJA en el «Laberinto de las Sirenas» (263), nos dice que Hoffbauer, con una lesión cardíaca y un co-

(255) AZORÍN. "Contingencia en América.—Echevarría y el cristal". Tomo VII, pág. 1.215. O. C.

(256) AZORÍN. Idem.

(257) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 868. O. C.

(258) AZORÍN. Idem.

(259) AZORÍN. "Tomás Rueda". Tomo III, pág. 314. O. C.

(260) AZORÍN. Idem.

(261) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 995. O. C.

(262) BAROJA. "El sabor de la venganza". Tomo III, pág. 1.183. "Obras Completas".

(263) BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.319. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

mienzo de tuberculosis, no quería curarse. Se dedicó a leer. Hoffbauer era hombre de gran talento, «pero entonces se reveló como un verdadero genio». «El mismo no comprendía lo extraño y anómalo de su capacidad». «A veces su espíritu parecía arder e incendiarse y llevaba entonces la claridad a las cosas más abstrusas y oscuras, y sus ideas parecían relámpagos en medio de las tinieblas».

Poéticamente, MACHADO nos confirma también la sensibilidad afinada del enfermo. Allá en el «Sanatorio del alto Guadarrama», «mansión de noche larga y fiebre lenta», en el hospital de la Sierra, de la que conoce el agrio olor de su romero y la amarilla flor de su retama, nos cuenta cómo el tren, ligero, rodea el monte y el pinar y cómo avanza, y allí canta:

«¡Hospital de la Sierra!...

.....
*cuando el doctor —sienes de plata— advierte
las gráficas del muro y examina
los diminutos pasos de la muerte,
del aureo microscopio la platina,
oirán en tus alcobas ordenadas,
orejas bien sutiles,
hundidas en las tibias almohadas,
el trajinar de estos ferrocarriles.» (264)*

Oídos sutiles, umbral de una sensibilidad capaz de escuchar los pasos de la muerte.

Aflicción como impedimento. — La enfermedad, a más de afligir causando molestias positivas o estados penosos como los mencionados, aflige también, nos advierte LAÍN (265), impidiendo el ejercicio de alguna de las actividades

(264) A. MACHADO. "Nuevas canciones.—En tren". Págs. 918 y 919. O. C.
(265) P. LAÍN. "Ocio y Trabajo". Pág. 90. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

AFLICCIÓN COMO IMPEDIMENTO

propias de la vida en salud. Impedido, limitado, privado, el enfermo se aflige, y es esta aflicción, concreta LAÍN (266), el ingrediente más notorio del sentimiento general de enfermedad.

UNAMUNO nos cuenta la historia de Matilde (267). A Matilde, con sus 23 años, una languidez traidora «iba ganándole el cuerpo todo de día en día». «Vivía sin apetito de vivir y casi por deber». «Por las mañanas costábale levantarse de la cama ¡a ella que se había levantado siempre para poder ver salir el sol!» Las faenas de la casa le eran más penosas cada vez. No nos dice UNAMUNO, aunque lo suponemos, qué enfermedad tiene Matilde. Únicamente que el médico, asegurando que no era sino una crisis de la edad, le ha mandado «aire y luz, nada más que aire y luz. Y comer bien; lo mejor que pudiese». Ni aire, ni luz, ni comida le falta a Matilde y las ropas cada vez se le van quedando más grandes, más holgadas. Por el justillo, ahora flojo, puede meter sus dos manos y a la saya ha tenido que darle un pliegue más. Matilde, ella misma nos aclara una posible duda; su mal —nos dice— «no es mal de amores; es otra cosa: es mal de vida».

Matilde se atavió lo mejor que pudo y fue a rezar a la Virgen de la Fresneda, a pedirle su salud. Subió a la ermita, apoyándose a trechos en el brazo de su madre, pero subió; al regreso, mozos y mozas corrían retozándose, persiguiéndose, excitándose; «todo eran restregones, sobeos y tentarujos bajo la luz del sol»; Matilde, que lo miraba todo tristemente, piensa que ella no podría correr si así la persiguieran; que ella no podría provocarles y azuzarles con carreras y chillidos. Matilde, con su madre, se cruza con el

(266) P. LAÍN. "Ocio y Trabajo". Pág. 91. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(267) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Historia muy vulgar". Tomo II, pág. 519. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

novio que la enfermedad le hizo perder, novio que ya va emparejado con su nueva novia. Al cruzarse, los cuatro han bajado los ojos al suelo. La moza sintió en torno de sí un «respeto como pesado; un respeto terrible, un respeto trágico, un respeto inhumano y crudelísimo». Matilde traspuso el umbral de su casa y reventó en lágrimas y exclamó con la muerte en los labios: «¡Cómo estaré, Virgen Santa, cómo estaré! ¡Ni me han retozado..., ni me han retozado los mozos como antaño! ¡Ni por compasión, como a las feas! ¡Cómo estaré, cómo estaré!

La Virgen de la Fresneda, oyendo los ruegos de Matilde, a los tres meses se la llevaba a que la retozasen los ángeles.

UNAMUNO ha titulado el anterior relato «Historia muy vulgar». La enfermedad impidiendo correr y azuzar, privando del amor y hasta del retozo en la primavera de la naturaleza; la enfermedad, que deja contemplar y ansiar el espectáculo de la vida, entristeciéndola; ciertamente, historia muy vulgar ésta que UNAMUNO nos cuenta sencilla, llanamente, cargada de sentimiento y de poesía.

AZORÍN, que cuando nos habla de la vejez nos dice que «el viejo limita su vida», que «el viejo prescinde de lo que antes gozaba» que «a la movilidad sucede la inacción» (268), confirmando el sentimiento de aflicción en la enfermedad por lo que ésta impide, limita o priva, acierta con una sola frase a expresar muy buena parte de su contenido: «la enfermedad, hace veces, en cierto modo, de senectud» (269); el enfermo, en las enfermedades difusas y largas —nos recuerda— «se ve precisado a restringir enormemente su vida» (270).

(268) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, página 736. "Obras Completas".

(269) AZORÍN. *Idem*.

(270) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, página, 736. "Obras Completas".

AFLICCIÓN COMO IMPEDIMENTO

«El dolor y el peligro le hacen prescindir de multitud de cosas usadas por los sanos» (271).

El mismo AZORÍN, en su libro «Castilla», nos cuenta (272) que el rico caballero, que ahora vive aposentado en ancho y noble caserón de Valladolid, habitaba antes en una mezquina casa de Toledo, con rigurosa estrechez. Le favoreció la fortuna tras coger una modesta herencia. Pero «conforme la hacienda aumentaba prósperamente, la salud del hidalgo se iba tornando más inconsistente y precaria». Es su casa de ahora, ancha y recia, la despensa bien provista y en sus paredes se ven las más finas y bellas espadas; «pero ni de la mesa puede gozar el buen hidalgo, ni para el ejercicio de las armas están ya sus brazos y sus piernas». «El caballero cada vez está más pálido, más ojeroso y más débil»; «ni los más experimentados físicos aciertan a decidir lo que el hidalgo tiene». «¿Para qué estas espadas? ¿Para qué esta plata labrada —bernegales, bandejas y tembladeros— puesta en los aparadores de tallado nogal? ¿Para qué la carroza pintada en que él pudiera ir a los sotos del río, en las mañanas claras de mayo, cuando las tapadas van en recuesta de algún galán dadivoso y convidador?» Una tristeza profunda vela sus ojos. La enfermedad le impide al hidalgo, ahora que se ve rico, gozar de sus riquezas.

Análogamente, el grande hombre, en el pueblecito levantino, viejo, cansado, enfermo, «apenas come. Ante él desfilan estos manjares primarios y succulentos de la cocina provinciana, que él ama tanto, y él los contempla con ese aire, mezcla de displicencia y de ansiedad, con que los enfermos miran lo que les ha proporcionado el placer y les ha aparejado el dolor» (273).

(271) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, página, 736. "Obras Completas".

(272) AZORÍN. "Castilla.—Lo Fatal". Tomo II, págs. 708 y 709. "Obras Completas".

(273) AZORÍN. "Los pueblos.—El grande hombre en el pueblo". Tomo II, págs. 159 y 160. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

D. Pablo, el personaje de AZORÍN ya tantas veces referido, está enfermo, sufre una imaginación exaltada, una hipersensibilidad dolorosa, mas lo que le aflige, como uno de los ingredientes más notorios de su complejo sentir, es el no poder escribir. D. Pablo, enfermo, «ha dormido dulcemente» y, sin embargo, «cuando el caballero se levanta por la mañana se siente un poco fatigado», «le cuesta ahora trabajo decidirse a tomar la pluma o a iniciar o mantener una conversación...» (274); «repentinamente, se siente abatido» (275). D. Pablo «no puede trabajar casi..., se siente profundamente cansado» (276). Se siente «muy decaído» (277). «Sólo una hora u hora y media puede permanecer el caballero con la atención fija en un asunto. La fatiga le sobrecoge pronto. Su productividad es escasa» (278). «D. Pablo quisiera gustar el goce violento de la acción. Hace esfuerzos entonces por salir de la situación en que se halla» y «a poco se percata con inquietud de que no puede pensar; el pensamiento ha huido de su cerebro»; «un bello crepúsculo pasa para él inadvertido; la luz, con sus variadas y finas gradaciones, no le hace sentir; los paisajes más hermosos le dejan insensible» (279). Terrible impedimento.

Víctor Albert, ya hemos visto, padece el mismo mal de D. Pablo. Igual que él —no nos extraña— al levantarse advierte un ligero cansancio; «ha de reposar unos momentos después de haber reposado tanto» (280) y, tras la compañía de Beard, «súbitamente» llega violentamente a un lugar tenebroso. «Entonces, todo lo ve negro; el horizonte no tiene luz para él; ya en su vida mental todo ha concluido; no

(274) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 766. "Obras Completas".

(275) AZORÍN. Idem.

(276) AZORÍN. Idem.

(277) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 805. "Obras Completas".

(278) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, págs. 795 y 796. O. C.

(279) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 769. "Obras Completas".

(280) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 811. "Obras Completas".

AFLICCIÓN COMO IMPEDIMENTO

podrá escribir más: no escribirá con la fluidez con que antes escribiera» (281). Después de un trabajo continuado e intenso llega la postración para Albert. «Su vitalidad es muy baja, no puede leer sino unas pocas páginas; no le es posible escribir» (282).

Pascual Verdú está enfermo. Ha escrito a su sobrino, ANTONIO AZORÍN, en carta cuya firma rezaba: «Tu infortunado tío, Pascual Verdú» (282). Verdú da cuenta a AZORÍN de su aflicción. «No puede estar en la cama ni fuera de ella» (284), se lamenta; ni duermo «más que algunos minutos» (285); «no tengo más remedio, para luchar con el mal, que escribir; pero ¡ay!, que no puedo ya» (286). «No puedo tomar caldo, ni leche..., apenas puedo tenerme en pie...» (287). «Hace veintiséis días que no he puesto los pies en la calle, porque no puedo andar» (288). Pascual Verdú, enfermo, no puede hacer muchas cosas que antes hacía. Sufre intensamente. «Mi vida ha fracasado; podía haber sido y no he sido nada» (289), se lamenta finalmente. «Todo marchaba para mí en dirección al éxito» (290), nos confiesa. Ahora vive en el pueblecito levantino de Petrel solo, desconocido, enfermo, torturado.

El ilustre pintor, de quien nos habla AZORÍN (291), estaba hambriento de gloria y venció. Recibió la primera medalla... y comenzó su mal; el espíritu, como cansado, fue quien primero sintió aquella enfermedad, que tras terribles

-
- (281) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 837. O. C.
(282) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 879. "Obras Completas".
(283) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.048. O. C.
(284) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.051. O. C.
(285) AZORÍN. Idem.
(286) AZORÍN. Idem.
(287) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.051. O. C.
(288) AZORÍN. Idem.
(289) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.059. O. C.
(290) AZORÍN. Idem.
(291) AZORÍN. "Buscapiés.—Vencido". Tomo I, pág. 112. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

crisis de asma cardíaca había de matarle; después, «una dulce pereza le envolvió voluptuosamente...» «De cuando en cuando... cogía los pinceles y trabajaba como en sus mejores años, delirante, frenético... Trabajaba un momento, no podía más; faltábale la fuerza, y se apoderaba de él un cansancio infinito que le atenaceaba el alma, haciéndole impotente para seguir luchando». El público va olvidando su nombre. El, impotente, afligido, contempla este vacío que rápidamente va formándose a su alrededor. Enfermo, no puede trabajar para ganar su lucha.

D. Luis, el político de «Estaba escrito», de AZORÍN, da la batalla por perdida, le han «desarmado, quitándole la salud» (292); es un vencido.

Nelly, el gran personaje de BAROJA en «El gran torbellino del mundo», tiene a veces, en los días muy húmedos, fiebre y dolor en las articulaciones; se fatiga al subir las escaleras; tiene una lesión cardíaca que se compensa y se descompensa. BAROJA nos describe perfectamente el reumatismo cardioarticular de Nelly que siente «una gran aspiración a la vida de la mujer, a tener un marido e hijos» (293); sus ideas eran muy sensatas, muy lógicas. Nelly no quiere comprender que «su enfermedad, la debilidad de su corazón le impedía toda actividad violenta» (294).

Avinareta, cuyo «pensamiento era siempre dinámico» y «no podía discurrir sin unir al discurso una idea de acción», aunque muy raras veces, era «deprimido por ligeras afecciones artríticas», y «sentía que su inteligencia comenzaba a vagar en lo abstracto» (295).

(292) AZORÍN. "Buscapiés.—Estaba escrito". Tomo I, págs. 87 y 88. O. C.

(293) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.182. "Obras Completas".

(294) BAROJA. Idem.

(295) BAROJA. "Con la pluma y el sable". Tomo III, págs. 422 y 423. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE AMENAZA

Al Conde de Morella —nos cuenta VALLE INCLÁN— en la vejez se le han recrudecido sus inveteradas dolencias, mas su gran aflicción es que, para alargar los años de su vida, el doctor le tiene privado del tabaco, del café, de las conversaciones..., un suplicio —nos dice el Conde— que la vida no vale (296).

Otras veces, quizá por sabido, poco o nada insisten los autores estudiados en el sentimiento de impotencia, privación o limitación en la enfermedad.

BAROJA nos habla de la enfermedad que obliga a guardar cama (297), del reumatismo que hace arrastrar la pierna (298), o renquear hasta el punto de impedir acudir donde es preciso (299), o perder las condiciones de combate (300).

En «Paz en la guerra», de UNAMUNO, Pachico se fatiga al trepar por el monte. Necesitaba detenerse «de cuando en cuando para tomar aliento» (301). Pachico creció delicadillo y enteco y entró en la pubertad enclenque y canijo. Ignacio, ahora, al verle jadear, piensa que no vivirá mucho, que está tísico. Pachico de nada se queja, solamente... que al trepar, de cuando en cuando, había de detenerse para tomar aliento.

SENTIMIENTO DE AMENAZA

La enfermedad, muy frecuentemente, hace sentirse por lo que molesta, por lo que impide, por lo que limita, afligiendo

(296) VALLE INCLÁN. "Baza de espadas". Pág. 212. Editorial A. H. R. Barcelona, 1958.

(297) BAROJA. "Los pilotos de altura". Tomo II, pág. 1.416. O. C.

(298) BAROJA. "La Isabelina". Tomo III, pág. 1.024. O. C.

(299) BAROJA. "Crónica escandalosa". Tomo IV, pág. 1.008. O. C.

(300) BAROJA. "Desde el principio hasta el fin". Tomo IV, pág. 1.120. "Obras Completas".

(301) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 71. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

así al enfermo, resignado o rebelde, pero consciente ya de su estado. Hemos llamado a esta manera de sentir, aflicción. Mas, en ocasiones, la enfermedad pesa y atormenta, no por lo que es, sino por lo que puede ser; no se sufre una realidad objetiva, sino un mal presumible; la enfermedad se siente entonces como amenaza.

Hemos entrado ya en la región de la enfermedad, nos hemos resignado ya al dolor. Desde la luctuosa ribera de la enfermedad, los ojos contemplan la otra ribera, la ribera apacible y deleitosa de la salud, allá enfrente. Allá enfrente, en la ribera de la salud, vivíamos con nuestros afanes y nuestros proyectos. AZORÍN se pregunta: «¿Cuándo volveremos a ella?» y «¿es seguro que volveremos?» (302). Si no volviéramos, no podríamos realizar nuestro proyecto de vida e incluso la vida podría perderse. El enfermo tiene miedo.

Albert, el enfermo, siente un crudelísimo penetrante dolor. El dolor lo soporta con abnegación. Pero Albert sufre porque teme que tras este dolor «vendría la necesidad de guardar cama», y «ya en el lecho, ¿adónde se llegaría? Y ¿cuándo podría levantarse, caso de que pudiera hacerlo?» (303). Si los temores se realizan «todo estaba ya acabado; había concluido toda una vida de trabajo y afanes» (304); trabajo y afanes que no se verían cumplidos. («Muerte biográfica» de LAÍN) (305).

Albert caerá en un estado de postración, «en un estado como de letargia. Su vitalidad es muy baja» (306) y entonces, sintiendo la amenaza, preguntará: «¿...este estado no será promonitor de algo más alarmante? ¿Será ya definitiva

(302) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 747. O. C.

(303) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 867. O. C.

(304) AZORÍN. Idem.

(305) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 91. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(306) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 879. O. C.

SENTIMIENTO DE AMENAZA

esta baja presión de vitalidad? ¿Y no podré escribir más?» (307).

D. Antonio Quiroga, el personaje de «El escritor», de AZORÍN, está diciendo siempre que está muy enfermo; ha accedido a ir a consultar a un especialista; el especialista, a solas con el acompañante, ha confirmado la enfermedad. D. Antonio ha perdido el sentido de relación de las cosas. El escritor, que «no sale de sus cavilaciones», que «de todo recela», que se queda en ocasiones «cohibido como un niño medroso», «teme quedarse de un día a otro sin ideas. Si no tiene ideas ¿cómo va a poder escribir?» (308). («Muerte biográfica»).

En «Valencia» nos refiere AZORÍN que en el café de España se sienta solo un caballero silencioso. No tendrá más de 40 años. Su faz es pálida. Le consume un «misterioso mal interior» (309). Ha visitado a los más eminentes médicos de Valencia, ha viajado para consultar otras eminencias y no se ha podido esclarecer el misterioso mal de su morbo. De este misterioso caballero nos dice AZORÍN que «sus pensamientos estaban concentrados en su mal» (310), que «tenía la obsesión de que iba a vivir poco» (311), «la obsesión secreta de su dolencia» (312). Sentía en su enfermedad la amenaza de la muerte, lo que se «advertía por accidentes y pormenores que inesperadamente surgían: un silencio largo, un fruncimiento de cejas, cuando, por el contrario, las palabras que se pronunciaban eran ledas, un llevarse las manos al pecho, de pronto, congojosamente, un renunciar tácito, sobrentendido, a todo porvenir» (313).

(307) AZORÍN. «El enfermo». Tomo VI, pág. 879. O. C.

(308) AZORÍN. «El escritor». Tomo VI, pág. 381. O. C.

(309) AZORÍN. «Valencia». Tomo VI, pág. 37. «Obras Completas».

(310) AZORÍN. Idem.

(311) AZORÍN. Idem.

(312) AZORÍN. «Valencia». Tomo VI, pág. 39. «Obras Completas».

(313) AZORÍN. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

El enfermo, la pobre mujer doliente, ha venido acaso de un pueblo lejano, nos cuenta AZORÍN. «No sabe ella ni saben los deudos cuál es su mal. No sabe si es cosa grave o no. Ahora, con el alba, se ha levantado. Como para hacer un viaje decisivo. El doctor —especialista afamado— va a decir si el mal de esta enferma es grave o no. Trágica indecisión en este momento vago, difuso, penumbroso, en que nace el día. Un día que puede ser de dolor supremo o de bienhechora liberación» (314). ¿Cuál será el diagnóstico? La pobre mujer siente su dolor reprimido por la angustia de la incertidumbre. Tiene miedo. Sentiría un dolor supremo si fuera grave su enfermedad. La enfrentaría con la muerte («Muerte biológica» de LAÍN) (315).

De Nelly, nos cuenta BAROJA, que la preocupación de estar fea le «quitaba el miedo a la muerte» (316). De Susana, también, como Nelly, con un reumatismo cardiovascular, BAROJA nos dice que tenía la idea obsesiva de la muerte; sentía la amenaza (317). Embil, en «Pilotos de Altura», «con calentura, sin fuerzas para nada, hinchado como un monstruo», no podía esperar que ningún compañero se ocupara de él, «bastante tenía cada uno con lo suyo» (318). En el momento de abandonar la fragata «Alacrity», Embil, en su enfermedad, se ve perdido, ve en peligro su salvación, teme por su vida.

Otras veces la enfermedad es sentida, no como una amenaza directa y concreta de muerte biológica o biográfica, sino como una amenaza inconcreta, difusa, nacida del sentimiento complejo de debilidad, impedimento, soledad, desvalimiento, presentimiento de la muerte... y del más allá.

(314) AZORÍN. "Clásicos redivivos.—Juan de Yepes". Tomo VIII, pág. 52. "Obras Completas".

(315) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 91. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(316) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.199. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE AMENAZA

Del General Mina nos dice BAROJA, en «Los caudillos de 1830», que no tiene confianza en la empresa, que parece arrastrado por la fogosidad de otros. BAROJA nos aclara: «Es que el General está viejo, enfermo y, naturalmente, es desconfiado» (319).

VALLE INCLÁN, en los «Gerifaltes de antaño», nos cuenta la escena entre los dos cabecillas, Santa Cruz y D. Pedro Mendía. Este último enfermo. Se miran los dos profundamente y austeramente. Santa Cruz confiesa tener remordimiento, porque solamente los pecadores empedernidos no lo tienen..., pero ninguno tiene por haber fusilado. D. Pedro sí lo tiene. Santa Cruz dirá: «Ese remordimiento lo tiene ahora porque está enfermo» (320).

Pascual Verdú ha escrito a AZORÍN, como hemos visto anteriormente; está enfermo, sufre mucho. «El mal del cerebro ha apretado y todo se pierde». «¿Qué han hecho de mí?» (321). Me quejo al Criador «de la tristísima suerte que me espera» (322), le dice trasladándole su miedo. Verdú ve inquieto su fin cercano. Sus ideas religiosas, filosóficas, son un caos..., ha hecho un esfuerzo y ha acudido a Dios, «demandándole que no permita acabe en tal estado» (323).

En nuestro conocido enfermo D. Pablo, que nota con inquietud que «el pensamiento ha huido de su cerebro», que «su íntima personalidad se halla ausente», sabemos, porque

(317) BAROJA. "Susana". Tomo VII, pág. 55. "Obras Completas".

(318) BAROJA. "Los pilotos de altura". Tomo II, pág. 1.415. O. C.

(319) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 932. O. C.

(320) VALLE INCLÁN. "Gerifaltes de antaño". Tomo II, pág. 539. O. C.

(321) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.050. O. C.

(322) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.051. O. C.

(323) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.052. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

nos lo dice AZORÍN, que «la inquietud se convierte en pavor» (324).

SENTIMIENTO DE SOLEDAD.

Uno de los cuatro sentimientos cardinales a los que LAÍN reduce «todos esos mil modos distintos de vivir inmediata y psicológicamente lo que en la enfermedad es *pathos* o *passio*, afección pasiva» (325), es el de soledad.

«La enfermedad aísla, y no sólo porque impide al paciente de un modo más o menos absoluto el trato normal con los otros hombres —nos dice LAÍN—, sino porque fija su atención sobre sentimientos que él y sólo él puede padecer» (326). Soledad penosa del sentir sin compañía.

Ya hemos mencionado en otra ocasión al caballero que, según nos cuenta AZORÍN, en el café de España, de Valencia, se sentaba solo, silencioso. Cuando al fin se entra en relaciones con él, sus palabras son pocas y medidas. Padece una fatal enfermedad que ninguna eminencia consultada, y han sido muchas, ha podido diagnosticar. AZORÍN nos dice que ha heredado fincas de gran valor y todo lo ha vendido por zafarse del trato. Vive en un pisito, «retirado de todo, viviendo con sus pensamientos» (327). El caballero tiene «la obsesión de que iba a vivir poco» (328). Se le nota «la obsesión

(324) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 769. O. C.

(325) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 90. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(326) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 92. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(327) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 38. "Obras Completas".

(328) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE SOLEDAD

secreta de su dolencia» (329), mas en su conversación no hay «la menor referencia a su mal» (330). Lo que él siente se advierte por ese «silencio largo», ese «fruncimiento de cejas», ese «renunciar tácito sobrentendido a todo porvenir» (331), que inesperadamente surgen; «lo que hubiere de suceder sucedería. No había que hablar de ello» (332). «La aversión del caballero a hablar de su persona» (333), se ha puesto de manifiesto cuando se han tenido «palabras de piedad discretas para su mal» (334), en un deseo vano de compadecerle. En su enfermedad, que él padece solo, silencioso, ha llegado «a un desasimiento absoluto de las cosas humanas» (335). La soledad del caballero en su enfermedad nos la define —según hemos visto— AZORÍN, con gran maestría: no solamente no tiene trato normal con los otros hombres, sino que en vano se intenta compadecerle por un sentir que él y sólo él padece.

En Doña Inés, a D. Pablo —que ya hemos visto siente la enfermedad como aflicción, como amenaza— según nos cuenta AZORÍN, «la soledad le es necesaria», «y las cosas, en la soledad, han acabado por adueñarse del caballero» (336). «Don Pablo advierte a veces la monotonía de su vivir. En esos momentos intenta reaccionar. La vida es algo más que meditación y goce suave de las cosas» (337). D. Pablo «hace esfuerzos entonces por salir del círculo en que se halla encerrado y se arroja bruscamente a la vorágine del trato humano» (338). Mas «a poco se percata con inquietud de que no puede pensar; el pensamiento ha huido de su cerebro; su ín-

-
- (329) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 39. "Obras Completas".
(330) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 38. "Obras Completas".
(331) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 39. "Obras Completas".
(332) AZORÍN. Idem.
(333) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 38. "Obras Completas".
(334) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 38 y 39. O. C.
(335) AZORÍN. "Valencia". Tomo VI, pág. 38. "Obras Completas".
(336) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 769. "Obras Completas".
(337) AZORÍN. Idem.
(338) AZORÍN. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

tima personalidad se halla ausente» (339). Se percata de su incapacidad para sentir, «y de pronto rompe las ligaduras que se había fabricado; se desliga de todo lo que le rodea; da un tajo a todos los emprendidos tratos y negocios y torna a su soledad y a su silencio» (340). D. Pablo ha fijado su atención sobre sus pensamientos que él sólo y sólo él padece, y ha vuelto a quedar en soledad.

Pascual Verdú se ha enterado de la proximidad de ANTONIO AZORÍN. ANTONIO AZORÍN en un día ha recibido tres cartas; una en las primeras horas de la mañana, la segunda a las once, la tercera por la tarde. «¡Qué malo que estoy!» (341). «¡Cuánto he sufrido y cuánto sufro...!» (342), se lamenta Verdú. Verdú se ve «enfermo, solo, olvidado» (343) y ve el porvenir «sin hijos, sin amigos, sin médicos, sin sacerdotes, sin nadie» (344). «Te espero», dice en su primera carta; «ven pronto», le dice en la siguiente, desde una soledad que ante la proximidad del ser querido se hace insoportable; desde esa soledad «de él», soledad que posiblemente no podrá romper la presencia «del otro» deseado, porque a ANTONIO AZORÍN «un mundo de ideas le separa de Verdú» (345).

En otras ocasiones el sentimiento de soledad es de carácter, diríamos, más biológico. En la noche duerme la vida. La noche separa densamente. La vida vigilante de los que velan son luces amortiguadas, luces de seguridad, que no vencen el reino de la oscuridad. La noche es espejo de nuestra soledad, soledad que nos mira cara a cara. En la noche el enfermo siente su soledad más angustiosa que nunca.

El enfermo, diríamos, siente además que las altas horas de

-
- (339) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 769. "Obras Completas".
(340) AZORÍN. Idem.
(341) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.050. O. C.
(342) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.059. O. C.
(343) AZORÍN. Idem.
(344) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.051. O. C.
(345) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.066. O. C.

SENTIMIENTO DE SOLEDAD

la noche «poseen una significación de que carecen las otras horas del día». Según nos dice AZORÍN (346), expiran en esas horas, más que en otras, los enfermos graves. Por ello, BAROJA, maestro en su prosa, ha cantado, con versos felices por su sentimiento, a «la luz de la mañana», a la luz de la mañana del enfermo (347):

*El enfermo, entre almohadones,
espera con ansia amarga
la luz que ha de iluminar
el marco de la ventana;
se incorpora débilmente
y se esfuerza en vislumbrarla;*

.....

.....

*¿Por qué se retrasa el sol
y no se presenta el alba?*

.....

.....

*Después de mucho agitarse
y revolverse en la cama,
empieza a ver un resquicio
que traza una línea blanca,
y tras éste vienen otros,
aparecen zonas claras
en las paredes y muebles,
en los remates y jambas,
que se extienden y se corren
y se iluminan y ensanchan.*

.....

.....

(346) AZORÍN. "Pensando en España.—El secreto de Cervantes". Tomo V, pág. 935. "Obras Completas".

(347) BAROJA. "Cancionero del suburbio". Tomo VIII, págs. 1.021 y 1.022. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

*¡Ya está! ¡Ya llegó, por fin,
la gran luz de la mañana!*

.....
.....
*Es un momento feliz
de alegría y bienandanza.*

BAROJA, en «Aurora roja», nos cuenta también cómo Juan, moribundo, en la noche sentía la preocupación de ver la mañana, «y a cada paso preguntaba si no había amanecido» (348). Por orden de Juan estaban abiertas las contraventanas. A las cuatro empezó a amanecer. La luz fría de la mañana comenzó a filtrarse por el cuarto. Juan durmió un rato y se despertó cuando ya era de día.

AZORÍN nos habla del hidalgo cuyo misterioso mal va progresando. A veces, en la noche, en las altas horas, en esas «horas densas y herméticas de la madrugada», el ladrido de un perro —un ladrido lejano, casi imperceptible— le produce una angustia inexpresable. El hidalgo escucha en la noche ese latir lejano del can, siempre despierto. «Cuando la aurora comienza a blanquear, un momentáneo reposo sosiega sus nervios» (349).

MACHADO nos ha cantado que:

*«No el sol, sino la campana
cuando te despierta, es
lo mejor de la mañana.» (350)*

Es decir, no la vida en sí, sino saberse en compañía de la vida, es lo mejor de la mañana.

(348) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 653. O. C.

(349) AZORÍN. "Castilla.—Lo fatal". Tomo II, págs. 709 y 710. O. C.

(350) A. MACHADO. "Nuevas canciones". Pág. 901. O. C.

SENTIMIENTO DE RECURSO

MACHADO, él mismo enfermo, reposa como «huésped dolorido» en el

«Sanatorio del alto Guadarrama»

.....
«Mansión de noche larga y fiebre lenta»

y lanza en el verso su tristeza

*Hospital de la sierra, en tus mañanas
de auroras sin campanas,*

.....
.....(351)

El enfermo espera ansioso la mañana, como el caminante solitario en la noche busca la luz en la distancia. En la noche duerme la vida, y la vida vacilante del enfermo queda sola. Con el alba despierta la vida. El enfermo, en su soledad, tendrá compañía.

SENTIMIENTO DE RECURSO.

No todo en la enfermedad es penoso. Ciertamente los ingredientes principales del sentimiento de enfermedad son los hasta ahora mencionados: aflicción en sus distintas formas, amenaza y soledad. Mas la enfermedad puede ser también sentida como algo aprovechable para descargarnos del peso, de la tarea que es el vivir en salud. La enfermedad es aprovechable entonces como un medio, un recurso, diríamos, empleando el término de LAÍN (352).

AZORÍN, por boca de Víctor Albert, su enfermo, nos da

(351) A. MACHADO. "Nuevas canciones". Págs. 918 y 919. O. C.

(352) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 93. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SALUD Y ENFERMEDAD

buena confirmación a lo dicho: «el estar enfermos nos exime de muchas obligaciones sociales; podríamos, en rigor, cumplirlas; pero nos zafamos de ellas con nuestra dolencia. No puede un enfermo hacer visitas, ni escribir respuestas a cartas enfadosas, ni asistir (¡y qué bueno es esto!) a conferencias... y lo mismo os diré de las comidas. Se come fuera de casa y se come tiesamente y lo que no se desea comer. Tiesamente porque la mayor parte de las veces no existe en esas comidas la soltura que hace grato su yantar. ¡Adiós, para el enfermo, molestias del trato humano...! ¡Adiós trabas enojosas y triquiñuelas ridículas! Estamos enfermos y necesitamos cuidarnos» (353).

Y no sólo la enfermedad es buen medio para evitar las molestias del trato humano y librarnos de trabas enojosas, sino que —nos afirma— «no hay como estar enfermo para vivir mucho» (354), si bien aclarándonos que esta máxima, que «suena a paradaja y suena bien» (355), es válida para ciertas enfermedades constitutivas y de cierto temple, no para las truculentas. Albert nos dice que hay en esta máxima una parte psicológica que es la esencial, y, afirmando que puede ser catedrático en arte de vivir, nos explica «que la enfermedad nos hace, ante todo, ser cautos. Debemos guardarnos de toda agravación. Estamos en momento de baja vitalidad y hemos de procurar no descender más. Miramos y remiramos lo que comemos; evitamos, sobre todo, la bebida espirituosa; escrupulizamos sobre el momento de comer y sobre la mayor o menor cocción de los alimentos. No quiero decir nada del traje en invierno y en la estación estiva; por sabido se calla que procederemos con mucho tiento al tener que pasar de una veste a otra. Y siempre nos parecerá, en la mutación, que nos hemos excedido. Pero donde los cuidados

(353) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 871. O. C.

(354) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 869. O. C.

(355) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE RECURSO

llegan a su culminación es en el asunto magno de los vientos». Albert da mucha importancia a los vientos; él mismo tiene un anemómetro y un anemómetro para conocer la velocidad y la dirección de ellos. Albert procura guardarse de las clásicas corrientes, no se expone a un aire colado. «Y ¡cuántas cosas más evita el enfermo por estar enfermo! Ello hace que su vida sea tan pautada como la de un cartujo o un trapense...» (356), termina diciéndonos Albert en su lección sobre el arte de vivir.

El propio AZORÍN nos recuerda, en su «Meditación de Cofrentes», el parecer de Nieremberg sobre la salud, como de gran interés para todos... «Sanos hay que están más cerca de morir que muchos desahuciados. Y no pocos han vivido más años por estar achacosos» (357). Y, como confirmándonos esta afirmación, tras contarnos que Márquez Torres está débil, achacoso y ha de cuidarse mucho, que no puede permitirse lo que los demás se permiten, que su vida está en constante peligro, nos dice que «generalmente los frágiles de salud son los que viven luengamente. Siempre están alerta y previenen con sus cuidados todo incremento del mal. Llegan, por tanto, a un admirable equilibrio del desequilibrio» (358).

Ciertamente, deducimos, la enfermedad es recurso para evitar muchas molestias del trato humano y buen recurso, a veces también, para alargar la vida.

Y es recurso también para la picaresca; como aquél de quien nos cuenta BAROJA (359) que padeciendo un lupus que le iba carcomiendo la cara, se hacía pasar por inválido de guerra.

(356) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, págs. 870 y 871. O. C.

(357) AZORÍN. "Meditación de Cofrentes". Diario "A. B. C." 17-I-1960. Madrid.

(358) AZORÍN. "Con Cervantes.—El primer Cervantista". Tomo VIII, página 1.075. "Obras Completas".

(359) BAROJA. "Las figuras de cera". Tomo IV, pág. 198. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

Y es recurso para el descanso; como el de esos bañistas del Balneario de Cestona a los que AZORÍN llama veraneantes, ya que el bañista, nos dice, «es un señor que por casualidad, por capricho, se mete en el agua diez minutos», «diez minutos frívolos y joviales», en un cuarto elegante, claro, limpio, inodoro, y el resto del día tiénelo libre para sus trá-fagos y devaneos» (360).

Y es recurso en la desesperanza; como en el caso de aquella llorosa mujer que, nos cuenta VALLE INCLÁN, acurrucada lloraba monótonamente con el pañuelo enclavijado entre las manos dolorosas. El pañuelo tenía salpicaduras de sangre. Hace pensar a quien la compadece que está enferma del pecho. El que la compadece quiere cerciorarse. Se lo pregunta. La mujer, a través de las lágrimas, sonrío burlo-na y contenta: «¡Ojalá!». La mujer no está enferma y de-searía estarlo, sería una solución... «¡Acabaría pronto de penar!» (361), nos dice ella.

Nunca mejor que al meditar el sentimiento de la enfer-medad como recurso, tenemos la certeza de la verdad que encierra la afirmación de LAÍN cuando nos dice que «la en-fermedad es, ante todo, un modo de vivir» (362).

(360) AZORÍN. "Los pueblos.—Siluetas de Urberuaga". Tomo II, pág. 196. "Obras Completas".

(361) VALLE INCLÁN. "Baza de Espadas". Pág. 88. Editorial A. H. R. Barcelona, 1959.

(362) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 89. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

SENTIMIENTO DE UTILIDAD.

«El dolor se le espiritualizaba, vale decir, que se le intelectualizaba...»

UNAMUNO (363).

Hemos visto hasta aquí cómo la enfermedad, a más de ser sufrida, a más de poder ser sentida como aflicción, amenaza, soledad, puede ser también de alguna manera aprovechable. Cuando así es, hemos hablado de sentimiento de recurso; sentimiento de recurso por el que el hombre que se encuentra soportando la enfermedad, sabe aprovechar, de una manera secundaria, lo que puede haber en ella de favorable para él; lo que puede ofrecerle de ventaja una situación soportada, en primer lugar, como penosa y no deseada.

Ahora bien, según veremos, la enfermedad puede ser también sentida como utilidad; pero en este caso, un matiz importante diferenciará este sentimiento del de recurso.

En el sentimiento de recurso, la enfermedad, como algo, en primer lugar, penoso, es aprovechada secundariamente en la medida de lo posible. En el sentimiento de utilidad, desde un principio, la enfermedad es aceptada, hasta deseada en ciertos casos, como algo que sirve, como algo útil para conseguir un «modo de vivir» intuido o sentido con valores superiores, con valores que, una vez gustados, son irrenunciables y compensan de la carga penosa que la anormalidad, la enfermedad simultánea, puede suponer.

Será necesario, sin embargo, en primer lugar, que junto a la idea de salud, a más —diríamos mejor— de la idea de

(363) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.112. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

salud, consideremos la idea de perfección, para que así, aceptando la perfección como meta, como algo deseable más allá de la salud —y comprobando el valor y la influencia de la enfermedad en los factores condicionantes para alcanzarla—, podamos llegar a comprender la enfermedad sentida como utilidad.

De la idea de salud hemos tratado anteriormente. Para la salud no hemos encontrado definición satisfactoria; la hemos podido comprender, sin embargo, conociendo cómo puede ser sentida.

La idea de perfección nos la expone LAÍN en su obra «Ocio y trabajo» (364), cuando nos habla de la salud y perfección del hombre. Para tomar conocimiento de ella resumiremos a continuación, muy brevemente, lo allí expuesto por LAÍN.

En relación con la idea de perfección y para llegar al mejor conocimiento de la misma, LAÍN nos llama la atención, al comenzar su exposición, sobre las dos líneas u orientaciones principales que evidentemente deben ser deslindadas en la historia de la antropología occidental: «la de aquellos para quienes el hombre es *todo y sólo* naturaleza, y la de aquellos otros que ven al hombre como una realidad a la vez natural y personal; más concisamente, el puro materialismo y el personalismo» (365)

Igualmente nos advierte LAÍN de cómo tanto en el naturalismo como en el personalismo, será necesario, para una mejor comprensión, distinguir dos mentalidades, mentalidades que él denomina *clásica* y *romántica* o *barroca*, si —como dice— «nos decidiéramos a usar estos dos adjetivos como nombres de una actitud básica del espíritu humano, y no

(364) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 49. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(365) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 56. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

como denominaciones de eventos históricos particulares y transitorios» (366).

Para la mentalidad naturalista *clásica*, según LAÍN, *perfección* es concepto coincidente con el de *salud*, ya que la perfección humana es *físicamente* concebida, y la fisiología engloba a la moral (367).

Para la mentalidad naturalista que, con LAÍN, llamaremos *romántica* o *barroca* —según el significado que éste da a los citados adjetivos—, consistiría la total perfección del hombre en desequilibrio creador, arrebatado perfectivo, *sobrenormalidad*, ya que «el individuo humano conseguiría su máxima perfección exaltándose, haciéndose, en la medida de sus talentos, *genial*» (368). «Entendida como mero equilibrio —escribe LAÍN—, *normalidad* sería, para esta mentalidad naturalista romántica, vulgaridad o adocenamiento» (369). Dos actitudes —nos advierte— parecen posibles dentro de esta mentalidad naturalista romántica: la de aquéllos para quienes «la perfección de la naturaleza humana individual exige e incluye la salud, con lo cual ésta resultaría concebida como capacidad de equilibrio o de distensión: será llamado *sano* el hombre cuya naturaleza pueda distenderse o desequilibrarse sin alteración morbosa todo lo que requiera el esforzado arrebatado creador en que la perfección consiste» (370), y la de aquéllos para quienes «la perfección del hombre —el acto genial de espiritualizar la naturaleza en el sistema de Schelling— no es posible sin que la naturaleza pierda el equilibrio que so-

(366) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 61. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(367) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 60. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(368) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 61. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(369) P. LAÍN. Idem.

(370) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 62. Revista de Occidente, Madrid, 1960.

SALUD Y ENFERMEDAD

lemos llamar salud; con otras palabras, sin que enferme» (371).

Para la mentalidad personalista *clásica* —nos sigue diciendo LAÍN— salud y perfección son «modos de la realidad humana esencialmente distintos uno de otro, pero no independientes entre sí. Juntas las dos, consistirían en la armoniosa composición de dos elementos: el equilibrio psíquico y somático de la naturaleza humana, por una parte, y la ordenada moderación en el ejercicio de la propia libertad, por otra. La perfección del hombre sería el resultado de sumarse entre sí la salud y la ecuanimidad, no entendida ésta como simple *emmetria* o recta ordenación del alma, sino como sereno y bien medido ejercicio de la libertad personal» (372).

Para la mentalidad personalista *romántica*, la perfección del hombre consiste «en utilizar las posibilidades que le otorgue su naturaleza —sus capacidades y talentos de toda índole— al servicio de una empresa noble y ardua, ideada y querida más allá de esa naturaleza suya, en el centro transfísico y personal donde radica y de donde mana su libertad» (373). Dentro de esta mentalidad caben también dos actitudes: para unos, la perfección será esforzada entrega sin desequilibrio, sin afección morbosa, a una alta empresa —santidad, heroísmo, obra intelectual o artística, acción política— como «el resultado de sumarse entre sí la salud y la magnanimidad» (374); para otros, no podrá haber para el hombre perfección sin enfermedad, y —«para cumplir con éxito el esfuerzo anhelante que de su naturaleza exige la perfección

(371) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Págs. 62 y 63. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(372) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 66. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(373) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 67. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(374) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 68. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

espiritual de su persona—, el hombre ha de sentir quebrado el equilibrio natural en que la salud consiste» (375).

El hombre, pues, estará sano o no, pero, además, alcanzará o no la perfección. La perfección, como «algo más» que la salud, para unos, podrá conseguirse sin perderla; la salud sería parte de aquélla. Para otros, ese «algo más» que supone la perfección, ese «algo mejor», sería a costa, perdiendo, eso «que solemos llamar salud».

La perfección del hombre, «el acto genial de espiritualizar la naturaleza» (376), la perfección espiritual de su persona, supondría, aceptaría, como parte de la misma —y como sorprendente paradoja para el pensamiento sin meditación— la enfermedad.

Ante la idea de perfección así entendida, ¿cómo puede ser sentida la enfermedad?. Exponemos a continuación una serie de referencias que nos hablan de la relación entre la enfermedad y la sensibilidad, entre la enfermedad y la inteligencia; de su consideración podremos sacar interesantes deducciones del mayor interés para contestar esta pregunta.

Hemos hablado de la aflicción como el ingrediente más notorio e inmediato del sentimiento de la enfermedad; entre la aflicción —con la aflicción— hemos vislumbrado, como fruto de ella, estados de espiritualidad fecundos, estados que ahora comprendemos mejor, tras conocer la idea de perfección; estados, si bien penosos, irrenunciables.

No debemos aquí repetir lo ya dicho, mas antes de entrar en el estudio y presentación de las referencias directamente relacionadas con el tema ahora tratado, resumiremos, desde

(375) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 68. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(376) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 62 y 63. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SALUD Y ENFERMEDAD

el punto de vista que en el momento nos interesa, lo que allí fue expuesto.

Como manera de sentir la enfermedad quedaron citados los estados psíquicos anormales de excitación mental y exaltación imaginativa, que dan lucidez y proporcionan inspiración, que avivan la fantasía y fortalecen la imaginación, que lanzan al sueño y hacen brillar el espíritu.

Como manera de sentir quedó igualmente citada la hipersensibilidad, hipersensibilidad, si bien angustiosa, dolorosa, también fecunda, en la que el arte de escritor encontraba a veces su mayor fuerza, ayudaba a escribir las mejores páginas y daba agudeza y claridad a la mente; sensibilidad dolorosa del poeta que le inspiraba sus versos más transparentes y cristalinos.

El caso concreto del personaje de AZORÍN, D. Pablo —citado en el capítulo que resumimos y que recordamos en resumen por su extraordinario interés— es de valor definitivo en estos momentos. Su enfermedad se confunde con su inteligencia. D. Pablo está enfermo, sufre. El Señor, durante el sueño, le ofreció la salud plena. Le dejaría libre de su enfermedad; mas no llevándose ésta como tal, sino llevándose en el cambio, según le ha dicho, parte de su inteligencia. D. Pablo, completamente sano de cuerpo, tendría una capacidad intelectual disminuida. D. Pablo se negó al cambio, no renunció a su riqueza espiritual, prefirió seguir sufriendo y, con su enfermedad, conservar su inteligencia. Matías, el pastor, a quien el Señor le iba a quitar parte de su salud —y así hacerle un poco más inteligente—, quedará en el campo con la salud física plena, seguirá siendo un buen pastor, un buen gañán. La enfermedad, deducimos, no es solamente algo opuesto a la salud, sino algo relacionado, algo que tiene que ver con la inteligencia, con la perfección.

Pues bien, independientemente de estos testimonios, re-

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

cordados al mirar desde el nuevo punto de vista las referencias incluidas en el capítulo de aflicción como sentimiento de enfermedad, muchos otros testimonios de los autores estudiados confirman la relación de ésta con la sensibilidad, la inteligencia.

UNAMUNO nos advierte que «acaso la enfermedad misma sea la condición esencial de lo que llamamos progreso» (377), y argumenta: «La artritis, pongamos por caso, inficiona la sangre, introduce en ella cenizas, escurrajas de una imperfecta combustión orgánica; pero esta impureza misma ¿no hace, por ventura, más excitante a esa sangre? El agua químicamente pura es impotable. Y la sangre fisiológicamente pura, ¿no es acaso también inapta para el cerebro del mamífero vertical, que tiene que vivir del pensamiento?» (378).

En notas ya citadas en el capítulo de sentimiento de salud, es también UNAMUNO quien nos dice que «un hombre perfectamente sano no sería ya un hombre, sino un animal irracional. Irracional por falta de enfermedad alguna que encendiera su razón» (379). Y volviendo sobre su idea anterior en cuanto a la sangre fisiológicamente pura, insiste en otra ocasión en que ésta «no puede llevar al cerebro aquellos estimulantes, siempre de origen más o menos tóxicos, que nos hacen pensar algo más que para vivir» (380). «Es una enfermedad, y trágica, la que nos da el apetito de conocer, por gusto del conocimiento mismo, por el deleite de probar la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal» (381), concluye UNAMUNO.

(377) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 476. O. C.

(378) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 477. O. C.

(379) UNAMUNO. Idem.

(380) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(381) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, págs. 477 y 478. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

En una de sus obras fundamentales, UNAMUNO nos habla del «sentimiento trágico de la vida, que lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del Universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos conciente» (382); pues bien, de ese sentimiento nos dice que «más que brotar de ideas, las determina» (383), y nos advierte que si bien a veces es constitucional, otras «puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, verbigracia» (384).

Es también UNAMUNO quien nos confirma, en apoyo de la idea expuesta, que «es inútil querer librarnos de las enfermedades, y, además de inútil, es dañino... El progreso humano estriba en asimilarnos la enfermedad. El día que nos asimilemos el microbio de la tuberculosis y logremos que viva en nuestra sangre sin peligro para nuestra vida —es decir, sin que se acorte en nada la vida media—, ese microbio o sus deyecciones tóxicas será un estimulante para nuestra actividad mental» (385). Y en otro momento nos advertirá: «todos estamos más o menos enfermos, y los más de nosotros vivimos de nuestra enfermedad, cada cual de la suya» (386).

Discurriendo sobre el humorismo, UNAMUNO escribe que «acaso una de las buenas difniciones que del humorismo pueden darse es decir que la visión del mundo a través de una enfermedad» (387), y que «el humor suele ser hijo del esplin o murria, y la murria proviene de que se hacen

(382) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, págs. 477, 478 y 474. O. C.

(383) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 474. O. C.

(384) UNAMUNO. Idem.

(385) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, págs. 1.022 y 1.023. "Obras Completas".

(386) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.022. "Obras Completas".

(387) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.023. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

mal las digestiones o de otro motivo análogo» (388). (VALLE INCLÁN, coincidiendo, nos habla del «humorismo del hígado» (389)). Llamando malhumoristas a los humoristas, UNAMUNO comprende que «en un país húmedo y frío donde han de producirse fácilmente el artritismo y la dispepsia, ha de haber malhumoristas, y los ha de haber donde las bruscas oscilaciones de temperatura y de presión traen de continuo al corazón en jaque» (390), y añade: «por lo que a mí personalmente hace, puedo asegurar a mis lectores que nunca tengo más ganas de ejercer mi facultad satírica o humorística... que cuando estoy de mal humor o se me exacerban las aprensiones por el estado de mi salud» (391).

UNAMUNO, viendo a la enfermedad como condicionante y estímulo de la inteligencia, va más lejos y es «a suponer que acaso llegue día en que uno que tenga cualquier extraña enfermedad de la vista haga un descubrimiento astronómico o biológico, y precisamente por tener la vista enferma y permitirle su enfermedad ver a través del telescopio o del microscopio lo que a través de él no vieron los demás mortales de vista normal» (392).

BAROJA nos proporciona también importantes testimonios en cuanto a la enfermedad estímulo o enfermedad como condicionante de la inteligencia.

Discurriendo, como UNAMUNO, sobre el humorismo (393), nos ha dejado escritas valiosísimas sugerencias sobre el tema

(388) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, págs. 1.019 y 1.020. O. C.

(389) VALLE INCLÁN. "La corte de los milagros". Tomo II, pág. 994. "Obras Completas".

(390) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.023. O. C.

(391) UNAMUNO. Idem.

(392) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(393) BAROJA. "La caverna del humorismo". Tomo V, pág. 461. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

que tratamos. Después de decirnos que una causa del humorismo, aunque mal conocida, sería la enfermedad y que «es indudable que las enfermedades tienen una influencia predominante en el espíritu», nos advierte que «hay enfermedades que no producen apenas depresión en el ánimo, por ejemplo: las del pecho; otras, en cambio, las del aparato digestivo —nos sigue advirtiéndolo—, son muy deprimentes. Algunas —continúa— obran mucho en la psiquis, como las enfermedades de la nutrición, las diátesis, que tienen un origen oscuro, y sobre todo, lo que se llama el artritismo».

Exponiendo ideas coincidentes con UNAMUNO sobre el artritismo (394), nos dice que «la intoxicación artrítica debe ser un excitante siempre que no sea muy poderosa» y, bromeando, añade: «Si se pudiera hacer una estadística, creo que se encontraría que hay más calvos chuscos que hombres de buen pelo. La calvicie es una manifestación artrítica. Los griegos solían pintar con mucha frecuencia, en sus ánforas y en sus platos, calvos a sus faunos y a sus sátiros». E insistiendo sobre este pensar, escribe: «También el artritismo podría explicar el ansia neurótica, el anhelo de cambiar de vida, la inquietud. Estas neurosis y estas inquietudes, que proceden probablemente de intoxicaciones úricas, toman a veces un aire de misticismo y de sentimiento poético. En ocasiones, a los cristales de ácido úrico les nacen alas como a los angelitos, aunque generalmente predisponen a la filosofía pesimista y al estado gruñón».

BAROJA ha escrito un ensayo titulado «Sufrir y pensar». Nos cuenta en él sus observaciones, las experiencias de su estancia como estudiante en las salas del hospital, durante la cual —nos dice— miraba con curiosidad «las caras de los enfermos, contraídas por el dolor, y los rostros de los ago-

(394) BAROJA. "La caverna del humorismo". Tomo V, pág. 462. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

nizantes, ya sombreados por la muerte próxima (395). Había entonces en la sala del hospital —nos sigue diciendo— un enfermo, un viejo, con una peritonitis aguda que debía sufrir horriblemente. Solía estar, nos cuenta, «con los ojos inexpresivos e inmóviles; parecía un hombre ocupado en resolver un problema difícil» (396). BAROJA, después de meditar ante aquel ser doliente y preguntarse si pensaba o sufría, declara: «Sufrir es pensar». «Su facies podría ser tanto de un hombre que sufre como de un hombre que piensa» (397).

BAROJA sigue discurrendo y generaliza: "El Eclesiastes dijo: «*Quien añade ciencia añade dolor*», y debió seguir diciendo: «*Quien añade dolor añade ciencia*»" (398); y a continuación añade completando su pensamiento: «El dolor es un conocimiento. Se está en perfecto estado de salud, se ha comido bien, se ha dormido bien, el estómago funciona admirablemente y el hígado y el corazón y los riñones lo mismo. La resultante de estos actos da una sensación placentera: la *euphoria*. Se experimenta un placer y se deja de sentir la *euphoria* para sentir una impresión vaga, rápida, sin localización transportadora, que parece que empuja la conciencia fuera de los rincones donde se asienta. Se experimenta un dolor y entonces sucede lo contrario: la personalidad se reconcentra, la atención se exalta. No hay placer que dé un conocimiento; en cambio, hay muchos dolores que los dan...» (399). «La desgracia enseña; la dicha no enseña nada. Es más fácil ser filósofo en la adversidad que en la fortuna. Sufrir ayuda a pensar. Fijaos en el niño raquíptico que padece una enfermedad consuntiva y dolorosa: sus

(395) BAROJA. "Ensayos.—Sufrir y pensar". Tomo VIII, pág. 865. "Obras Completas".

(396) BAROJA. Idem.

(397) BAROJA. Idem.

(398) BAROJA. Idem.

(399) BAROJA. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

ojos tienen adivinaciones de hombre; su sonrisa, la ironía y el sadismo del viejo» (400).

BAROJA termina su discurrir diciéndonos algo coincidente con UNAMUNO: «El dolor es una fuerza impulsora del progreso. La Humanidad, como un caballo fogoso, corre en busca del ideal; el dolor es un acicate» (401). BAROJA hace suyo el pensamiento de BYRON: «El árbol de la sabiduría no es el árbol de la vida» (402).

El mismo BAROJA, en otra ocasión, nos habla de DOSTOIEWSKI. «Es un enfermo genial» (403), nos dice; su pupila es «como una lente de gran aumento» (404); la fuerza de su visión «es resultado de una hipertrofia de facultades, es decir, de una enfermedad» (405). El conocimiento profundo del hombre —nos añade— «lo saca, en parte, de su enfermedad, que le da, ampliado y de una manera monstruosa, lo que en el hombre normal es de dimensiones exiguas» (406). El valor literario de DOSTOIEWSKI —escribe— «se basa, en gran parte, en su esquizofrenia» (407), «en su fantasía enfermiza y, al mismo tiempo, poderosa» (408), en la «luz fuerte, alucinada, de epiléptico y de místico» (409), que alumbra la vida «íntegramente patológica» (410) que representa en sus novelas.

BAROJA cita a María Bashkirtseff, neurasténica, tísica,

(400) BAROJA. "Ensayos.—Sufrir y pensar". Tomo VIII, pág. 866. "Obras Completas".

(401) BAROJA. Idem.

(402) BAROJA. Idem.

(403) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo IV, pág. 319. O. C.

(404) BAROJA. "Pequeños ensayos.—El desdoblamiento psicológico de Dostoiewski". Tomo V, pág. 1.070. "Obras Completas".

(405) BAROJA. Idem.

(406) BAROJA. Idem. Pág. 1.068.

(407) BAROJA. Idem. Pág. 1.066.

(408) BAROJA. "La nave de los locos". Tomo III, pág. 319. O. C.

(409) BAROJA. Idem.

(410) BAROJA. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

ambiciosa de gloria, de una ansiedad patológica, cuyo diario es curioso por su anhelo, por su angustia, y nos dice: «a una mujer así, de conocerla, darían ganas de decirle... vaya usted a un sanatorio de Suiza, cúrese usted y dentro de tres o cuatro años todo eso que le inquieta y le parece a usted una gloria, no le parecerá a usted nada...» (411).

En tono de chanza, BAROJA nos refiere su pensar sobre «la fuerza de ilusión que tiene el hombre para convertir las acideces de su estómago y las irritaciones del hígado en motivos idealistas y metafísicos...» (412). Y su protagonista de «El amor, el dandismo y la intriga» achacará a un catarro su meditación, su examen de conciencia que le ponía de manifiesto cuánta era su vulgaridad y cuán lejos estaba de un estado de perfección.

AZORÍN nos ha dado, en su novela «Doña Inés», una clara y definitiva constancia de la realidad de la idea que exponemos. Recogimos la narración en el capítulo dedicado al sentimiento de la enfermedad y lo hemos resumido al comienzo de éste: la enfermedad y la inteligencia realidades coincidentes, coincidentes hasta el punto que el Señor, para sanar a don Pablo, sólo hablaba de quitarle inteligencia.

La enfermedad, entendida como fuente de creación, como elemento partícipe en la alta empresa que supone la obra artística, queda patente en uno de los más sugeridores y hermosos textos de AZORÍN al tratar de D. LUIS DE GÓNGORA en su obra «Clásicos redivivos».

En el proceso que padece el poeta, nos explica AZORÍN que «se va rompiendo el hilito tenue que liga la realidad

(411) BAROJA. "El escritor según él y según los críticos". Tomo VII, pág. 398. "Obras Completas".

(412) BAROJA. "La dama errante". Tomo II, pág. 282. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

a la nada; en este momento, los planos del mundo se confunden; las imágenes se trastuecan y entran una en otra; parece que la visión entra en un espacio desconocido, es decir, que ve *por dentro* la realidad aparente» (413). Y he aquí lo interesante: AZORÍN nos dice que «en este instante el poeta podrá escribir una poesía no escrita por nadie todavía; sus versos ahora podrían tener una originalidad profunda y desconocida; las imágenes de esta realidad, vista en su interior, podrían crear la poesía nueva que ama GÓNGORA» (414). El poeta, en su angustia, en su angustia trágica, al borde de su parasismal sueño profundo, encontraba la inspiración para una poesía no escrita por nadie todavía. Luego, sereno, sano y fuerte, equilibrado y ecuánime, con los nervios tonificados, viéndolo todo claro y limpio, se ve libre de caer en la honda sima de lo desconocido pavoroso, porque el hilo que le une al mundo sensible no corre peligro (415); pero quien así vive ya no es poeta, ya no podrá escribir aquella poesía nueva no escrita por nadie todavía (416); por ello el poeta, que no quiere hacerse traición a sí mismo, trata de recordar, gustar y saborear, los pasados trances de angustia, para encontrar otra vez la inspiración que dé a sus versos originalidad profunda y desconocida (417).

En su obra «Leyendo a los poetas» nos ha contado otro caso análogo, quizás el mismo en versión distinta; nos ha hecho «un retrato imaginario» de un enfermo, de un poeta. En él nos cuenta que tras un «parasismal sueño profundo», que ha tenido al enfermo durante tres días dormido, como muerto, le quedó a éste «un estado particular de ner-

(413) AZORÍN. «Clásicos redivivos.—Luis de Góngora». Tomo VIII, pág. 58. «Obras Completas».

(414) AZORÍN. Idem. Pág. 59.

(415) AZORÍN. Idem. Pág. 60.

(416) AZORÍN. Idem.

(417) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

vosismo. Lo veía todo con intensidad y, a la vez, vagamente. No podía quejarse de nada; pero notaba que la realidad ambiente tenía para él asperezas y violencias que antes no tenía. Vivía como en un sueño. Y era a veces gratisimo este sueño. Porque este estado de ensoñación tenue implicaba, frecuentemente, una profunda voluptuosidad» (418). El «parasismal sueño profundo le había tenido tres días privado de vida», ahora... permanecía en otro sueño parasismal. «La vida era para él una maravillosa tenuidad» (419), y así, «de pronto, en el vivir sutil de sus días, surgía la sensación aguda y penetrante de las cosas» (420), y escribía versos que «no eran como los demás que escribían otros poetas» (421). Siiente de tal manera el poeta, que su poesía es «original, novadora, audaz» (422). Su originalidad, nos dice AZORÍN, «radicaba en la sensación» (423); en el sueño parasismal en que ahora permanece, tras aquel otro profundo, «lo inimitable era el modo de sentir la vida y el mundo» (424).

Como otros testimonios en apoyo de la idea que expone-mos, AZORÍN nos dice que «ha habido en el fondo de la generación del 98 un légamo de melancolía» (425). En reacción contra la frivolidad ambiente, nos explica, esos escritores eran tristes, y nos afirma: «de la tristeza y no de la alegría salen las grandes cosas en arte» (426). Y en otro lugar: «Todo escritor que no lleva un fondo de melancolía está perdido. La inefable tristeza es lo que pone en la prosa o en los

(418) AZORÍN. "Leyendo a los poetas.—Retrato imaginario". Tomo VII, págs. 718 y 719. "Obras Completas".

(419) AZORÍN. Idem. Pág. 719.

(420) AZORÍN. Idem.

(421) AZORÍN. Idem.

(422) AZORÍN. "Leyendo a los poetas.—Retrato imaginario". Tomo VII, pág. 719. "Obras Completas".

(423) AZORÍN. Idem.

(424) AZORÍN. Idem.

(425) AZORÍN. "Madrid". Tomo VI, pág. 243. "Obras Completas".

(426) AZORÍN. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

versos del artista ese telón de espiritualidad, esa preciadísima segunda realidad que ha de tener toda obra de arte» (427). Hablándonos de la locura la trata de «venturosa para la propia Humanidad» (428), porque, nos advierte, «todo lo heroico y sabio que se acomete en el mundo participa de la enajenación» (429).

MACHADO también añade su sentir a esta idea. «La melancolía o bilis negra —atrabilis— ha colaborado, más de una vez, con el poeta y en páginas perdurables» (430), nos dice en su Juan de Mairena. «Todo poeta tiene dos musas. Lo ético y lo patológico» (431), ha escrito en «Los complementarios». E insistiendo en esta última idea, dándonos cuenta de la ideología de ABEL MARTÍN, manifiesta: «El *ethos* no se purifica, sino que se empobrece por eliminación del *pathos*» (432).

GANIVET nos advierte que el «exceso de salud» es un «estado ideal al que los humanos deben procurar cuidadosamente no aproximarse» (433).

Conociendo, después de todo lo dicho, esta manera de pensar, comprendemos mejor ahora la definición de enfermedad que nos dio UNAMUNO. La enfermedad, nos dijo, «es, en cierto aspecto, una disociación orgánica; es un órgano o un elemento cualquiera del cuerpo vivo que se rebela, rompe la sinergia vital y conspira a un fin distinto del que conspiran los demás elementos con él coordinados. Su fin puede ser,

(427) AZORÍN. "Gabriel Miró.—Primitivismo". Tomo VI, pág. 1.003. "Obras Completas".

(428) AZORÍN. "Sintiendo a España.—Honor castellano". Tomo VI, pág. 716. "Obras Completas".

(429) AZORÍN. Idem.

(430) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.104. O. C.

(431) A. MACHADO. "Obra inédita.—Los complementarios". Pág. 1.186. "Obras Completas".

(432) A. MACHADO. "De un cancionero apócrifo". Pág. 950. O. C.

(433) GANIVET. "La conquista del Reino de Maya". Tomo I, pág. 563. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

considerado en sí, es decir, en abstracto, más elevado, más noble, más... todo lo que se quiera, pero es otro» (434).

Vemos a la enfermedad, después de todo lo dicho, como posible estímulo para la mente, condicionante de la inteligencia, elemento de un estado de espiritualidad del hombre. La enfermedad conspira en estos casos, podríamos decir con UNAMUNO, a un estado superior, a un estado de perfección del hombre, según la idea aceptada de perfección.

La enfermedad ahora se nos presenta con nuevos valores, como «algo más» que aficción, soledad, amenaza, como «algo mejor» que recurso o ingenuo orgullo. Para el hombre con arrebatos perfectivos, creador, anhelante en su esfuerzo por conseguir la total perfección —la perfección espiritual de su persona— la enfermedad puede llegar a ser útil, necesaria, irrenunciable.

Como parte o complemento de las referencias anteriores, hemos de considerar las que se ocupan de la relación entre los estados de dolor moral, tristeza y desgracia, y la sensibilidad, la inteligencia.

En efecto, frente a la alegría de vivir y sentimiento eufórico de vitalidad, como sentimiento de salud, se encuentran la tristeza, el sentimiento de desgracia, el «dolorido sentir» (435) y el «doloroso vivir» (más que enfermedad es un estilo doloroso de vivir, nos dice MARCO MARENCIANO de la enfermedad de D. Pablo (436), de quien así siente su enfermedad somática, o de quien, quizá no aparente para la objetividad de la clínica, esconde allá, en algún rincón de su cuerpo

(434) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 468. O. C.

(435) AZORÍN. "Castilla.—Una ciudad, un balcón". Tomo II, pág. 692. "Obras Completas".

(436) MARCO MARENCIANO. "Fronteras de la locura". Pág. 98. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

SALUD Y ENFERMEDAD

o espíritu, un morbo, una anormalidad, que le da leve o terrible padecer.

Larrañaga, el personaje de BAROJA en «El gran torbellino del mundo», sabía que el fastidio y la tristeza los llevaba en el alma. Pensó en si tomaría morfina o alcohol; mas Larrañaga se planteaba el problema de si convendría suprimir los momentos, las épocas de dolor, preguntándose: «¿No se aprendería algo en el dolor, naturalmente, no siendo agudo e intolerable? ¿No se enriquecería la esfera del conocimiento? Si se pudieran suprimir todos los momentos dolorosos, ¿qué quedaría de la existencia?» (437).

Roche, en «La ciudad de la niebla», también de BAROJA, ha pasado de una vida mortificante a otra alegre, satisfactoria. Su filosofía escéptica se va transformando en un optimismo casi infantil, cándido, risueño. La meditación le brota espontánea: «la desgracia hace discurrir más, la felicidad quita todo deseo de análisis; por eso es doblemente deseable» (438). Desgracia ésta que da sabor de humanidad y que ante «espíritus menguados, que sostienen ser mejor cerdo satisfecho que no hombre desgraciado» (439), hace exclamar a UNAMUNO: «quien haya gustado la humanidad la prefiere, aun en lo hondo de la desgracia, a la hartura del cerdo» (440).

BAROJA, en su ensayo «Sufrir y pensar» —en el que nos cuenta sus meditaciones en las salas del hospital— escribe: «el dolor, como forma intelectual, es una sombra que sigue a los espíritus; es el ángel de la guarda que protege a los

(437) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.204. "Obras Completas".

(438) BAROJA. "La ciudad de la niebla". Tomo II, pág. 442. O. C.

(439) UNAMUNO. "Vida de Don Quijote y Sancho". Tomo IV, pág. 249. "Obras Completas".

(440) UNAMUNO. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

enamorados del ideal, con sus alas negras, de las caricias de la alegría y del amor» (441).

UNAMUNO, en sus «Meditaciones», nos ha cantado:

*«¡Es el dolor del árbol de la vida
la savia vigorosa;
cuando el mundo va a hundirse en la inconsciencia,
Dios surge y sopla!
y es su propio dolor, dolor intenso
que a las almas azota,
y las almas buscando algún alivio
se revuelven ansiosas
y hacen al mundo,
que así resulte ser del dolor obra.»(442)*

Dolor, savia vigorosa de la vida; dolor, hacedor del mundo; dolor, que azota el alma revelándole su existencia, pues —nos dice UNAMUNO—, así como «es el dolor físico, o siquiera la molestia, la que nos revela la existencia de nuestras propias entrañas» (443), «así ocurre también con el dolor espiritual, con la angustia, que no nos damos cuenta de tener alma hasta que ésta nos duele (444).

NEMESIO MOGROBEJO nos dice también que tras su tragedia de amor, «fue el dolor su inspiración en adelante» (445).

Todavía UNAMUNO da un paso más para concretar su pensamiento, para hacerlo más radical. UNAMUNO nos dice: «El hombre, por ser hombre, por tener conciencia, es ya,

(441) BAROJA. "Ensayos.—Sufrir y pensar". Tomo VIII, pág. 865. "Obras Completas".

(442) UNAMUNO. "Poesías.—Meditaciones". Antología poética. Pág. 71. Ediciones Escorial. Madrid, 1942.

(443) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 629. O. C.

(444) UNAMUNO. Idem.

(445) UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao.—Nemesio Mogrobejo". Tomo I, pág. 791. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

respecto al burro o a un cangrejo, un animal enfermo. La conciencia es una enfermedad» (446).

MACHADO, en los conocidos versos nos lo dice también con su estilo:

*«En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día,
ya no siento el corazón.»*

.....
.....
*...mi cantar vuelve a plañir:
«aguda espina dorada,
quien te pudiera sentir
en el corazón clavada» (447).*

GANIVET, que afirma que «el dolor es fecundo» (448), pone en boca de Pío Cid los consejos al aprendiz de poeta. Pío Cid habla de las heridas espirituales. «La vulgaridad —dice— tiene buena encarnadura, y sana de todas las heridas que recibe. Pero los espíritus delicados no sanan tan fácilmente, y una herida en el corazón, menos; en el amor propio, se les encona, y si cura les deja una huella indeleble. Y cuantas veces se pone el dedo en la herida, creación tenemos segura» (449). Pío Cid aconseja al poeta: «Cúrese usted la herida que lleva dentro y recoja con amor la sangre que de ella gotea, que esa sangre es néctar poético, digno de que

(446) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 474. O. C.

(447) A. MACHADO. "Poesías.—Soledades". Pág. 661. O. C.

(448) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 563. "Obras Completas".

(449) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 265. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

lo saboreen los mismos dioses del Olimpo» (450). Herida en el corazón, fuente de creación.

También AZORÍN nos declara el valor del dolor. «En un ambiente sereno y tibio, exento de pesadumbre y miserias —nos dice—, no hubiera podido ser escrito el Quijote. Para este libro de melancolía y de dolor, se necesitó el dolor y la melancolía» (451); y nos recuerda como apoyo de su afirmación el pensamiento de CAJAL: «¡qué gran despertador de almas e instigador de energías es el dolor!» Y en otra ocasión nos dice: «El dolor es bello; él da al hombre el más intenso estado de consciencia; él hace meditar; él nos saca de la perdurable frivolidad mundana...» (452).

AZORÍN, en cuanto a la tristeza, escribe: «el signo más alto del artista es la tristeza. ¡Infeliz del artista que no siente la tristeza! Podrá hacer un arte sabio y culto, no un arte de los que llegan al corazón y nos hacen ver una remota lejanía espiritual» (453).

VALLE INCLÁN, en versos cargados de sentir, pide ayuda al dolor en su anhelo espiritual cuando escribe:

«.....
¡Espina del dolor, rasga mi vida
en una herida de encendida lumbre!
¡Dolor, eres la clara amanecida,
y pan sacramental es tu acedumbre!» (454)

Y VALLE INCLÁN también nos trae a la memoria que, «en la antigüedad griega los amados de los dioses nacían bajo

(450) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 267. "Obras Completas".

(451) AZORÍN. "Oasis de los clásicos.—Cajal y el Quijote". Tomo IX, página 971. "Obras Completas".

(452) AZORÍN. "La voluntad". Tomo I, pág. 889. O. C.

(453) AZORÍN. "Con Cervantes.—Cervantes y el tiempo". Tomo VIII, páginas 1.094 y 1.095. "Obras Completas".

(454) VALLE INCLÁN. "El pasajero". Tomo I, pág. 1.123. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

las estrellas de un destino funesto. La fatalidad, como un viento sagrado, los arrastraba agitando sus almas, sus vestiduras y sus cabellos. Era así la fatalidad un don celeste, porque las vidas convulsas de dolor son siempre amadas» (455).

La desgracia, el dolor, sublimando a lo humano lo acercan a los dioses. Tristeza, ingrediente exquisito de la obra de arte espiritual, perfecta. Tristeza, desgracia, dolor del espíritu, anormalidad, morbo espiritual, sentimientos todos de un padecer, que análogamente a la enfermedad somática, se nos presenta como estímulo de la mente, fuente de creación, elemento condicionante para un estado de espiritualidad, de perfección.

Tan demostrativas como las referencias hasta aquí tratadas, en las que se nos ha presentado la anormalidad como causa, son estas otras que podemos ofrecer a continuación, en las que la anormalidad se nos presenta como consecuencia.

Cuando el hombre se exalta y se hace, o intenta hacerse, en la medida de sus talentos «genial»; cuando el hombre en un estado esforzado de creación, o en un esforzado anhelo creador, consigue, o intenta conseguir, el acto genial de espiritualizar la naturaleza y logra acercarse a la suma perfección, nos preguntamos ¿cuál es su estado, según nuestros autores, en cuanto salud o enfermedad, normalidad o anormalidad?

UNAMUNO nos hace una afirmación tajante: «Todo hombre que no se limite a comer, vivir, dormir, jugar y reproducirse, es un hombre enfermo» (456). Es decir, todo hombre

(455) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 585. "Obras Completas".

(456) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.023. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

que busque la perfección en su naturaleza, que quiera escapar de la vulgaridad, del adocenamiento, perderá su salud. Y aún UNAMUNO afirma y hace más radical su pensamiento añadiendo: «Y hasta en el jugar hay su parte de enfermedad» (457). Ahora, sin poderlo evitar, nos acordamos de Matías el pastor de AZORÍN, del que el Señor dijo a D. Pablo que al darle un poco de inteligencia perdería parte de su salud. «Nada puede conseguirse por un lado que no se pierda por otro. Yo he establecido esa ley y quiero cumplirla» (458), explicó el Señor a D. Pablo.

El mismo UNAMUNO es quien nos dice: «Un hombre de corazón, sensible, bueno, si no se vuelve loco es por ser un perfecto majadero» (459). Y en cuanto a la sensibilidad diremos que —según sabemos por AZORÍN— en el último resultado es inteligencia (460), y —por el propio UNAMUNO— que «suele ir a la par» (461) con la inteligencia, pues «el tonto es casi insensible. Un majadero, por bueno que sea, no puede sentir la muerte de un hijo como la siente un hombre inteligente» (462).

AZORÍN nos habla del trabajo creador. AZORÍN nos dice del escritor que ha estado trabajando toda la tarde, toda la noche, rápidamente, frenéticamente; que no para, no sosiega, no duerme en estos momentos de laboriosa excitación. «¿Hay dolor como pensar a todas horas, a pesar de todo, contra todo, en el asunto indefinido del libro comenzado?» (463), se pregunta. La fiebre —nos sigue diciendo—

(457) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.023. "Obras Completas".

(458) AZORÍN. "Doña Inés". Tomo IV, pág. 808. O. C.

(459) UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 821. "Obras Completas".

(460) AZORÍN. "Andando y pensando". Tomo V, pág. 118. O. C.

(461) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(462) UNAMUNO. Idem.

(463) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 700. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

consume al escritor, las manos tiemblan; escribe cuartillas y cuartillas, cientos de cuartillas. La frase brota retorcida, atormentada, angustiada, brutal, enérgica... Pasa un día, dos, tres; la inanición le debilita, el insomnio le abate, el frío llega, la fiebre amengua. Cae el escritor en un largo y profundo sopor. Y AZORÍN vuelve a plantear otra interrogante. «¿Es ésta —nos dice— la fiebre del genio: acongojadora y placentera, deleitosa y amarga?» (464).

Esteban Echevarría, el poeta de AZORÍN, desde que «se cree cristal, ha escrito sus versos más transparentes y cristalinos». El poeta se imagina que él es un vaso de cristal. El jarrito veneciano, de límpido vidrio, que está sobre su mesa, «es el propio poeta» (465). En la casa hay «un cuidado doloroso». «En cierta ocasión ha sufrido un encontronazo el jarrito, y Esteban se ha notado dolorosamente percutido» (466). Ha sido necesario que la voz femenina consulte al doctor, pues «la sensibilidad le lleva al dolor» (467).

AZORÍN de otro poeta dirá: «Está muy enfermo. Ha trabajado mucho» (468); aclarándonos: «Y lo que más quebranta: ha sentido intensamente» (469). Y de D. JOSÉ MARÍA PEREDA, que «una inquietud, un desasosiego, una febrilidad angustiada le atormentaron durante treinta años...». «Se ponía enfermo desde que comenzaba a trazar un libro hasta que lo terminaba» (470).

(464) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 701. O. C.

(465) AZORÍN. "Contingencia en América.—Echevarría y el cristal". Tomo VII, pág. 1.215. "Obras Completas".

(466) AZORÍN. Idem.

(467) AZORÍN. "Contingencia en América.—Echevarría y el cristal". Tomo VII, pág. 1.214. "Obras Completas".

(468) AZORÍN. "Contingencias en América.—El ramo de Guido Spano". Tomo VII, pág. 1.227. "Obras Completas".

(469) AZORÍN. Idem.

(470) AZORÍN. "Clásicos futuros.—En casa de Pereda". Tomo VIII, página 94. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

Referencias las anteriores en la misma línea de pensamiento que aquella de UNAMUNO cuando hablándonos de Abel nos dice que «está gastado por los años y por el trabajo y por el esfuerzo de la inspiración artística y por las emociones... tiene muy mermadas las reservas del corazón y... el mejor día... nos da un susto» (471).

«Morbo feroz» (472), llama AZORÍN a la inteligencia, a esa inteligencia que a Carlos Félix, el hijo de LOPE DE VEGA, muerto a los 7 años, le anunciaba en la vida con «ese gesto de meditación y de intuición que —como nos dice AZORÍN—, si nos encanta a los que amamos la Inteligencia, nos pone, en cambio, en el espíritu una vaga sensación de angustia y de aprensión por una próxima tragedia» (473).

Como resumiendo, AZORÍN exclama: «¡Qué terrible cosa es el sentir y el comprender! Para estos sutiles y finos espíritus, la vida tiene dolores, angustias, que no tiene para los demás mortales» (474).

BAROJA, que nos advierte que el hombre que tenga más sensibilidad que la que necesita para su época y para su ambiente «será un enfermo» (475), nos dice de las personas que se dedican a la literatura y la filosofía, que «todos tienen su tara» (476), y que «la mayoría de los autores», entre los que él se incluye, «tienen un fondo morboso» (477). AZORÍN, confirmando este pensar, nos dice igualmente que en todos esos hombres «dedicados a trabajos intelectuales, en

(471) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 969. O. C.

(472) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.103. O. C.

(473) AZORÍN. "De Granada a Castelar". Tomo IV, pág. 341. O. C.

(474) AZORÍN. "España y Francia.—Hispanistas". Tomo III, págs. 1.024 y 1.025. "Obras Completas".

(475) BAROJA. "Juventud, egolatría". Tomo V, pág. 165. O. C.

(476) BAROJA. "El escritor según él y según los críticos". Tomo VII, página 443. "Obras Completas".

(477) AZORÍN. "Ensayos.—Patología del extremista". Tomo VIII, pág. 872. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

todos los que viven del pensamiento, los que leen mucho, los que escriben mucho, los que se preocupan de un problema del intelecto hasta el punto de obsesionarse, los que continuamente, todos los días, a todas horas, piensan y sienten..., adivinamos su exquisita, casi morbosa sensibilidad» (478).

En la segunda parte de su obra «La intuición y el estilo», BAROJA, en el capítulo «Divagaciones sobre los grandes hombres», aceptando el pensamiento de SÉNECA: «*Nullum ingenium magnun sine mixtura dementiae fuit*», nos confirma: «todo hace pensar que el hombre de genio tiene algo de anómalo y de enfermo» (479).

En el mismo capítulo, discuriendo sobre el genio, sobre el hombre genial y las opiniones conocidas sobre la cuestión, BAROJA nos declara: «la aproximación del genio y de la locura no es una gran invención; es una idea popular» (480). «La unión del genio con la locura y la perturbación debe ser verdad; por lo menos es muy frecuente» (481). «La idea del genio va unida a un aire patológico» (482). «Los genios son hombres excéntricos, enfermizos, alucinados» (483). La existencia de «algo orgánico... en los hombres de genio me parece evidente» (484). Después de todo ello, sin embargo, escribe: «respecto a las condiciones fisiológicas de los genios se ha dicho mucho, pero no hay nada claro y contrastado» (485).

Tras la visita al Hospital de San Juan de Dios, el mismo

(478) AZORÍN. "Clásicos modernos.—Joaquín Costa". Tomo II, pág. 881. "Obras Completas".

(479) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.014. O. C.

(480) BAROJA. "La intuición y el sentido". Tomo VII, pág. 1.010. O. C.

(481) BAROJA. Idem.

(482) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.012. O. C.

(483) BAROJA. Idem.

(484) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.013. O. C.

(485) BAROJA. "La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 1.015. O. C.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

BAROJA, hace decir a Andrés Hurtado que «el mundo le parecía una mezcla de manicomio y de hospital; ser inteligente constituía una desgracia y sólo la felicidad podía venir de la inconsciencia de la locura» (486). Y poniendo de manifiesto su creencia de que «el no discurrir conserva la vida» (487), comprende a J. J. ROUSSEAU cuando, como otros, dijo «que el hombre que piensa es un animal depravado» (488).

Para MACHADO «lo endeble es el juicio, tal vez —explica— porque lo sano y viril es, como vio CERVANTES, la locura» (489); es decir, la perfección como «lo sano, lo viril» rebasaría la normalidad; sería, coincidiría, con la perturbación.

En resumen, son estas referencias testimonios de cómo el hombre que escapa de la vulgaridad y del adocenamiento, el hombre que por su sensibilidad y por su inteligencia, por su sentir y su pensar, espiritualizando su naturaleza, logra acercarse a ese estado que hemos llamado perfección, soporta como ingrediente, como parte constituyente del mismo, como acompañante, como consecuencia, como esencia misma del anhelo creador o del arrebato perfectivo, la anormalidad, la perturbación, la enfermedad.

No faltan, por otra parte, y como argumento de contrapunto, referencias en las que vemos a la debilidad intelectual como compañera de la salud plena, de la normalidad total.

En efecto, al tratar del sentimiento de salud, anotábamos como conclusión llena de sugerencias: salud orgánica plena, normalidad perfecta, frente a la riqueza espiritual,

(486) BAROJA. "El árbol de la ciencia". Tomo II, pág. 469. O. C.

(487) BAROJA. "La ruta del aventurero". Tomo III, pág. 732. O. C.

(488) BAROJA. Idem.

(489) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.065. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

a la inteligencia; sentimientos que se contraponen; valores que se cambian pero no se suman.

Quedaba allí patente cómo la salud orgánica plena, la normalidad perfecta, excluían la inteligencia; cómo en la salud, en la normalidad así sentidas, no había lugar para la pregunta de R. SIEBECK: «Salud ¿para qué?» (490). La salud así entendida se complace en el equilibrio, la armonía, la normalidad, sin desear, por no entrever siquiera, el desequilibrio creador, el arrebatado perfecto, la «sobrenormalidad», la suma perfección posible.

Esta salud que hace sentir la alegría de vivir y la euforia de la vitalidad, la vida sin tristeza ni dolores, es la de aquel Alejandro de quien nos habla AZORÍN en uno de sus ensayos sobre la vida provinciana. Alejandro, nos dice AZORÍN, es uno de esos hombres que llevan una alegría absurda por donde van. «Entre todas las alegrías —nos sigue diciendo AZORÍN— la absurda es la más alegre: es la alegría de los niños, de los labriegos y de los salvajes; es decir, de todos aquellos seres que están más cerca de la Naturaleza que nosotros» (491). Alejandro murió de repente; fue necesario hacerle la autopsia. Al serrar el cráneo, de huesos recios, «no había más que una chispita de cerebro» (492). AZORÍN, acertando, se pregunta: «¿de modo que será preciso no tener sesos para ver alegre la vida?» (493); y él mismo se contesta: «es posible...» (494).

En la misma línea de pensamiento está BAROJA cuando nos cuenta, en su novela «César o nada», que a César «el ser feliz le daba la impresión de un limbo, sentía como si su an-

(490) MEDIZIN IN BEWEGUNG. Pág. 486. Stuttgart, 1949.

(491) AZORÍN. «Los pueblos.—El ideal de Montaigne». Tomo II, pág. 177. «Obras Completas».

(492) AZORÍN. Idem. Pág. 179.

(493) AZORÍN. Idem.

(494) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

tigua personalidad fuera muriendo en él... todas sus inquietudes habían desaparecido» (495). Igualmente, cuando nos habla de «estupidez mezclada a felicidad» (496) como oposición a «la ciencia unida a la desdicha y al dolor» (497); y cuando nos habla también del «bruto feliz» (498) frente a la «tristeza», tristeza humana de sentirse «siempre solo y sin consuelo» (499), referencias estas todas ellas con valor de resumen.

Hemos recogido hasta aquí el pensamiento de nuestros autores sobre la normalidad y anormalidad, salud plena y enfermedad, en relación con la idea de perfección del hombre. ¿Qué deducimos del mismo?

Recordemos, en primer lugar, las conclusiones que hemos ido apuntando al final de cada uno de los cuatro apartados en que hemos recopilado y distribuido las referencias que son citadas.

Del estudio del primero y del segundo apartados deducimos cómo la enfermedad en cuanto a anormalidad, desequilibrio, es —puede ser— «algo más» que aflicción, soledad, amenaza, y «algo mejor» que recurso o ingenuo orgullo. La enfermedad y, análogamente a la enfermedad, la tristeza, el dolor espiritual, la desgracia en suma (como equivalentes de la enfermedad en cuanto sentimientos de un padecer, de un morbo espiritual), son estímulos para la mente, condicionantes para la inteligencia, fuente de creación, elementos de un estado de espiritualidad del hombre, del estado superior de perfección.

Del tercer apartado deducimos cómo el hombre sensible,

(495) BAROJA. "César o nada". Tomo II, pág. 730. O. C.

(496) BAROJA. "La ruta del aventurero". Tomo III, pág. 732. O. C.

(497) BAROJA. Idem.

(498) BAROJA. "Laura o la soledad sin remedio". Tomo VII, pág. 284. "Obras Completas".

(499) BAROJA. "Laura o la soledad sin remedio". Tomo VII, pág. 284. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

inteligente, que ha logrado alcanzar o acercarse a la perfección —según la venimos entendiendo— soporta frecuentemente como ingrediente, como parte constituyente de dicha perfección, la anormalidad, la perturbación, la enfermedad, la pérdida del «equilibrio que solemos llamar salud» (500), y ello como acompañante, como consecuencia, como esencia misma —a veces— del anhelo creador, del arrebató perfectivo.

Del cuarto apartado deducimos cómo la salud orgánica plena debilita, hasta llegar a desterrarla, la inteligencia, la sensibilidad; cómo la salud plena se contrapone a la perfección, a la espiritualización de la naturaleza; cómo ese «equilibrio que solemos llamar salud» llega a estar protegido por la estupidez, el idiotismo.

De todo ello podemos sacar ahora, resumiendo, las definitivas conclusiones. Los autores que estudiamos aceptan, junto a la idea de normalidad, de salud plena, la idea de perfección del hombre. Distinguen como no coincidentes estos dos modos de la realidad humana. Aceptan la anormalidad, el desequilibrio, la enfermedad, como parte o ingrediente, acompañante, consecuencia, esencia misma de ese estado superior que venimos llamando perfección. Ven la anormalidad, la enfermedad, por su condición de estímulo de la mente, de condicionante de la inteligencia, como útil, como necesidad —a veces irrenunciable— para acercarse, para lograr la perfección.

Como resumen deberíamos copiar a LAÍN: «Vivir con designio de perfección es saberse enfermo y saber *utilizar* la propia enfermedad» (501). Y aún podríamos escribir: Y no querer renunciar a ella, como D. Pablo; y hasta buscarla, como el GÓNGORA de que nos habla AZORÍN.

(500) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 63. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

(501) P. LAÍN. "Ocio y trabajo". Pág. 68. Revista de Occidente. Madrid, 1960.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

Todavía, antes de dar por terminada esta exposición sobre el sentimiento de utilidad en la enfermedad, queremos tratar dos cuestiones que la misma nos sugiere.

Se trata la primera del matiz, por demás interesante, que diferencia y asemeja la tercera y cuarta conclusión anteriormente apuntadas.

De acuerdo con aquella tercera conclusión, acorde con la ya referida manera de pensar de la actitud «romántica» —según el pensamiento de LAÍN—, la perfección del hombre, la suma perfección de su naturaleza, al no poderse conseguir sin desequilibrio, sin anormalidad, sin enfermedad, llevaría consigo este desequilibrio, esta anormalidad; mas como algo secundario, en donde se nos presentaría —como lo primero— el anhelo perfectivo, el arrebatador, la intención —hecha realidad— del esfuerzo anhelante que la perfección espiritual exige de su naturaleza.

En la cuarta conclusión, la enfermedad, el desequilibrio, se nos presenta, no como lo secundario, sino como lo primitivo; en un estado de salud plena que inhibe la sensibilidad, que impide el discurrir, en el que la sangre extremadamente pura no alimenta al cerebro ni deja crecer en él el idealismo, la enfermedad, el dolor, la desgracia, son el estímulo y el condicionante para el discurrir, el pensar, el meditar, para acercar al hombre a la perfección, haciendo gustar ese sabor de humanidad, de que nos dice UNAMUNO es preferido, aun en lo hondo de la desgracia, a la satisfacción, a la «alegría absurda» de que nos habla AZORÍN, a la felicidad del bruto referida por BAROJA, a la hartura del cerdo comentada por UNAMUNO, que se gozan en la normalidad, en la salud plena.

Así planteado el pensamiento nos preguntamos: ¿Qué será lo primero para el logro de la perfección? ¿Sería primero el anhelo, el arrebatador, el esfuerzo; o la enfermedad, la anormalidad que estimula, ayuda o condiciona el desarrollo

SALUD Y ENFERMEDAD

de este anhelo, de este arrebató, del sacrificio del esfuerzo?

UNAMUNO nos ha hablado del sentimiento trágico de la vida, ese sentimiento que «lleva tras sí toda una concepción de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos conciente» (502). Pues bien, este sentimiento, sentimiento trascendental, nos dice UNAMUNO que «puede provenir de una enfermedad adventicia, de una dispepsia, verbigracia; pero otras veces es constitucional» (503). UNAMUNO, pues, acepta la enfermedad adventicia como causa o elemento primario, pero acepta también como causa algo constitucional, algo que ya era en el individuo que así es capaz de sentir la vida, algo que, sin embargo, no nos permite hablar de hombres sanos e insanos, pues —como nos dice también UNAMUNO— «aparte de no haber una noción normativa de la salud, nadie ha probado que el hombre tenga que ser naturalmente alegre» (504).

El propio UNAMUNO, confirmándonos esta manera de pensar nos lo aclara cuando, comentando que «se dice que los artríticos suelen ser gente de aguda mentalidad, y hay quien se ha puesto a dilucidar si es que se han hecho artríticos por ser vivos y despejados de inteligencia, o si es la vivacidad y despejo de ésta lo que les trajo la artritis» (505), afirma que «ambas cosas a la vez» (506). «El hombre inteligente y de corazón, el que no es porro —continúa diciéndonos—, se preocupa e inquieta más que el torpe, lleva peores ratos, sufre más insomnios, toma más disgustos y, naturalmente, se le vicia la sangre y da en artrítico, y la artritis, a su vez, le

(502) UNAMUNO. "Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos". Tomo IV, pág. 474. O. C.

(503) UNAMUNO. Idem.

(504) UNAMUNO. Idem.

(505) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(506) UNAMUNO. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

hace preocuparse» (507). Y tras recordar el aforismo aquel de que «todo cardiópata viene a dar en neurópata», resume: «El corazón nos altera los nervios y los nervios nos alteran el corazón» (508).

También BAROJA, hablando del artrismo, nos dice algo análogo cuando nos afirma que «este artrismo, de origen nervioso, produce una intoxicación, que a su vez influye en los nervios» (509).

Se plantea, pues, un círculo vicioso; cualquier punto del mismo puede ser el principio.

En efecto, por causa constitucional, según nos advierte UNAMUNO, o por enfermedad adventicia —como él también acepta y fácilmente puede ser reconocida en su héroe del «Poema vivo del amor», en Esteban Echevarría, el fino y sensitivo poeta de AZORÍN, en el GÓNGORA, que AZORÍN nos presenta, en la ambiciosa de gloria María Bashkirtseff, que BAROJA nos recuerda, en esa humanidad, en fin, que nos dice BAROJA corre en busca del ideal como un caballo fogoso...—, el hombre vislumbra la perfección, un fin más allá de la mera salud orgánica, de la normalidad, del equilibrio (que es vulgaridad, adocenamiento, que amenaza con hacer tierra a la carne); y tras este vislumbre, el hombre, exaltándose en arrebatado creador y perfectivo, se esfuerza anhelante hasta el desequilibrio para espiritualizar su naturaleza, para alcanzar la suma perfección de su persona. Luego, de acuerdo con la observación del escolapio Gaspar Morardo —que AZORÍN nos cita porque siempre le ha impresionado—, «la tensión y la violencia del cerebro hace flojas, perezosas e inhábiles las demás partes orgánicas, retarda e impide el curso de los humores» y «esta inercia, este retardo e impedimento es

(507) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.021. "Obras Completas".

(508) UNAMUNO. Idem.

(509) BAROJA. "La caverna del humorismo". Tomo V, pág. 461. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

una fuente inagotable de infinitas enfermedades...» (510). La enfermedad, entonces, doliendo en el cuerpo y en el alma, viciando la sangre, llenándola de impurezas y escurrajas, excita a la mente, ayuda a pensar, estimula la inteligencia que traerá tensión y violencia al cerebro, mientras el hombre que ha empezado a conocer el saber inefable de humanidad, de perfección, siente como irrenunciable su dolor, su desgracia, que le aleja de la terrible satisfacción de la vulgaridad, de la estéril modorra, del equilibrio, de la normalidad, de la salud sin «para qué».

La enfermedad, la anormalidad de D. Pablo, de AZORÍN, la comprendemos perfectamente según el esquema anteriormente expuesto. No es una enfermedad adventicia que puede ser curada con el saber del médico. La causa en D. Pablo de su arrebatado creador, de su anhelo, de su desequilibrio, está en sí mismo, y el Señor, que puede hacerlo, se ofreció a curarle. Sería necesario modificar su propia constitución, romper el círculo vicioso, quitarle inteligencia. D. Pablo no quiso. D. Pablo no quiso parecerse al satisfecho y sano Matías, el pastor, el gañán. MARCO MERENCIANO nos ha declarado en su libro «Fronteras de la locura», que lo que Dios propuso a D. Pablo fue una leucotomía. ¿No era D. Pablo —nos dice— un enfermo con tensión mental molesta, angustiado y con dolores esparcidos por todo el cuerpo? La indicación —sigue diciéndonos MARCO MERENCIANO— no podía ser más precisa. «Según los neurocirujanos, en la leucotomía, operación muy sencilla que puede practicarse con anestesia local, con la finísima asa de acero cortante que se lleva en el interior del cerebro hasta la sustancia blanca del centro oval, se consigue extirpar el *núcleo emocional de la psicosis*. La leucotomía «está indicada en todos los casos dominados por *tensión mental*, y es capaz de mitigar o hacer desaparecer la

(510) AZORÍN. "Salvadora de Olbena". Tomo VII, pág. 648. O. C.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

angustia, el sufrimiento y, quizá también, el dolor. A cambio de esto se reducirá un poquito la inteligencia» (511).

Por nuestra parte, diríamos que la leucotomía lo que extirpa es el anhelo de perfección, el estímulo constitucional para espiritualizar la naturaleza.

La segunda cuestión que queremos tratar antes de concluir nuestro escribir sobre la enfermedad sentida como utilidad, supone una divagación sobre el posible mecanismo de esta utilidad de la enfermedad. Esta divagación es la que a continuación exponemos.

El hombre, fisiológicamente normal, sabemos es capaz, debe ser capaz, de desarrollar dos tipos de actividades y trabajos: actividades somáticas y actividades psíquicas; trabajos físicos y trabajos intelectuales. Ambas actividades y trabajos requieren el consumo de la energía correspondiente.

Sobre la cuestión, en nuestros autores encontramos opiniones llenas de sagacidad, de sugestión e interés, capaces de fundamentar un modo de pensar.

Anotemos en un principio la observación que AZORÍN nos hace en su ensayo «La juventud española», referida a un fisiólogo eminente: «los trabajos o ejercicios del cuerpo continuos —cita AZORÍN— bastan a menudo para impedir que nazca la reflexión, y aun para borrar los hábitos de reflexionar ya adquiridos. La reflexión se produce por una acción continua y tranquila del cerebro. Para que esta acción sea completa, es necesario que la de los otros órganos, particularmente de los musculares, no opere una distracción de fuerzas muy grande o muy durable» (512).

(511) MARCO MERENCIANO. "Fronteras de la locura". Págs. 120 y 121. Ediciones Metis, S. L. Valencia, 1947.

(512) AZORÍN. "Literatura.—La juventud española". Tomo I, págs. 218 y 219. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

En su breve ensayo sobre JOAQUÍN COSTA, y ya como opinión propia, AZORÍN nos expone la misma idea desde un punto de vista opuesto. «Hay en todos estos hombres dedicados a los trabajos intelectuales —nos dice—, en todos los que viven del pensamiento, los que leen mucho, los que escriben mucho, los que se preocupan de un problema del intelecto hasta el punto de obsesionarse, los que continuamente, todos los días, a todas horas piensan y sienten; hay en las figuras de estos hombres, envolviéndolas, algo como un hálito, como un nimbo que no podemos explicar. Diríase que la inteligencia ha extravasado por todos los poros del cuerpo, y que la hegemonía, el predominio del cerebro sobre el organismo, ha hecho que éste haya rendido toda su fuerza a la cabeza y se haya tornado frágil y quebradizo» (513).

AZORÍN supone, pues, una fuerza, una energía orgánica que es utilizada por el «soma» o por la «psique», consumida en trabajo corporal o intelectual, y que, cuando es absorbida preponderantemente por una de estas partes, produce un estado deficitario en la función de la otra. Incluso cuando la energía se agota, la función se hace imposible; y así, igual que la fatiga muscular impediría un nuevo esfuerzo, a Silvio Robles, el poeta, AZORÍN nos dice que «la fatiga le impedía sentir» (514), pues, después de una temporada de intenso trabajo literario, «su sensibilidad estaba por el momento agotada» (515).

BAROJA nos da también valiosos testimonios confirmando las ideas de AZORÍN. En «El mundo es así» nos cuenta que, a pesar de que muchas de las pensiones de rusos del barrio de Carouge eran pequeños falansterios, en donde ha-

(513) AZORÍN. "Clásicos y modernos.—Joaquín Costa". Tomo II, pág. 881. "Obras Completas".

(514) AZORÍN. "Sintiendo a España.—Sueño del Poeta". Tomo VI, pág. 787.

(515) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

cían la vida en común hombres y mujeres, había entre ellos pocos conflictos amorosos. BAROJA nos da como explicación que «la pobreza, la mala alimentación, el fanatismo político e ideológico era tan intenso, que les consumía todos los momentos y todas las fuerzas del espíritu» (516). Las pocas energías que podían ser obtenidas de una alimentación deficiente, de un estado de pobreza, absorbidas por el idealismo, por la actividad del pensamiento, vemos no permitía el desarrollo del instinto sexual y su madurez hasta el conflicto amoroso.

Confirmando la misma idea en su novela «El cura de Monleón», nos dice BAROJA que a Javier le han enviado a un pequeño pueblo con veinte o treinta casas, entre Vitoria y Treviño y que «en aquel pueblo Javier no tenía la obsesión sexual; ya su fuerza se iba reconcentrando en el cerebro y se empleaba en la lectura y el estudio» (517).

En otras referencias que nos hace sobre la cuestión, es el trabajo corporal quien impide la actividad intelectual; así cuando el torturado Fernando Ossorio, tras haber andado toda la noche, «con gran satisfacción» comprueba que «sentía un terrible cansancio que no le dejaba discurrir» (518); y cuando Silvestre Paradox, al anochecer, sobre todo cuando el cuarto se llenaba de sombras y le acometía una amargura de pensamiento «que subía a su cerebro como una oleada, náusea de vivir, náusea de la gente y de las cosas» (519), salía y «recorría calles y calles tratando de mitigar lo sombrío de sus pensamientos con la velocidad de la marcha» (520).

Hasta aquí lo que podríamos llamar fisiología de la ener-

-
- (516) BAROJA. "El mundo es así". Tomo II, pág. 771. O. C.
(517) BAROJA. "El cura de Monleón". Tomo VI, pág. 824. O. C.
(518) BAROJA. "Camino de perfección. Tomo VI, pág. 33. O. C.
(519) BAROJA. "Silvestre Paradox". Tomo II, pág. 57. O. C.
(520) BAROJA. Idem.

SALUD Y ENFERMEDAD

gía del hombre. Energía que ha de dar lugar a la actividad somática y a la actividad psíquica, como objetivos separados (y, a veces, opuestos) reclamando cada cual sus necesidades. Energía común según lo expuesto, capaz de agotarse, posible de ser absorbida por uno u otro sector, rompiéndose o no el equilibrio fisiológico.

Ahora bien, ¿qué sucede cuando una energía no absorbida, no utilizada, no puede encontrar su salida normal a través de las actividades que suponen la satisfacción de los deseos o instintos del hombre?

BAROJA nos lo dice: «la mayoría de los hombres se concentran y a veces se subliman por los instintos no satisfechos. El erotismo, el orgullo, el deseo de poder y de gloria concentrados y no saciados, saltan como el agua en una presa o refluyen hacia su origen, y el enamoradizo se convierte en un místico o en un poeta, y el soberbio en un explorador o en un hombre de ciencia» (521).

UNAMUNO nos ha dado toda una teoría del Quijote basada sobre esto que llamaríamos fisiopatología de la energía. UNAMUNO nos llama la atención sobre la desviación que sufre el erotismo de D. Quijote a causa de su timidez, de su medrosa vergüenza, y escribe: «D. Quijote mío; dime: el intrépido arrojito que te llevó a tus proezas ¿no era acaso el estallido de aquellas ansias de amor que no te atreviste a confesar a Aldonza Lorenzo? Si eras tan valiente ante todos ¿no es porque fuiste cobarde ante el blanco de tus anhelos? De las íntimas entrañas de la carne te acosaba el ansia de perpetuarte, de dejar simiente tuya en la tierra; la vida de tu vida, como la vida de la vida de los hombres todos, fue eternizar la vida. Y como no lograste vencerte para dar tu vida perdiéndola en el amor, anhelaste perpetuarte en la

(521) BAROJA. "Los visionarios". Tomo VI, pág. 461. O. C.

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

memoria de las gentes. Mira, Caballero, que el ansia de inmortalidad no es sino la flor del ansia de linaje» (522). Todavía UNAMUNO, antes de sacar deducciones, insiste: «¿No te llevó acaso a llenar tus ratos ociosos con la lectura de los libros de caballerías el no haber podido romper tu medrosa vergüenza para llenarlos con el amor y las caricias de aquella moza labradora del Toboso? ¿No es que buscaste en esas ahincadas lecturas lenitivo, a la vez que alimento, a la llama que te consumía?» (523). Luego, UNAMUNO, nos hace comprender diciéndonos: «Sólo los amores desgraciados son fecundos en frutos del espíritu; sólo cuando se le cierra al amor su curso natural y corriente es cuando salta en surtidor al cielo: sólo la esterilidad temporal da fecundidad eterna. Y tu amor fue, D. Quijote mío, desgraciado por causa de tu insuperable y heroico encogimiento» (524).

También vemos a GANIVET coincidiendo en esta línea de pensamiento cuando al poeta, que no comprende la relación entre sus afectos y sus poesías, le contesta por boca de Pío Cid: «todo hombre capaz de amar es un creador, un poeta, cuya visión es tan grande como el objeto de sus amores. Para la mayor parte de los hombres, la visión se reduce a un individuo o a un pequeño grupo. Amo a una mujer, la mujer me ama, constituimos una familia, nos quedamos con nuestro amor de puertas adentro, y santas pascuas. La creación no pasa del primer grado, y encarna en el bello y robusto infante, que los papás acogen con júbilo. Pero si nuestro amor no halla tan expedito el camino, nuestro espíritu aprovecha la coyuntura para arrancarnos del afecto carnal y comienza otra creación más espiritual, más amplia, como que no tiene

(522) UNAMUNO. "Vida de D. Quijote y Sancho". Tomo IV, pág. 163. "Obras Completas".

(523) UNAMUNO. Idem.

(524) UNAMUNO. "Vida de D. Quijote y Sancho". Tomo IV, págs. 163 y 164. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

límites, y puede abarcar toda la Humanidad y el Universo entero... Y como hay quien ama poco y quien ama mucho, hay pequeños y grandes artistas; y en el origen del arte humano, en la formación del alma creadora del hombre, hay eternamente una revulsión del amor natural, sin la que este amor no se remontaría a la contemplación pura de los seres. Un carácter débil no soporta las penas de amor, y cae en el odio, en la venganza y en mil bajas pasiones, y desea la destrucción y aniquilamiento de cuanto existe; un carácter enérgico reacciona y pasa fácilmente del odio momentáneo, engendrado por el despecho amoroso, a un amor más noble que el que primeramente tuvo. Este amor será menos vivo, pero es más hondo y más creador; y, ajustadas bien las cuentas, si bueno es el uno, mejor es el otro. Ya le decía yo a usted que el poeta errante de su serenata estaba a dos pasos de ser ridículo, como lo son los enamorados a quienes se da con la puerta en las narices; pero que también estaba muy cerca de ser sublime, como lo son los enamorados que saben volar por las alturas celestes y reirse desde allá de la amada desagradecida y del afortunado rival, si le hubiere» (525).

Curiosa coincidencia de UNAMUNO, BAROJA y GANIVET, que incluso emplean ejemplos o metáforas análogas para expresarnos su pensamiento; instintos no satisfechos, energías que no encuentran camino libre para seguir su curso natural y se subliman dando lugar a fuentes de fecundidad eterna.

Ejemplo concreto el de D. Quijote, en que el erotismo estéril por los amores desgraciados dio frutos maravillosos del espíritu. Amores desgraciados por la medrosa vergüenza, por el insuperable y heroico encogimiento de D. Quijote, pero quizá también, como se decide a presumir UNAMUNO, porque

(525) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, págs. 266 y 267. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE UTILIDAD

D. Quijote, independiente de su apocamiento, de su vergüenza, temió por su amor, temió «tal vez mancharlo primero y después malgastarlo y perderlo si lo llevaba a su cumplimiento vulgar y usado» (526). Sin poderlo evitar queremos creer en esta suposición; quizás en un principio fue la timidez, el encogimiento; mas luego, cuando D. Quijote empezó a gustar los frutos de su amor sublimado, cuando empezó a despegarse de la tierra y acercarse al cielo, no hubiera querido en modo alguno hacer tierra a su carne, satisfaciendo su amor y su cumplimiento vulgar y usado para así malgastarlo y perderlo, pues con él perdería la fuerza de su espiritualización, de su arrebató. Así debió ser, estamos seguros, pues —como nos dice UNAMUNO— «grande es una pasión que rompe con todo y quebranta leyes y arrolla preceptos y desencadena torrencialmente su caudal perinchido, pero es más grande aún cuando, temerosa de enfangarse con las tierras que ha de arrastrar en su furiosa arremetida, se arremolina en sí y se condensa y se mete en sí misma como queriendo tragarse a sí propia, luchando por deshacerse en su imposibilidad misma, y revienta hacia adentro y convierte en inmenso piélago el corazón» (527).

Otros instintos a más del amor, como nos dice BAROJA, pueden quedar insatisfechos en el hombre. BAROJA nos ha citado junto al erotismo, el orgullo, el deseo de poder y de gloria. UNAMUNO nos advierte que «no de hambre, sino de ayunos —que no es igual— han surgido algunas obras maestras» (528). MACHADO nos dice que:

*«El hombre, para ser hombre,
necesita haber vivido,*

(526) UNAMUNO. "Vida de D. Quijote y Sancho". Tomo IV, págs. 164. "Obras Completas".

(527) UNAMUNO. "Vida de D. Quijote y Sancho". Tomo IV, págs. 164. "Obras Completas".

(528) UNAMUNO. "Visiones y comentarios". Pág. 63. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

SALUD Y ENFERMEDAD

*haber dormido en la calle
y, a veces, no haber comido.»(529)*

Por nuestra parte y sobre la base de lo expuesto, hemos de pensar cuántos otros instintos o apetitos todavía no bien reconocidos o estudiados desearán realizarse en el hombre fisiológicamente normal, igual que intenta realizar los ya citados; instintos, entre otros, de placer, de felicidad, de justicia, de llevar a cabo, sin impedimento, el desarrollo normal de las posibilidades fisiológicas en general.

BAROJA, apoyando esta idea, nos ha dicho que «la cenestia o conocimiento semiconsciente de la vida, se manifiesta por necesidades o apetitos: satisfacerlos es gozar; contrariarlos es sufrir» (530).

Cuando estos instintos o apetitos no pueden satisfacerse, el hombre estará en anormalidad; anormalidad, enfermedad, que ha impedido satisfacerlos, o anormalidad, enfermedad, por no haberlos satisfecho. Y en cualquiera de los casos, las energías de estos instintos o las que en su realización hubieran sido consumidas, refluyendo hacia su origen, sublimándose, podrán espiritualizar al hombre, acercarle a algo mejor, convertirlo en místico, en poeta. La anormalidad, la enfermedad, pueden estar, en principio, no aparentes; luego, según va llegando el sufrir por el instinto o por el apetito no saciado, según se va sublimando este instinto o apetito, florecerá la sensibilidad y el pensamiento crecerá hacia lo alto, y llegará quizás el desequilibrio que trae consigo el arrebató perfectivo, y podrá ya, cerrándose el círculo vicioso que nos describe UNAMUNO, hacerse patente la anormalidad, la enfermedad.

(529) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.118. O. C.

(530) BAROJA. "Ensayos.—Sufrir y pensar". Tomo VIII, pág. 865. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE ORGULLO

El Matías de Azorín, el hombre pensado por la naturaleza, el hombre predominantemente vegetativo, embrutecido, hubiera llegado, si D. Pablo acepta el cambio que el Señor le ofreció, y precisamente por la enfermedad que de éste hubiera recibido, a gozar de la inteligencia, de la sensibilidad y a adquirir valores espirituales que le habrían hecho gustar el sabor de lo divino.

Acéptese este pensar, a lo menos como hipótesis sugeridora, en cuanto a una posible manera de entender a la enfermedad como utilidad, como estímulo, como condicionante para la inteligencia, camino a su vez hacia la perfección.

Anormalidad, enfermedad, causa irrenunciable del anhelo perfectivo que tira hacia el cielo —entre dolores a veces angustiosos— de un alma enraizada sobre el barro de este mundo. Dolores angustiosos de perfección, dolor con esperanza, dolores que tientan al descanso mas no consiguen la renuncia; dolor que nos da constancia de nuestro ser total, frente al dolor amargo, dolor sin consuelo, dolor de vacío que trae la satisfacción de la naturaleza, esa satisfacción que absorbe o consume las energías que nos serían necesarias para separarnos de la tierra.

SENTIMIENTO DE ORGULLO

A más de no ser todo penoso en la enfermedad, como queda patente cuando es considerada como recurso o como utilidad, la enfermedad es, en ocasiones, también orgullo, si bien habríamos de aclarar, análogamente a como lo hizo Albert al hablar de la enfermedad como recurso, que esta afirmación es válida solamente para ciertas enfermedades o estados de enfermedad, no para las truculentas.

La enfermedad, en cuanto anormalidad, nos hace distin-

SALUD Y ENFERMEDAD

tos, con distinción que puede causar admiración, por su rareza, por su magnitud, por la entereza con que es soportada o por la energía con que es vencida.

«La vanidad nos consume. Hacemos espectáculo de nuestras más íntimas y dolorosas dolencias», nos dice UNAMUNO (531).

Y en otra ocasión, hablando de la enfermedad de cada uno, nos acusa... «Y hasta nos jactamos de ella y nos envanecemos» (532); añadiendo como argumento: «¿No ha observado acaso el lector cuánto gustan los hombres de hablar de sus propias dolencias y que les hablen de ellas?» (533).

El médico que es un buen psicólogo, conoce este sentimiento de vanidad del enfermo y consciente o inconscientemente sabe explotar su valor. Puede ser algunas veces para, aumentando la dificultad, engrandecer el éxito; pero, muchas veces también, para amortiguar la penosa aflicción desviando el sentimiento hacia el inocente orgullo. Es conocido el acierto de aquel consejo a los futuros cirujanos en el sentido de que no olvidaran decir al paciente operado que su apéndice extraído ha sido el más grande, peligroso o complicado que han visto...; información que compensará de muchos sufrimientos y será contada vanidosamente muchas veces. Hay hipertensos e hipotensos que diríamos compiten en las cifras, por más o menos, alcanzadas en los valores de su presión arterial, presumiendo de haber soportado valores más extremos que cualquiera que esté presente, como si de una verdadera competición se tratara.

GANIVET, en su epistolario, nos dice: «¿No hay quien guar-

(531) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 909. O. C.

(532) UNAMUNO. "Soliloquios y conversaciones.—Malhumorismo". Tomo III, pág. 1.022. "Obras Completas".

(533) UNAMUNO. Idem.

SENTIMIENTO AMBIENTAL

da las piedrecillas que le sacan de la vejiga y las enseña a todo el mundo?» (534).

UNAMUNO, en la historia de Abel Sánchez, hace decirnos a Joaquín Monegro: «Me figuro que habrá quien desee tener un tumor pestífero que no lo ha tenido antes ninguno para hombrearse con él» (535).

Vanidad de poseer lo que los demás no tienen, de ser distinto en algo como nadie; sentimiento de enfermedad como orgullo.

SENTIMIENTO AMBIENTAL

¿Cómo se siente el ambiente en el que la enfermedad se desarrolla? La enfermedad es personaje importante, quizás el más, allá donde se presenta; es tal su importancia que todo gira a su alrededor.

La enfermedad da lugar a un clima propio, con sus decorados, personajes y utensilios correspondientes. En este clima, en el que la enfermedad se enseñorea, se siente también distinto; hay algo que sería percibido por cualquiera que llegara. El sentimiento de enfermedad está en el ambiente.

No todas *las horas* son iguales en la enfermedad. Hay horas cargadas de sentido misterioso, de un sentido que angustia al enfermo e inquieta a sus seres queridos que le velan; son las horas en que más profundamente duerme la vida, horas en las que, advertidos por la enfermedad, se presiente el más allá.

Ya nos ha dicho AZORÍN cómo las altas horas de la noche

(534) GANIVET. "Epistolario". Tomo II, pág. 925. O. C.

(535) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 909. O. C.

SALUD Y ENFERMEDAD

poseen una significación de que carecen las otras horas del día. «Expiran en esas horas, más que en otras, los enfermos graves. El alma se desprende del cuerpo y va, en el silencio de la noche, en busca del reposo eterno» (536). Son las mismas «horas densas de la madrugada, en las que el ladrido de un perro —un ladrido lejano, casi imperceptible—» (537), produce al caballero enfermo que, cada vez más pálido, más ojeroso, más débil, no duerme, una angustia inexpresable.

«Horas herméticas» de la madrugada en las que no sólo se angustia el enfermo al escuchar el «latir de esos perros lejanos, muy lejanos» que atraviesan su «insomnio calenturiento y desasosegado», sino en las que también los seres queridos que rodean en esos momentos de angustia al enfermo «escuchan inquietos, íntimamente consternados sin explicarse por qué» (538), esos ladridos tenues, casi imperceptibles.

«Horas profundas» de la madrugada, «horas angustiosas en que en la alcoba, junto al lecho en que reposa el ser querido, postrado por la enfermedad, nos interrogamos mentalmente pensando en la luz del nuevo día, que acaso estos ojos no puedan ya ver. ¡Y cómo brillan, impasibles, impasibles, misteriosos, en la eternidad, para la eternidad, las estrellas!» (539).

Tras las horas angustiosas, con la luz de la mañana, vendrá la calma y un momento feliz de alegría y de sosiego. El enfermo ha vencido las horas críticas de su soledad angustiosa; ahora podrá conciliar, aunque sea breve, un sueño.

(536) AZORÍN. "Pensando en España.—El secreto de Cervantes". Tomo V, pág. 935. "Obras Completas".

(537) AZORÍN. "Castilla.—Lo fatal". Tomo II, pág. 709. O. C.

(538) AZORÍN. "Castilla.—Lo fatal". Tomo II, pág. 710. O. C.

(539) AZORÍN. "Rivas-Larra.—El "Don Alvaro". Tomo III, págs. 358 y 359. "Obras Completas".

SENTIMIENTO AMBIENTAL

Cuando despierte, AZORÍN nos ha descrito dónde se encontrará. Podrá ser en una sala amplia, «luz tamizada, suave. Blancura impecable de la cama; blancas las paredes y blanca la cama. Como la nieve las vueltas de las sábanas, y como la nieve la almohada. Silencio; pasos que van que-ditos, cuando es necesario, por la estancia. Frascos de distintos tamaños; ampollas brillantes, refulgentes jeringuillas, cajitas con sellos; cajitas con polvos, cajitas con píldoras. Cuentagotas que dejan caer con cuidado, con pausa, las gotas de una droga blanca, o negruzca, o rojiza, o amarillenta. Los más pequeños síntomas, espiados, observados atentamente, estudiados; estudiados con aparatos e instrumentos precisos. El análisis de la sangre; el análisis de la orina; el análisis de los jugos. Rayos X; primorosas radiografías. Botellitas con líquidos de todos colores. La dolencia observada minuto a minuto; el termómetro clínico que tres veces al día ha de marcar la temperatura. Las reuniones de las más altas autoridades médicas. El contraste de las opiniones. La discusión en que se examinan, se debaten, todos los aspectos de la enfermedad. Y hora por hora la higiene, la higiene de la estancia que se procura que sea perfecta; el aire puro; la luz débil y sedante; las tazas y los vasos fulgentes de limpios. Sensación profunda de atención y de exactitud. La exactitud de la ciencia; la atención constante de quienes profesan la ciencia; el ir y venir en silencio por la estancia; el traer frascos y cajitas. Los paliativos del dolor; las inyecciones; las friegas; las manos solícitas que arreglan de cuando en cuando las blancas ropas de la cama» (540).

Más puede ser también que despierte el enfermo en «una salita reducida; la cama pobre; un colchón menguado; un jergón de paja debajo. La ventana chiquita; apenas si puede entrar el aire por su vano cuando la abren. La luz de

(540) AZORÍN. "Pueblo". Tomo V, pág. 565. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

una bombilla eléctrica cansada; o un vaso con agua y encima un poco de aceite; la mariposa vela toda la noche; toda la noche la débil luz de la mariposa alumbra la salita pobre. A la madrugada chisporrotea y se extingue; ya el resplandor vago del día se anuncia; las horas del día que va a nacer, tan dolorosas como las de la noche que ha transcurrido. Soledad y silencio; en la mesita de pino en que están las medicinas, sólo un frasco y un vaso. Lejos, en las farmacias, en los laboratorios, todo lo que falta sobre esta mesa; todo lo que acaso salvara una vida» (541).

AZORÍN nos describe sólo dos situaciones extremas. Habrá quizá, seguro, decoraciones intermedias. AZORÍN nos ha dejado, sin embargo, con las anteriores, valiosos testimonios escritos de la enfermedad en dos mundos distintos; testimonios con sabor de crónica científica y testimonios con un profundo y aún más rico sabor de crónica social. «En la estancia clara y limpia, los frascos y las ampollas de brillador cristal; en la mesita de pino, en la estancia angosta, el reflejo de la mariposa de un vaso» (542).

Y, junto al enfermo, los seres queridos, inquietos, consternados, las manos solícitas que arreglan las ropas y dejan caer cuidadosamente las gotas de las drogas. Manos solícitas que llevan los paliativos del dolor. Los pasos quedos del ir y venir en silencio. La atención constante de quienes profesan la ciencia, junto a la almohada, o en el laboratorio, solos o reunidos, espionando los síntomas y buscando el éxito. Sentidos tensos.

Y, entre todos, el resplandor divino de la caridad; resplandor maravilloso que ha hecho brillar, en el vasar, esa tacita amarillenta que AZORÍN ha incorporado a la escena de

(541) AZORÍN. "Pueblo". Tomo V, págs. 565 y 566. O. C.

(542) AZORÍN. "Pueblo". Tomo V, pág. 566. "Obras Completas".

SENTIMIENTO AMBIENTAL

la enfermedad como símbolo de la piedad, de la ternura, de la caridad.

En el vasar, en el armario, en la alacena, entre los vasos, jarros, jícaras, entre las tazas de todos colores, «la taza amarilla, como escondida, recatada, sin que quiera que la veamos» (543). En la casa pobre, nos dice AZORÍN, «la taza ha descendido a lo largo de generaciones de padres a hijos; sin romperse, sin desportillarse; sirviendo en su concavidad el caldo, la manzanilla, la tila, la malva, el cantueso. Llevada y traída por todo el ámbito de la casa hacia el cuarto del enfermo; del cuarto del enfermo al barreño para ser fregada; puesta después en el vasar. Cincuenta años, sesenta, tal vez ciento» (544). AZORÍN, con su mejor fibra poética, nos cuenta de esta taza amarillenta que no quiere morir; quiere seguir descendiendo de mano en mano por la pendiente de las generaciones; quiere «seguir estando en las manos temblorosas de estas pobres gentes que la llevan por la casa hasta el cuarto del enfermo; en el cuarto del enfermo ser aproximada poco a poco a los labios; ser tocada, besada, por los labios; llevar en su seno el lenitivo para el dolor; escuchar el hondo suspiro de sosiego, de esperanza, que de los labios se exhala después de haber absorbido el líquido que ella llevaba en su concavidad. No pretender nada; no ser bonita; ser de loza tosca y sencillamente pintada; pero tener la satisfacción de haber aliviado muchos, incontables dolores» (545). AZORÍN, que sabe elevar también a símbolo —al hablarnos de él— «el ruidito de una cucharilla removida en una taza en la estancia» (546) del enfermo, todavía nos cuenta más de ese personaje, de ese símbolo, de esa tacita humilde. Ha recorrido —nos dice— un gran camino;

(543) AZORÍN. "Pueblo". Tomo V, pág. 528. "Obras Completas".

(544) AZORÍN. Idem.

(545) AZORÍN. Idem.

(546) AZORÍN. "Pensando en España.—El mundo estaría mejor". Tomo V, pág. 945. "Obras Completas".

SALUD Y ENFERMEDAD

seis kilómetros en la casita reducida, pobre; seis kilómetros en tan breve trecho como hay del vasar a los cuartos donde están los enfermos; seis kilómetros de ir y venir llevada por las manos piadosas de estas gentes sencillas; seis kilómetros en tanto que en su seno se removía con un ruidito sonoro —ese ruidito que conocen los enfermos— la cucharita que agita el líquido» (547). Ahora está descansando en el vasar y un rayo de sol «la hace brillar con un resplandor maravilloso; el resplandor divino que tiene la caridad» (548).

(547) AZORÍN. "Pueblo". Tomo V, pág. 529. "Obras Completas".

(548) AZORÍN. Idem.

III

VEJEZ

IDEA DE VEJEZ

Cuando el hombre, sorteando durante su vida el escollo de la enfermedad —que puede hacer pierda esta vida prematuramente— logra caminar hacia su fin natural, hace lo que podríamos llamar su muerte fisiológica. Así caminando, ha de atravesar unos parajes en los que «el espacio y el tiempo son sentidos de distinto modo» (549) a como se sienten en la juventud; parajes en los que la sensibilidad, antes de embotarse para siempre, podrá captar matices y variedad prodigiosa; parajes melancólicos; parajes con perspectivas sorprendentes y a veces engañosas; los parajes a veces fríos, helados, siempre peligrosos, de la vejez.

BAROJA, «Desde la última vuelta del camino», de su camino, nos dice que pasados los setenta años, como él ya ha pasado, «la vida es una aventura. Es como navegar constantemente en un barco débil y que hace agua entre escollos peligrosos» (550).

No son agradables para BAROJA los parajes de su vejez. En esos parajes que él así ve, como mar inquietante que aísla y amenaza, según nos dice «ya no se confía en nada y todo hiere: el frío y el calor, la humedad y los ruidos. La mayoría de las impresiones —concluye— son desagrada-

(549) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 735. "Obras Completas".

(550) BAROJA. "Desde la última vuelta del camino.—La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 973. "Obras Completas".

VEJEZ

bles» (551). Y en ese barco frágil, incapaz de plantear ataque ni defensa, nos cuenta que «la vida del viejo es recordar... Cuando el viejo ya no recuerda y vegeta en su presente pobre y mezquino, se le puede considerar acabado» (552). Así piensa también UNAMUNO cuando escribe:

*«Según pierdes la memoria
vas muriendo,
.....» (553).*

AZORÍN, en su libro «Madrid», libro ya de recuerdos, anuncio de vejez fecunda, sentado en una piedra del camino, viendo pasar las nubes y dejando pasar el tiempo, nos dice está de regreso de todo en la declinación de la vida; pero, a seguidas, se interroga, «¿será éste un regreso? ¿No es más bien una marcha hacia el pasado, al que ineludiblemente, con fervor y con ternura, se vuelve en la senectud?» (554). En efecto, le podríamos contestar que la senectud no es regreso; no es desistir ni rendirse; es caminar hacia una meta que es nuestro pasado al que buscamos y alcanzaremos siguiendo adelante, rodeando nuestra vida hasta «desnacer», que nos diría nuestro MIGUEL DE UNAMUNO.

De la vejez, y quizá por no haberla alcanzado —según él mismo nos confiesa al expresar su creencia— trata MACHADO con frivolidad que hiere. MACHADO nos escribe que hay viejos de aspecto venerable, pero éstos abundan poco, ya que «la Naturaleza no parece tomar muy en serio a la vejez», y «lo frecuente es el vejancón, el vejete o la sedicente persona seria, un personaje cómico que suele empuñar la batuta

(551) BAROJA. "Desde la última vuelta del camino.—La intuición y el estilo". Tomo VII, pág. 973. "Obras Completas".

(552) BAROJA. "Galería de tipos de la época". Tomo VII, pág. 824. "Obras Completas".

(553) UNAMUNO. "Cancionero" n.º 1.702. Pág. 469. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(554) AZORÍN. "Madrid". Tomo VI, pág. 310. "Obras Completas".

VEJEZ SOMATICA Y ESPIRITUAL

en casi todas las orquestas» (555). MACHADO nos confiesa que nota que su cuerpo se va poniendo en ridículo, para sacar la débil consecuencia de que «esta es la vejez para la mayoría de los hombres» (556). MACHADO, en plena madurez, no siente la vejez, nos habla solamente de las máscaras de un carnaval que no comprende; máscaras que esperan se incorpore a su carnaval, y esperan con el sarcasmo terrible de quien sabe vencerá al desprecio.

La vejez no es el ridículo, la vejez no está representada por personajes cómicos, «la ancianidad —como escribe AZORÍN— es respetable, debido a que, por lo menos, supone larga lucha con las numerosas causas de destrucción que incesantemente circundan cuanto existe» (557). Larga lucha, y —podemos añadir— tras ella, el botín acumulado de todas las victorias, que podrán ser recontadas y gozadas en el ocaso, mientras aún haya luz, antes de que la noche sea completamente negra.

VEJEZ SOMATICA Y ESPIRITUAL

Hablando de la vejez, sin embargo, hemos de plantearnos, como lo hace MACHADO por boca de Juan de Mairena, «si la vejez existe con independencia del reuma, la arterioesclerosis y otros achaques más o menos aparentes, que contribuyen al progresivo deterioro de nuestro organismo»; «si es algo la vejez en nuestro espíritu»; si es parte esencial de nuestra mónada, algo que en ella se da y cumple, y de la

(555) ANTONIO MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.095. O. C.

(556) ANTONIO MACHADO. Idem.

(557) AZORÍN. "Don Juan". Tomo IV, pág. 248. "Obras Completas".

VEJEZ

cual tendríamos alguna noción, aunque careciésemos de espejos, ignorásemos la significación de las canas y arrugas de nuestro prójimo y gozásemos de la más grata y suave cenestesia» (558).

Es decir, nos importa saber si junto a la decadencia del organismo, junto a la «mineralización de nuestras células», junto a la ruina somática, el espíritu, que en él se alberga, también envejece o, por el contrario, conserva permanente su lozanía.

MACHADO nos dice que la creencia más o menos ingenua en la dualidad de sustancias, tiende a contestar que «el espíritu no envejece y nada sabría de la vejez sin la vil carroña que lo envuelve» (559). Pero MACHADO cree conveniente aclararnos contestación tan simple cuando, a guisa de explicación, añade: «pero esta creencia del sentido común no ha de ir necesariamente unida a la fe en la supervivencia. Porque el espíritu pudiera ser aniquilado sin envejecer. Y la más acentuada apariencia de la muerte es la de algo intacto y juvenil que cesa súbita y milagrosamente dentro de un vejestorio» (560).

AZORÍN, al escribir sobre «Cervantes y la vejez», se pregunta: «¿Qué es la vejez, la vejez intelectual? ¿Supone o no deterioro en el espíritu? ¿Cuáles han sido los efectos de la vejez en Cervantes? ¿Advertimos flaqueza en Cervantes cuando viejo?» (561). Eduardo Benot —continúa AZORÍN intentando dar respuesta a este interrogante— ha planteado en sus términos exactos el problema de la vejez. «¿Existe o no paralelismo entre las fuerzas físicas y las fuerzas intelectuales?» AZORÍN sigue escribiendo: «Benot no ve tal pa-

(558) ANTONIO MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.095. O. C.

(559) ANTONIO MACHADO. "Juan de Mairena". Págs. 1.095 y 1.096. O. C.

(560) ANTONIO MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.096. O. C.

(561) AZORÍN. "Con permiso de los cervantistas.—Cervantes y la vejez". Tomo IX, pág. 276. "Obras Completas".

VEJEZ SOMÁTICA Y ESPIRITUAL

ralelismo: las fuerzas físicas van por su lado con su desarrollo correspondiente, y las fuerzas intelectuales, con su desarrollo correspondiente, van por otro. El hombre, en su puericia cuenta ya con un vigor, que le desembaraza en la vida, le desenvuelve en la vida. Y con todo, no ha llegado, en esos días, en esos momentos, a la plenitud de su inteligencia. Habrá de llegar más adelante. Y cuando pasen y pasen los años, cuando se llegue a la vejez, esas fuerzas no estarán a la par, en consonancia, con las intelectuales: serán las intelectuales plenas al ser débiles las físicas» (562).

AZORÍN, confirmando ahora por sí mismo esta manera de pensar, nos dice que «Cervantes en su vejez llega a una tenacidad admirable... No existe deterioro mental en Cervantes» (563), y nos cita el propio decir del gran escritor cuando éste manifiesta a sus sesenta y seis años: «Tieso estoy de cerebro por ahora; vagido alguno no me causa pena» (564). Hablando AZORÍN de la historia de Rancé, escrita por CHATEAUBRIAND, nos referirá que «La obra de CHATEAUBRIAND escrita a los setenta y cinco años —si mal no recuerdo— es libro maravilloso», añadiendo como consecuencia: «¡Qué nos digan que la senectud es la decadencia! Ya dijo CERVANTES que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento» (565).

¿Pero es siempre así? El espíritu, en cuanto necesitado de la materia para estar presente, en cuanto ha de utilizar la estructura somática para dar frutos, pensamos que, si no vejez propia, a lo menos ha de sufrir la vejez de un cuerpo material que, decayendo, esclerosándose, consumiéndose, es

(562) AZORÍN. "Con permiso de los cervantistas.—Cervantes y la vejez". Tomo IX, pág. 276. "Obras Completas".

(563) AZORÍN. "Con permiso de los cervantistas.—Cervantes y la vejez". Tomo IX, pág. 277. "Obras Completas".

(564) AZORÍN. *Idem*.

(565) AZORÍN. "Sintiendo a España.—En el Museo del Prado". Tomo VI, pág. 711. "Obras Completas".

VEJEZ

incapaz de responder, como en otro tiempo, a sus estímulos, a sus vibraciones.

AZORÍN, dándonos fundamentos para nuestro pensar, en su novela «El escritor», ante las preguntas: «¿La vejez resta fuerzas al escritor?», y, cuando todo se apoca en el viejo, «¿permanecen intactas las facultades mentales?», nos ha contestado: «En realidad, opinar, yo no opino nada; lo que hago es sentir. Indudablemente, siento la vida y veo las cosas de distinta manera que en la mocedad. No escribo lo mismo. No tengo ahora, esto es la verdad, ni la fluidez, ni el color, ni el ímpetu de los verdes años... Dudo mucho que GOETHE y VOLTAIRE escribieran a los setenta años como a los treinta» (566). AZORÍN aquí ha contestado con su sentir, no con su inteligencia; con el sentir que no engaña.

En sus «Memorias inmemoriales» nos confesará: «Todo anda revuelto para mí; no acierto a salir de mi laberinto; no saldré ya nunca. Confundo lo que he soñado y lo que he vivido; no sé lo que es auténtico y lo que es ficticio. No crea el lector que la vejez conserva la lozanía intelectual de la mocedad... No; en la vejez la luz mental se amortigua..., voy viendo que no es lo mismo que cuando yo escribía antes: antes, en mis años mozos; antes, hace un año... Como quien descende de una escalera, peldaño a peldaño, he ido yo bajando en facultades mentales» (567).

La vejez, podemos concluir, la vejez en el hombre como un todo, espíritu y soma, es una realidad objetiva; es también, podríamos decir empleando palabras de LAÍN al hablar de la enfermedad, «un modo de vivir».

(566) AZORÍN. "El escritor". Tomo VI, pág. 368. "Obras Completas".

(567) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 556. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE VEJEZ

SENTIMIENTO DE VEJEZ

Cuando la vejez llega, o mejor quizá diríamos, cuando el hombre llega a la vejez, a esa vejez que no nos busca, sino que nos espera, ¿cómo se la siente?

Antes de cualquier afirmación sobre la cuestión será bueno recojamos el decir de MACHADO cuando, tratando de la vejez, nos advierte —agotando su saber sobre este asunto, según nos declara—, que la vejez «da origen a los juicios más diversos y encontrados, puesto que algunos la deploran como un daño y otros la encomian y jalean como un bien positivo. Y —continúa— entre los poco afectos a la vejez —que no son tantos como sus apologistas y simpatizantes— se da el caso curioso de Leonardo de Vinci, que la ve y juzga contradictoriamente, ya como un decaimiento físico, ya como una exaltación demoníaca» (568).

Mas, a pesar de no negar la verdad de las observaciones de MACHADO, hemos de aceptar también que hay maneras comunes de sentir la vejez. Frecuentes referencias de AZORÍN y BAROJA y algunas de VALLE INCLÁN, compensando las ausentes de UNAMUNO y GANIVET, nos dan constancia de este sentimiento, que si no a definirlo, nos ayudará a comprenderlo.

La vejez, que según vemos en las notas recogidas de nuestros autores, puede ser sentida como consuelo, como conformidad, como serenidad, como fuente de saber, puede ser también sentida como aflicción (aflicción en cuanto a malestar, y aflicción en cuanto a impedimento), y puede ser sentida como amenaza, como recurso.

(568) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.096. O. C.

VEJEZ

En cuanto al sentimiento de serenidad, de conformidad, de experiencia, la vejez nos habla de un nuevo sentir propio; en cuanto a la aflicción, el sentimiento de amenaza y de recurso, la vejez nos recuerda «ese otro modo de vivir» que ya conocemos: la enfermedad. AZORÍN confirmándonos este recuerdo, nos define la vejez con paradoja llena de sabiduría al decirnos, con agudeza extraordinaria plena de acierto y sugerencia, que «el viejo es un enfermo sano. Sano —añade— hasta cierto punto» (569).

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

Ciertamente, la vejez será muchas veces penosa, pues es la edad de las añoranzas y de los recuerdos y, como nos advierte AZORÍN, «el recuerdo será siempre fuente de tristeza» (570). Penosa por sus molestias, por lo que limita, por lo que obliga a prescindir, por lo que supone de impedimento.

Quizá la aflicción es el sentimiento más notorio de la vejez, como lo era también en la enfermedad, y con características tales que no podemos dejar de pensar de nuevo en el acierto que encierra la sabrosa definición de AZORÍN antes citada: «El viejo es un enfermo sano».

Malestar. — En cuanto al sentimiento de aflicción en la vejez como malestar —independiente del recuerdo que nos hace BAROJA del refrán «no hay sábado sin sol, ni moza sin amor, ni viejo sin dolor» (571), y de la afirmación que nos expone en sus memorias, en cuanto a cómo en la vejez el frío y el

(569) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 736. "Obras Completas".

(570) AZORÍN. "La voluntad". Tomo I, pág. 939. O. C.

(571) BAROJA. "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 560. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

calor, la humedad y los ruidos, todo hiere, y la mayoría de las impresiones son desagradables— en su novela «El Hotel del Cisne», y, por boca de Paganin (572) (un ciudadano que va llegando al final de su vida, ya próximo, según él mismo nos dice), nos da cuenta de una serie de achaques que no cree tengan otra causa, aparte de algo de mala suerte, que la edad. Estos achaques son «insomnios, vértigos y zumbidos de oídos»; intranquilidad e inquietud ante situaciones de nimia importancia y trascendencia; cansancio...; y, sobre todo, insomnio que produce «depresión física, ideas negras, inútiles y enojosas», insomnio por el que «aunque fuera un par de días a la semana, quisiera tener a mano un hipnótico fuerte para dormir siete u ocho horas seguidas».

Insomnio terrible de la vejez, al que el propio BAROJA dedicó algunos de sus versos (573), que él nos reconoce escritos precisamente en la vejez; versos que a él mismo le parecen decadentes, defectuosos, producto de la vejez y de la neurastenia, pero que para nosotros, en este caso, tienen el gran valor de la sinceridad, de la verdad que encierran en su naturaleza, en su tosquedad. Comienza BAROJA estos versos escribiendo:

*«Duro suplicio padece
quien no logra dormir bien
y pasa la noche en vela,
dando vueltas, sin poder
conciliar siquiera un sueño
ligero y de mala ley.
Son horas desesperadas,
de aburrimiento cruel,
en que no se encuentra una
pobre idea que roer.»*

(572) BAROJA. "El Hotel del Cisne". Tomo VIII, pág. 208. O. C.

(573) BAROJA. "Canciones del suburbio.—Insomnio". Tomo VIII, pág. 1.022. "Obras Completas".

VEJEZ

Continúa en sus versos marcando agudamente la diferencia entre dos insomnios completamente distintos; así de uno nos dirá:

*«Hay un insomnio de plétora,
de fiebre, de embriaguez,
de la juventud violenta
que marcha a todo correr
y devora las imágenes
de su cerebro en tropel»;*

comparándolo con ese

*«...otro insomnio más duro,
en el cual el aprehender
un diminuto pretexto
para delirar con él
resulta inútil tarea,
tan absurda cual querer
atrapar en pleno tedio
algo que tenga interés.
Es hallarse ante el vacío,
ante una blanca pared
que no nos sugiere nada
ni nada nos hace ver.»*

Al comparar ambos insomnios nos dice que

*«Es menos ingrata siempre
que este insomnio de aridez,
de fuga de las ideas,
de blancura de papel,
el otro, rojo y febril,
todo pasión y avidez,
aunque se levante uno
torpe y cansado después»;*

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

y desconsolado añade:

*«pero es constante sin duda
y propio de la vejez
sufrir este insomnio estéril
no el jugoso del doncel.»*

En el sentimiento de aflicción en la vejez, pesa, sin embargo, la tristeza quizá como en ningún otro.

AZORÍN nos dice que «el tiempo, que se lleva la juventud y la belleza, trae a nosotros la añoranza melancólica por las pasadas agradables sensaciones. Y el recuerdo será siempre fuente de tristeza. Yo de mí sé decir —añade como experiencia demostrativa— que nada hay que tanto me contriste como volver a un lugar (una casa, un paisaje) que frecuenté en mi adolescencia; ni nada que ponga tanta amargura en mi espíritu como observar cómo ha ido envejeciendo..., cómo ha perdido el brillo de los ojos, y la flexibilidad de sus miembros, y la gallardía de sus movimientos..., la mujer que yo amé secreta y fugazmente siendo muchacho. ¡Todo pasa brutalmente, inexorablemente! Y yo veo junto a esta mujer deformada, lenta, inexpresiva..., un gesto, una mirada, un movimiento de la muchacha de antaño..., su modo peculiar de sonreír entornando los ojos titilantes, su manera de decir *no*, su expresión deliciosamente grave al hacer una confidencia... ¡Y este resurgimiento intuitivo me llena de una tristeza casi anhelante!» (574). Hasta el tal punto le duele a AZORÍN esta «tristeza casi anhelante» al ver en su vejez la obra destructiva del tiempo, y al sentir en su alma la melancolía de las añoranzas, que pensando en esta tristeza nos dice: «Podrán llegar los hombres al más alto grado de bienestar, ser todos buenos, ser todos inteligentes..., pero no serán felices» (575).

(574) AZORÍN. "La voluntad". Tomo I, págs 939 y 940. O. C.

(575) AZORÍN. "La voluntad". Tomo I, pág. 939. O. C.

VEJEZ

BAROJA nos da cuenta del mismo sentimiento de AZORÍN al decirnos: «No sé por qué parecen tristes y melancólicas las cosas que fueron; no se lo explica uno bien; se recuerda claramente que en aquellos días no era uno feliz, que se encontraba más inquieto, más en desarmonía con el medio social y, sin embargo, parece que el sol de entonces debía tener un azul más puro y más espléndido. Ese pensamiento en el pasado —añade BAROJA— cuando se deja atrás la juventud y se le mira de lejos, es como una herida en el alma y nos anega de tristeza» (576).

Y tristeza también por «esa comprensión de la inanidad de la vida que traen los primeros años de la vejez» (577); de una vida que al viejo Paganin, en «El Hotel del Cisne», le parece estúpida y monótona cuando nos dice: «Estoy harto de vestirme para no hacer nada, de desnudarme para no dormir, y de andar por la calle sin objeto. Si de esta existencia mediocre —nos sigue diciendo— pudiera suprimir lo antipático y feo y no dejar más que los momentos agradables, quedaría de ella muy poca cosa» (578).

De esta tristeza de la vejez, ya referida, y del frío que le acompaña, nos da fe igualmente AZORÍN cuando en su libro «España», nos cuenta que «los hombres graves y venerables que están sentados bajo los álamos, junto a la alberca, contemplan la fuerte, enhiesta y juvenil figura de Juanita, y sienten, apoyados en sus bastones, esta vaga, esta íntima, esta irreprimible tristeza... que experimentamos los que ya vamos saliendo de la mocedad y nos encaminamos a la edad fría» (579).

VALLE INCLÁN nos confirma, igualmente, este sentimiento

-
- (576) BAROJA. "Nuevo tablado de Arlequín". Tomo V, pág. 95. O. C.
y "Las inquietudes de Shanti Andía". Tomo II, pág. 1.056. O. C.
(577) BAROJA. "Los pilotos de altura". Tomo II, pág. 1.335. O. C.
(578) BAROJA. "El Hotel del Cisne". Tomo VIII, pág. 208 y 209. O. C.
(579) AZORÍN. "España". Tomo II, pág. 518. "Obras Completas".

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

en «Aguila de Blasón» al hacer lamentar al caballero: «Esta pena que siento ahora, y que jamás he sentido, es la tristeza de la vejez, es el frío que comienza» (580).

Añoranza que hiere el alma, energía y calor que pierde el cuerpo, tristeza y frío... penosa compañía de la vejez.

Impedimento. — AZORÍN no se ha limitado solamente a comparar la vejez con la enfermedad, sino que, al describirnos cómo en las enfermedades difusas y largas el enfermo «se ve precisado a restringir enormemente su vida» y a «prescindir de multitud de cosas usadas por los sanos» (581), nos advierte que «lo que se dice del enfermo puede decirse del viejo... El viejo limita su vida. El viejo prescinde de lo que antes gozaba. A la movilidad sucede la inacción» (582). AZORÍN nos llama así la atención sobre uno de los sentimientos más importante en la vejez: el de impedimento.

Poniéndonos de manifiesto este impedimento en las zonas más nobles del hombre, AZORÍN nos dice, en otra ocasión, que pasan los años y «la capacidad de comprensión y de emoción se agota. Advertimos esta disminución de nuestro ser. Hasta lo más profundo de nuestro espíritu llega esta disminución paulatina de nuestra vida. Nos percatamos de que, poco a poco, vamos muriendo en plena salud» (583). Hablándonos del pobre amigo del que recuerda sus juveniles fervores, sus charlas relampagueantes, sus proyectos, sus esperanzas, su fe encendida y fuerte, nos advierte sobre la vejez, en la que «el entusiasmo amengua; las fuerzas faltan; la fe muere» (584). En la vejez pobre y desamparada ¿qué hará ese pobre amigo?

(580) VALLE INCLÁN. "Aguila de Blasón". Tomo I, pág. 615. O. C.

(581) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 736. "Obras Completas".

(582) AZORÍN. Idem.

(583) AZORÍN. "Chirrión de los políticos". Tomo IV, pág. 482. O. C.

(584) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 732. O. C.

VEJEZ

Y la vejez trae también el cansancio; un cansancio que en todos los que han trabajado mucho con el cerebro es «un cansancio especial: un cansancio en la frente, en los ojos, en toda la persona»; un cansancio que «da un aire de nobleza, de dignidad resignada, que no se confunde con ninguna otra fatiga» (585).

En la vejez, que supone perder las condiciones para la lucha (586), nos dice BAROJA que «va uno secándose material y espiritualmente. Es un proceso biológico de la vejez —continúa irónico—, para el cual no hay penicilina que valga» (587).

La vejez ata las manos (588), nos dice VALLE INCLÁN; y AZORÍN nos advierte que cuando, tras la áspera lucha, se llega a ella con los medios que permitirían gozar plenamente de la vida (hasta entonces imposible de gozar por falta de tales medios), las energías disipadas lo impiden, encontrándonos entonces «tristemente, en medio de la Naturaleza, impotentes, amargados por los recuerdos y por el espectáculo de juventud y de pujanza que nos rodea...» (589).

VALLE INCLÁN, como fundamentando este sentimiento de limitación, de impedimento, hará decir a Ginebra, en «Voces de gesta»,

«.....
*mas para marido
mejor que home viejo, un mozo garrido.» (590)*

(585) AZORÍN. "Los dos Luises.—Fray Luis de Granada". Tomo IV, pág. 162. "Obras Completas".

(586) BAROJA. "Desde el principio hasta el fin". Tomo IV, pág. 1.120. "Obras Completas".

(587) BAROJA. "Ensayos". Tomo VIII, pág. 703. O. C.

(588) VALLE INCLÁN. "Aguila de Blasón". Tomo I, pág. 574. O. C.

(589) AZORÍN. "Tiempos y cosas.—El niño descalzo". Tomo VII, pág. 141. "Obras Completas".

(590) VALLE INCLÁN. "Voces de gesta". Tomo I, pág. 106. O. C.

SENTIMIENTO DE AFLICCIÓN

En otro aspecto de este sentimiento de impedimento, AZORÍN nos da cuenta en sus Memorias de cómo a X, su personaje inconcreto, a sus setenta años, tan sólo el hecho de comer una pizca más de lo acostumbrado le trae como consecuencia el que «necesariamente se produce en su organismo un penoso desequilibrio» (591).

También en sus «Memorias inmemoriales», al propio AZORÍN se lamenta de lo que por vejez ya no es capaz de hacer. La luz mental se ha amortiguado: «Soy viejo —nos dice—, pero conservo la perspicacia suficiente para ver las faltas de técnica en lo que escribo y en los escritos de los demás. Y me digo a mí mismo, aunque no necesito decírmelo, que siento una profunda tristeza: no puedo exteriorizar artísticamente la visión que llevo dentro; veo las cosas —todavía las veo— y no acierto a expresarlas en forma de cuento, de novela o de comedia; me tengo lástima» (592), exclama, llenándonos a nosotros también de tristeza.

Hablándonos de los escritores, de los escritores predilectos, nos dirá cómo «la mengua de las facultades creadoras» y «el desmayo de la fe, que se tiene en la declinación de la vida» (593), puede impedir lo que él llama «morir en pie», es decir, «sosteniendo las ideas estéticas que se han sostenido siempre».

Ante el ansia de simplificación en la vejez, ante la nueva lisura del estilo en el escritor, se pregunta en estas Memorias, que comentamos, si la causa es la voluntad o la necesidad, si se debe a propósito deliberado o a la vejez que resta fuerzas, pues —añade— «la poquedad en los recursos puede encubrir flaqueza; lo que se juzga progreso puede ser atraso; lo que es deseo de simplificación, puede ser, en

(591) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 362. O. C.

(592) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 556. O. C.

(593) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 358. O. C.

VEJEZ

realidad, impotencia» (594). Terrible sinceridad consigo mismo de quien quiere ser fiel a la verdad hasta el último momento. Grave problema, que ya tan sólo como tal entristece y atormenta.

La vejez, pues, es sentida también, de una manera importante, como impedimento; como impedimento que limita y aflige, al no permitir ejercer, más o menos totalmente, aquellas actividades que anteriormente se desarrollaban, dando contenido a una vida en normalidad.

SENTIMIENTO DE AMENAZA

La vejez supone la última etapa del camino. En la vejez se está próximo al fin, y cada día es un paso más hacia el término de todo; un acercarse progresivo a algo que ya no está lejano.

En la vejez se siente la cercanía de la muerte como amenaza que será realidad ineludible.

UNAMUNO, hablándonos de la vejez nos dice que no es más que una infancia en que hay conciencia de la muerte. «El viejo —añade—, es un niño que sabe que ha de morir» (595).

Mas en la vejez esta amenaza no será de muerte biográfica, pues la biografía, en dicho momento, está quizá ya escrita y, a lo más, no resta sino cuidar la compostura para que, en el final y desenlace de la novela de la vida, la actitud, el gesto, esté de acuerdo y no desdiga ni desmerezca de ése con que nos recuerdan, o hemos querido nos recuer-

(594) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 352. O. C.
(595) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 975. O. C.

SENTIMIENTO DE AMENAZA

den, aquellos con quien hemos convivido. En la vejez, la amenaza que se siente es la amenaza de muerte biológica.

Este sentimiento de amenaza a que nos referimos, es expresado por BAROJA cuando nos dice, según ya hemos recogido anteriormente, que la vida en la vejez es como navegar constantemente en un barco débil que hace agua entre escollos peligrosos.

AZORÍN, en sus memorias, hablándonos siempre de X, su personaje simbólico, nos dice que a los setenta años «no se le ocultaba que en cualquier momento la máquina podía desconectarse»; que «el fin podría sobrevenir súbitamente»; que «la máquina se podía romper de un momento a otro» (596). De X nos dice también que en su vejez «le preocupaba mucho el alimento que había de ingurgitar» (597), pues temía las consecuencias de una indebida ingestión que sufriría fatalmente; por ello, X, que en su juventud se afanaba por la carne, en su vejez no probaba carne ni pescado, razonando que «antes de introducir un manjar en el estómago había tiempo de pensarlo; entonces éramos nosotros dueños del manjar; una vez comido era dueño el manjar de nosotros» (598). Comer «una pizca más de lo acostumbrado» era un peligro cuya amenaza sentía X en su vejez.

En su novela «Salvadora de Olbena», y por boca de Juan Pascual, anciano de ochenta y cinco años, nos concreta todavía AZORÍN más esta amenaza de muerte biológica que supone la vejez. Nos dice que, «a cierta edad, el enfriamiento es mortal», que «si en la vejez tenemos un desarreglo intestinal, todo se subvertirá en nuestro organismo; el equi-

(596) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, págs. 338 y 339. "Obras Completas".

(597) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, pág. 362. O. C.

(598) AZORÍN. Idem.

VEJEZ

librio se habrá roto y nos costará mucho el restablecernos»; que la emoción, junto con el frío y el hartazgo, son tropiezos que «causan, en definitiva, los mismos desastrosos efectos» (599).

La amenaza, pues, en la vejez es sentimiento indudable, si bien ha de sentirse más atenuado que en la enfermedad, sobre todo cuando ésta es en el joven, ya que la vida que se teme perder en la juventud aún es mucha, en tanto que en la vejez está prácticamente ya cumplida.

SENTIMIENTO DE RECURSO

Juan Pascual, antes citado, que pensaba alejar a la muerte diez años más aún, sobre los ochenta y cinco que ya contaba, llega a ver ese «modo de vivir» que es la vejez, y del que acepta sus limitaciones, sus privaciones y sus impedimentos, como recurso para alargar la vida, para guardar la salud.

Juan Pascual, que nos recuerda el refrán «si quieres vivir sano hazte viejo temprano», nos dice que él se hizo viejo a los cincuenta años y que tres normas deben seguirse para conseguir lo que él ha conseguido y piensa conservar: «primera, no enfriarse; segunda, no empacharse; tercera, no sofocarse» (600). Esquivar, en definitiva, aquellos tres tropiezos de los que él mismo nos hablaba como peligrosos y como amenaza en la vejez; evitar los desastrosos efectos que supondrá tropezar con ellos; pero esquivarlos y evitarlos antes incluso de ser viejo, haciendo así, de ese «modo de vivir» que es la vejez, un remedio profiláctico y practicando ya, sin saberlo, la Geriatria.

Y para practicar la vejez, escuchar y seguir el consejo de

(599) AZORÍN. "Salvadora de Olbena". Tomo VII, pág. 649. O. C.

(600) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO DE CONFORMIDAD

los que ya son viejos, o aprovechar la experiencia propia, cuando es uno mismo el que hasta ella ha llegado, pues, como escribe AZORÍN, «al llegar a la senectud todo ser humano, si es un tantico inteligente, debe tener recopilada una experiencia de la vida. Todo a lo largo de los años —nos dice— habrá ido estudiándose a sí mismo. Estudiarse a sí mismo —nos aclara— es darse cuenta de lo que nos sienta mejor, en cuanto a mantenimientos; de los lugares, montaña o mar, que nos conviene más, del régimen de silencio discreto y de dormir sosegado que nos han traído tantos bienes» (601).

Aceptar la vejez, practicar la vejez, recurso, pues, contra ella misma.

SENTIMIENTO DE CONFORMIDAD

No todo en la vejez es aventura peligrosa. No todo es recordar tiempos pasados y posibilidades de ayer, hoy imposibles. No todo en la vejez es negativo.

«En la vejez, nos dice BAROJA, hay también sus compensaciones» (602). En efecto, nos aclara, «el aburrimiento es menor que en la juventud; no hay deseos, no hay prisas. En la juventud se pasa de la inquietud al fastidio; son como los dos extremos en que oscila el péndulo de la existencia del joven. En el viejo, si no la ataraxia, hay un comienzo de tranquilidad» (603). Tranquilidad sin «la tristeza de las fuerzas no empleadas» (604), que sufre el joven.

En otra ocasión, también BAROJA nos dirá: «Yo no en-

(601) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Arte de vivir". Tomo V, pág. 730. "Obras Completas".

(602) BAROJA. "Rapsodias". Tomo V, pág. 871. "Obras Completas".

(603) BAROJA. Idem.

(604) BAROJA. "Las horas solitarias". Tomo V, pág. 285. O. C.

VEJEZ

cuentro la vejez tan insoportable y tan dura como muchos quieren pintarla. La vejez no promete nada y, a veces, da cosas agradables. La juventud, en cambio, promete mucho y da poco y malo. Sus frutos son comunales y de mogollón... La juventud es la época de más deseos y menos posibilidades de satisfacerlos y, por tanto, más fracasos» (605).

En la vejez, por otra parte, «se va acabando la rebeldía» (606) —según nos advierte BAROJA— «cuando va viniendo el cansancio y el temor de no poder luchar contra el medio social, estado que probablemente procederá de una atonía, quizá de la esclerosis del sistema nervioso» (607).

AZORÍN, que, por boca de Juan Pascual en «Salvadora de Olbena», reconoce que el joven nos da el bello espectáculo de la plenitud de la vida —la plenitud con todos sus arranques entusiásticos y con todas sus intrepideces—, nos confiesa, sin embargo, no quiere, a pesar de todo, volver a la mocedad. «Tengo ahora —nos dice— un dominio de mí mismo que no tenía antes; las pasiones se han amortiguado y puedo contemplar el mundo serenamente. Y —continúa— ¡cuánto vale esta ecuanimidad con que juzgamos y esta quietud en que vivimos!» (608).

Conformidad, serenidad de la vejez, ataraxia por muerte indolora o inconsciente del deseo, de ese deseo que mientras existe nos hace vivir la incertidumbre del futuro y nos impide gozar las posibles realidades del presente; deseos, a más de muertos, olvidados; olvidados hasta no sentir siquiera la nostalgia de su agridulce esperanza.

En su libro «España», AZORÍN nos habla de la conformidad. Nos cuenta el Sr. Toscano que siendo ahora pobre vi-

(605) BAROJA. "El Hotel del Cisne". Tomo VIII, pág. 212. O. C.

(606) BAROJA. "La dama errante". Tomo II, pág. 252. O. C.

(607) BAROJA. "La dama errante". Tomo II, págs. 251 y 252. O. C.

(608) AZORÍN. "Salvadora de Olbena". Tomo VII, pág. 649. O. C.

VEJEZ, PSICOLOGIA

vió en la riqueza; que estando ahora en soledad conoció la compañía de una familia plácida y sosegada. Ahora el señor Toscano, viviendo en una buhardilla, no tiene otro lujo que una camisa de burda tela; pero, todos los días, invariablemente, immaculada. Un día la portera de su casa —nos dice AZORÍN— no le verá bajar. Después se sabrá que está enfermo. Días más tarde saldrá por el portal una caja sencilla y negra. Toscano no tiene remordimiento por nada, no echa de menos nada. Morirá con la tranquilidad con que ahora vive. Tras contarnos esta vida de Toscano, AZORÍN nos descubre el secreto de la paz espiritual, de la ecuanimidad, de la dicha. AZORÍN nos descubre que este secreto está «en la conformidad, en dejar que las cosas que no podemos remediar sigan su curso lento, inexorable y eterno» (609).

La vejez nos puede traer, según hemos visto, como compensación de muchas cosas, la conformidad, y, con ella, la paz, la ecuanimidad, la dicha; conformidad tal, que saber vivir la vejez será encontrarla.

VEJEZ, PSICOLOGIA

Tratando de la vejez (610), AZORÍN ha planteado la cuestión de la actitud que deberá adoptar el viejo ante el joven. Ha expuesto el problema del tiempo y del espacio, latente en la relación entre jóvenes y viejos. Ha preguntado cómo un joven ve a un viejo y cómo un viejo ve a un joven.

Tras su lamentación: «no puedo imaginarme una imagen

(609) AZORÍN. "España". Tomo II, págs. 520 y 521. "Obras Completas".

(610) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 733.

VEJEZ

mía vista desde fuera, por alguien que no siendo yo, fuera yo», AZORÍN ha escrito literalmente en sus Memorias: «He visto yo a los viejos de un modo, cuando era joven. ¿De qué modo me verán a mí ahora los jóvenes? No puedo tampoco imaginármelo. Porque, al presente, al ver a los viejos, no tengo la misma sensación que cuando muchacho. Y este problema de psicología será eterno; está ínsito en la misma naturaleza del hombre» (611).

AZORÍN, enfrentándose con estas cuestiones planteadas, nos enfrenta con verdaderos enigmas psicológicos.

El problema del tiempo y del espacio —nos dice—, está latente en la relación entre jóvenes y viejos. AZORÍN nos cuenta de un viejo, no importa cuál, lo singular de su psicología.

Siendo viejo —porque se lo dice el espejo, sus limitaciones, su cansancio— él se siente joven. A veces, este viejo, en los momentos de meditación, se complace en evocar a los viejos de su tiempo, cuando él era niño y ellos tenían cincuenta o sesenta años, y al no poder precisar mentalmente la edad de aquellas personas pretéritas, meditando se plantea: «Para que un hombre fuera viejo, cuando él lo veía como tal viejo, ¿qué edad se necesitaría?» (612). AZORÍN nos da una verdadera lección de psicología al contestar: «Lo indudable es que la cualidad de *respectable* entraba por mucho en la sensación que de la senectud tenía ese niño. Sus maestros, sus deudos, los amigos de sus deudos, los hombres eminentes que veía retratados en los periódicos —y alguna vez en la calle—, tenían para él la respetabilidad» (613). Para el actual anciano —sigue diciéndonos—, aunque él se resiste

(611) AZORÍN. "Memorias inmemoriales". Tomo VIII, págs. 350 y 351. "Obras Completas".

(612) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 734. "Obras Completas".

(613) AZORÍN. Idem.

a creerlo, porque todo espiritualmente le dice que no, no hay excepción. «El anciano a que aludimos es tan respetable, tan imponente, tan serio, como eran los de antaño. Afortunadamente, él no lo nota. Su espíritu es realmente joven y el anciano vive rodeado de un ambiente dichosamente ficticio. La ilusión no se la podrá quitar nadie. Todo irá desvaneciéndose en el tiempo, y él conservará una partícula de juventud indestructible» (614).

Sin embargo, a pesar de todo, aunque el anciano se ilusione de este modo, el tiempo le dice otra cosa y el espacio le dirá también algo diferente, pues haga lo que haga —nos advierte AZORÍN— «no siente el tiempo como lo sentía hace treinta años», y «realice los esfuerzos que realice, el espacio no es para él como era antaño, pues «el espacio y el tiempo son sentidos de distinto modo en la vejez que en la juventud. Un año representa, a los sesenta, un peso enorme que a un joven le tiene sin cuidado. A cierta edad, cada minuto es decisivo en la vida. Se sabe que resta poco para vivir y se aprovecha instintivamente el tiempo» (615).

Ahora bien, ante los interrogantes concretos sobre si el tiempo que pesa más en la senectud es realmente más breve, y si una hora es sentida del mismo modo por un viejo que por un joven, AZORÍN nos ha de confesar que ello es «terreno psicológico de suma delicadeza», pues «todo lo que podemos decir son hipótesis» (616). Cada cual podrá hablar de su propia experiencia. A favor de la vejez quédase —según nos dice— el poder saborear más ese tiempo, que en ella es más breve y así, en el breve plazo de una hora, poder sentir más que la juventud; y en cuanto al espacio, quedarán tam-

(614) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 735. "Obras Completas".

(615) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 735. "Obras Completas".

(616) AZORÍN. Idem.

VEJEZ

bién a favor de la vejez, el que un viejo encontrará, dentro de un círculo restringido, más campo para su sensibilidad que un joven (617).

«La variedad, los matices —donde acaso no los haya para un joven—, será para un anciano prodigiosa» (618), nos concluye AZORÍN a manera de resumen.

En la obra «El artista y el estilo», confirmando este pensar, nos dirá que «no es lo mismo leer una obra, una obra famosa, a los veinte años que a los setenta. A los veinte se ven unas cosas en el libro leído, y a los setenta se ven otras. Ha cambiado la sensibilidad del lector... Recogemos en el libro, a los setenta años, vislumbres y variantes que no habíamos advertido en la mocedad (619).

La vejez, por otra parte, supone el goce de la larga experiencia acumulada, el goce de esa sabiduría profunda, íntima, que sólo el dolor y el placer vividos dan al ser humano (620). Esa sabiduría de la vida a la que se refiere VALLE INCLÁN cuando a la moza, que dijo al abuelo Tibaldo que «¡el sol que se pone no madura trigo!...», le contesta:

*«¿Pero el vino, moza, lo querrás añejo?
Y a las barbas blancas pedirás consejo
si tienes oveja con alferecía
o pierdes la senda en la serranía.
Si buscas la yerba para la cuajada,
o lugar seguro para la tenada,*

(617) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 735. "Obras Completas".

(618) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, páginas 735 y 736. "Obras Completas".

(619) AZORÍN. "El artista y el estilo.—Maneras de leer". Tomo VIII, página 695. O. C.

(620) AZORÍN. "Trasuntos de España.—Viejos y jóvenes". Tomo V, pág. 734. "Obras Completas".

VEJEZ, PSICOLOGIA

*o manera cierta de pasar los puertos,
si están como agora, de nieve cubiertos.» (621)*

Sabiduría de la vejez, saber irrenunciable que le hace todavía insistir:

*«¡Y no hay sol de agosto que pueda igualar
al fuego que un viejo enciende en su hogar!» (622)*

Y junto a la sabiduría también la esperanza de fecundidad posible en la vejez, como la que nos enciende BAROJA cuando escribe: «La pasión, en cualquiera de sus formas, tiene algo de nueva vida, de palingenesia real. Seguramente, todos tenemos actividades dormidas en la conciencia... La pasión despierta esas actividades, esos gérmenes aletargados, y hay una posibilidad de nueva vida... ¿Quién va a decir que vive ese tronco viejo y rugoso? ¿Quién va a pensar que se va a volver verde el prado agostado y marchito, ni el matorral ennegrecido y quemado? Y vienen las lluvias de primavera, y luego las brisas tibias de mayo, y todo comienza a brotar; el tronco seco, el prado marchito, el matorral ennegrecido y quemado, y salen las hojas relucientes y las flores pomposas. En el hombre ocurre probablemente lo mismo; el viejo que muere a los noventa años tiene todavía zonas vírgenes en el cerebro» (623).

Vejez, último paraje del camino sin descanso de la vida, paraje con fondo de paisaje siempre idéntico: Alegrías y sufrimientos, goces y dolores, realidad... y esperanzas.

(621) VALLE INCLÁN. "Voces de gesta". Tomo I, págs. 106 y 107. "Obras Completas".

(622) VALLE INCLÁN. Idem.

(623) BAROJA. "Los amores tardíos". Tomo I, pág. 1.372. O. C.

IV

MUERTE

IDEA DE LA MUERTE

Frente a la Vida, que en la literatura se nos presenta normalmente como substrato de adjetivos, la Muerte no es en ella, en general, sino meollo de meditación; quizá, porque con la vida vamos y entre la vida caminamos, la sentimos en nosotros y la vemos en derredor, y, doliéndonos muchas veces, así la conocemos, mientras que la Muerte es tan sólo el abismo sobre el que salta la vida, dejándonos del lado de acá sin ver el fondo de lo que nos separa ni la orilla que al otro lado lo limita, o arrastrándonos hacia él en temeroso viaje sin compañía.

Abismo, «lago tenebroso» (624) de UNAMUNO; «barrera infranqueable», como AZORÍN la ha llamado cuando, describiéndonos la triste melancolía con que el anciano y buen clérigo D. Diego de Avalos, ante el niño que tiene sentado sobre sus rodillas, piensa que él ya no podrá ver lo que será este niño dentro de veinte, treinta, cuarenta años, nos ha escrito: «Tenemos aquí, con nosotros, sobre nuestras rodillas, esta fuerza latente en potencia: está ahora entre nuestras manos; pero no podemos asistir a su desenvolvimiento. Si estuviéramos ausentes, llegarían hasta nosotros, andando los años, noticias del hombre futuro; si nos marcháramos al país más lejano del mundo, ignorado de todos, en montañas inasequibles, en regiones misteriosas, existiría siempre la po-

(624) UNAMUNO. "Nada menos que todo un hombre". Tomo II, pág. 1.070. "Obras Completas".

MUERTE

sibilidad de saber de este niño, de este niño en el porvenir. Pero lo que un día cualquiera, mañana, la semana próxima, nos va a separar de él es una barrera infranqueable: es la Muerte, la Eternidad. Sentimos en este instante, ante el niño que acariciamos, en tanto que nuestra mano pasa suavemente por la cabeza infantil, la más profunda melancolía. De un lado está el no ser, para nosotros, y de otro, todo un mundo, un mundo nuevo, henchido de vida y de fuerza que ni podemos columbrar» (625).

LA MUERTE COMO MISTERIO

Ante la Muerte, pues, ante el salto de la Vida, ante el dejar de vivir y el «no ser» que nos dice AZORÍN, nuestros ojos mirando allá, a lo profundo, nos hacen inclinar la cabeza en señal de humildad sin paliativos y meditar ante el misterio, «el misterio de la muerte» (626).

Haría falta para descifrar este misterio, dar un paso más, pero seguir viviendo. Sería necesario, diríamos con chanza, conseguir el deseo de D. Estrafalario, de VALLE INCLÁN, al que éste hace decir: «Yo quisiera ver este mundo con la perspectiva de la otra ribera. Soy como aquél, mi pariente..., que al preguntarle el cacique qué deseaba ser, contestó: Yo, difunto» (627).

«Desde que nacemos hasta que perecemos —nos dice VA-

(625) AZORÍN. "Los Quinteros y otras páginas.—¿Qué será este niño?" Tomo IV, págs. 654 y 655. "Obras Completas".

(626) AZORÍN. "Ante Baroja". Tomo VIII, pág. 157. O. C.

(627) VALLE INCLÁN. "Los cuernos de Don Friolera". Tomo I, pág. 992. "Obras Completas".

LA MUERTE COMO TERMINO NATURAL Y FISIOLÓGICO DE LA VIDA

LLE INCLÁN— en toda la largura del camino, la voz del misterio y el terror de la muerte hablan en nosotros» (628), pues «tememos el misterio porque el misterio no es de nuestra naturaleza moral, y las almas, en la cárcel de los sentidos, tiemblan bajo la mirada de los fantasmas, como el agua de las albercas bajo las estrellas lejanas...» (629).

Un misterio que tememos (630); que nos da pavor (631); que nos llena de zozobra e incertidumbre (632).

Misterio que hace cantar a MACHADO:

*«Morir... ¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo?» (633)*

LA MUERTE COMO TERMINO NATURAL Y FISIOLÓGICO DE LA VIDA

No nos queda, pues, sino mirar a la Muerte desde acá, desde este lado de esa «barrera infranqueable» que es ella misma y verla como la ve GANIVET, como «término material de todas las cosas de esta vida» (634); como «final del cami-

(628) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 620. "Obras Completas".

(629) VALLE INCLÁN. Idem.

(630) VALLE INCLÁN. "El Marqués de Bradomin". Tomo I, pág. 59. "Obras Completas".

(631) A. MACHADO. "Humorismos, fantasías, apuntes". Pág. 703. O. C. y VALLE INCLÁN. "Viva mi dueño". Tomo II, pág. 1.090. O. C.

(632) VALLE INCLÁN. "Viva mi dueño". Tomo II, pág. 1.090. O. C.

(633) A. MACHADO. "Campos de Castilla". Págs. 830 y 831. O. C.

(634) GANIVET. "Cartas filandesas". Tomo I, pág. 867. O. C.

MUERTE

no» (635) según VALLE INCLÁN; como «placer de llegar» (636) según MACHADO; verla, en definitiva, «tan biológica como la vida...» (637), según afirma BAROJA, fundado en su formación médica; aceptarla «como fenómeno frecuente y, al parecer natural» (638), según ironiza MACHADO; considerarla tan fisiológica como cuando UNAMUNO nos dice:

«.....
la muerte se recibe
como la vida
.....» (639),

y como cuando nos cuenta que el viejo capitán Bernal Díaz del Castillo «murió de su muerte» (640), recordándonos así la expresión propia de Bernal Díaz del Castillo que aplica éste, al escribir sus hazañas, a aquellos que «murieron tranquilamente, de enfermedad y no por guerra» (641); morir de *su muerte*, de algo propio, tan natural como su vida. Morir de esa muerte, de la que dice MACHADO «...va con nosotros, nos acompaña en vida; ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo. Y no está mal —añade— que la imaginemos como nuestra propia *notomía* o esqueleto que llevamos dentro, siempre que comprendamos el valor simbólico de esta representación» (642).

Naturalidad de la muerte que da paz y tranquilidad a AZORÍN, cuando lee en Montaigne: «Yo no veo a ninguno de los labriegos vecinos míos entrar en reflexiones sobre la

-
- (635) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 601. O. C.
(636) A. MACHADO. "Humorismos, fantasías, apuntes". Pág. 703. O. C.
(637) BAROJA. "Desde la última vuelta del camino". Tomo VII, pág. 670. "Obras Completas".
(638) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.033. O. C.
(639) UNAMUNO. "Romancero del destierro". Antología Poética. Pág. 386. Ediciones Escorial, Madrid, 1942.
(640) UNAMUNO. "Lecturas españolas clásicas.—Bernal Díaz del Castillo". Tomo V, pág. 129. "Obras Completas".
(641) UNAMUNO. Idem.
(642) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.073. O. C.

LA MUERTE COMO DESCANSO Y FINALIDAD

manera o actitud con que pasarán esta última hora; la Naturaleza les enseña a no pensar en la muerte, sino cuando se mueren, y entonces ellos lo hacen con mejor gracia que Aristóteles». Lectura tras la cual nos dice: «Yo leo y releo estas palabras y después me quedo gratamente dormido...» (643).

LA MUERTE COMO DESCANSO Y FINALIDAD

Con la Muerte, nos dice VALLE INCLÁN, «¡...acabarían de una sola vez tantos sufrimientos!» (644), descansaríamos con ese descanso para el que «no basta estar sentado..., ni basta estar dormido...», para el que «es preciso estar muerto» (645).

Muerte como descanso en MACHADO que, cuando

*«El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.»*

canta:

*«¡Y tú, sin sombra ya, duermes y reposas,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente
duermes un sueño tranquilo y verdadero.»(646)*

(643) AZORÍN. "Fantasías devaneos.—En el convento". Tomo IV, pág. 70. "Obras Completas".

(644) VALLE INCLÁN. "El yermo de las almas". Tomo I, pág. 37. O. C.

(645) VALLE INCLÁN. "Aguila de Blasón". Tomo I, pág. 574. O. C.

(646) A. MACHADO. "Soledades". Pág. 654. "Obras Completas".

MUERTE

Esperanza de paz ganada y bálsamo para la fatiga en
UNAMUNO, que canta también:

«.....
*La vida es una batalla,
llega la paz con la muerte.» (647)*

y cantando reza:

*«Méteme, Padre Eterno, en tu pecho,
misterioso hogar,
dormiré allí, pues vengo deshecho
del duro bregar.» (648)*

Y con la Muerte comenzaremos el otro, el definitivo, em-
pezar:

«.....
*es noche, toda noche, o amanecer divino
con aromas de nardo y música de trino;
un perfume de gracia y luz ardiente mística,
eternidad sin horas y ventura eucarística.» (649)*

nos dice VALLE INCLÁN.

MACHADO nos consuela:

*«Morir es resucitar
a una cosa tan hermosa,
tan magnífica... No quiero
que lloréis.....» (650)*

(647) UNAMUNO. "Cancionero", n.º 814. Pág. 247. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(648) UNAMUNO. "Poesías". Antología Poética. Pág. 52. Ediciones Escorial. Madrid, 1942.

(649) VALLE INCLÁN. "Aromas de leyenda". Tomo I, pág. 1.088. O. C.

(650) A. MACHADO. "Juan de Mañara". Pág. 388. O. C.

LA MUERTE COMO NECESIDAD PARA LA VIDA

UNAMUNO nos afirma, sintiendo apoyo firme en su angustia de Eternidad:

*«Yo fui; siempre sombras que huyen
bajo la eternidad;
recuerdos que al nacer concluyen;
la muerte es la verdad.» (651)*

Esa angustia que atenazando también a AZORÍN le hace gritar por boca de Pascual Verdú, como hemos ya citado: «Yo no quiero creer que esto sea todo perecedero, que esto sea todo mortal y deleznable, que esto sea todo materia», y responderse a sí mismo: «No, no AZORÍN; todo no es perecedero, todo no muere... ¡El espíritu es inmortal! ¡El espíritu es indestructible! (652).

Inmortalidad, sin embargo, que necesita otro mundo, «el mundo de la verdad» (653), como le llama VALLE INCLÁN, mundo que está allá tras esa puerta de la libertad que es la muerte.

La Muerte, descanso para el cuerpo que arrastra la servidumbre de ser barro, es libertad del alma, de esa alma que, nos dijo UNAMUNO (654), hubimos de «hacer» mientras la vida.

LA MUERTE COMO NECESIDAD PARA LA VIDA

La muerte es hechura de la vida, es natural y fisiológica y en nuestro sufrir la comprendemos; mas a la muerte hay que llegar viviendo y para vivir la necesitamos.

(651) UNAMUNO. "Cancionero", n.º 549. Pág. 180. Editorial Losada. Buenos Aires, 1953.

(652) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.067. O. C.

(653) VALLE INCLÁN. "Corte de amor". Tomo II, pág. 271. O. C.

(654) UNAMUNO. "Visiones y Comentarios". Pág. 132. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

MUERTE

«La vida se engendra de la muerte; no podría haber formas nuevas, si las antiguas no perecieran» (655), nos recuerda AZORÍN.

«La muerte es fecunda y crea la vida, aunque sólo sea para entretenerse con ella» (656), ironiza GANIVET.

VALLE INCLÁN, con intuición genial, afirma: «Sólo la amenaza de morir perpetúa las formas terrenales... Si en las claras entrañas de los cristales no se engendran hijos, es por su ilusión de eternidad, y las entrañas de la mujer son fecundas porque son mortales. Los monstruos gigantescos que rugieron ante la caverna del adamita, y fueron amenaza para todos los seres vivos, perecieron porque la lujuria se enfrió en ellos. Como eran llenos de fuerza y de dominio, estaban libres del terror de la muerte, y ninguna voz de la naturaleza pudo advertirles que no eran eternos. La muerte es la divina causalidad del mundo» (657). Imposible exponer con más perfección y poesía, la sabiduría que encierra la hermosa paradoja preñada de verdad y sugerencia; la muerte es la divina causalidad del mundo, del mundo de los vivos.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

¿Cómo se siente la muerte?

«Cuando la muerte viene, cuando se produce, ya no podemos sentirla. Si la sintiéramos no sería muerte. No podemos

(655) AZORÍN. "Palabras al viento.—Somos iconoclastas". Tomo VII, página 469. "Obras Completas".

(656) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 227. "Obras Completas".

(657) VALLE INCLÁN. "La media noche". Tomo II, pág. 660. O. C.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

sentir ese momento, brevísimo, infinitesimal, en que dejamos de existir. No podemos sentir, en el sueño profundo, una milésima de segundo después de haber penetrado en él, que nos hemos dormido» (658). Al así decir, AZORÍN coincide con el pensar de Epicuro, de que «mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos»; pensar que a su vez nos recuerda MACHADO, para decirnos, con su gracejo, que «con este razonamiento, verdaderamente aplastante, pensamos saltarnos la muerte a la torera, con helénica agilidad de pensamiento» (659).

No podemos desde fuera negar la existencia de la muerte, pero, ciertamente, no podremos sentirla.

La muerte, sin embargo, necesita aproximarse; ya «silenciosa», según MACHADO (660); ya «susurrándonos al oído», según UNAMUNO (661); «con paso tardo» o «al proviso», según AZORÍN (662); y por nuestra parte nos preguntamos: cuando se acerca, cuando se aproxima, ya que no sentirla, ¿podremos a lo menos presentirla?

En el conjunto de la obra que estudiamos, la muerte aparece con importante frecuencia.

Independientemente de la muerte por acto de violencia, hemos recogido hasta setenta y siete referencias de muerte por enfermedad; setenta y siete referencias a personajes que mueren de «su muerte» según la expresión de Bernal Díaz del Castillo, que nos actualizó UNAMUNO. En estas referencias, UNAMUNO, AZORÍN y BAROJA, nos han dejado tes-

(658) AZORÍN. "Cervantes.—La casa encantada". Tomo IV, págs. 1.100 y 1.101. "Obras Completas".

(659) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.073. O. C.

(660) A. MACHADO. "Campos de Castilla". Pág. 796. O. C.

(661) UNAMUNO. "En torno a la lengua española.—Intermedio lingüístico". Tomo VI, pág. 662. "Obras Completas".

(662) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectificá". Tomo VII, pág. 1.217. "Obras Completas".

MUERTE

timonios numerosos de este posible presentimiento que indagamos.

Presentimiento como «sentido de la muerte» (663) que el cáncer, de pronto, abre a Jorge Friginals —según nos cuenta UNAMUNO— cuando en pleno vigor físico, en plena prosperidad, en pleno triunfo, soñando con hacer dos hombres de estudio de sus hijos, acaba viendo cómo le llega la muerte. Sentido de la muerte que UNAMUNO nos confirma por boca de Augusto, el héroe de su novela «Niebla», cuando nos dice: «El alma, al enterarse de que va a morir, se entristece o se exalta; pero el cuerpo, si es un cuerpo sano, entra en apetito furioso» (664), porque —nos advierte— «también el cuerpo se entera» (665). (Augusto presintió su muerte por el voraz apetito de su cuerpo).

Presentimiento como «sentido adivinatorio» del fin próximo, que en «María Fontan» de AZORÍN, le hace predecir a Lucien de Lannoy, gravemente enfermo tras un ataque de uremia: «mi fin está cercano. El ataque se repetirá; sé que ya no me quedan más que unos momentos de vida, por ese presentimiento o sentido adivinatorio que tienen los enfermos muy graves cuando se acerca su fin» (666). Presentimiento como «algo en el enfermo que le advierte, con cierto misterio, que su mal es irremediable» (667).

Presentimiento, como tal, cargado de fuerza y de misterio, del que nos da fe la exquisita sensibilidad del propio UNAMUNO, cuando en proféticos versos escribe:

«.....
.....

(663) UNAMUNO. "Sobre la literatura catalana.—La muerte de Jorge Friginals". Tomo V, pág. 560. "Obras Completas".

(664) UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 857. "Obras Completas".

(665) UNAMUNO. Idem.

(666) AZORÍN. "María Fontan". Tomo VII, pág. 539. O. C.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

*Aquí, de noche, sólo, éste es mi estudio;
los libros callan;
mi lámpara de aceite
baña en lumbre de paz estas cuartillas,
lumbre cual de sagrario;
los libros callan;
de los poetas, pensadores, doctos,
los espectros duermen;
y ello es como si en torno me rondase
cautelosa la muerte.
Me vuelvo a ratos para ver si acecha,
escudriño lo oscuro,
trato de descubrir entre las sombras
su sombra vaga,
pienso en la angina;*

.....
*Tiemblo de terminar estos renglones
que no parezcan
extraño testamento,
más bien presentimiento misterioso
del allende sombrío,*

.....» (668)

En la obra de UNAMUNO, de treinta y tres muertes no violentas que hemos recogido, diecisiete de ellas son inequívocamente presentidas. AZORÍN, entre diecisiete muertes del mismo tipo, nos da noticia de presentimiento en ocho. BAROJA, entre veintisiete muertes, nos habla de presentimiento en once.

La importancia del número de veces en que se nos da fe del presentimiento, es más notoria si tenemos en cuenta

(667) AZORÍN. "El enfermo". Tomo VI, pág. 867. O. C.

(668) UNAMUNO. "Incidentes domésticos". Antología Poética, pág. 114. Ediciones Escorial. Madrid, 1942.

MUERTE

que de las dieciséis muertes en que UNAMUNO no cita el mismo, en trece de ellas se limita a decirnos que dicha muerte existió, sin añadir ningún otro dato o descripción del porqué o de la manera; en otras dos solamente nos habla, a la ligera, del diagnóstico o de lo que podría ser el diagnóstico; y en una, únicamente refiere ligera descripción sobre la manera de morir.

En el caso de AZORÍN, de las nueve muertes que nos cita sin presentimiento, en cuatro de ellas no nos da tampoco ningún otro dato; de las otras cinco, solamente en tres nos habla, más o menos a la ligera, del diagnóstico; y en las otras dos, también a la ligera, únicamente del modo de realizarse. En cuanto a BAROJA, cinco de las dieciséis muertes en las que no hemos podido recoger presentimiento alguno, son mencionadas sin ningún comentario o circunstancia que las describa o analice; de las otras once, siete de ellas tienen datos únicamente sobre diagnósticos, tres sobre diagnóstico y manera de realizarse, y una, únicamente datos sobre la forma en que se desarrolló.

En todos los casos de muerte en que podemos encontrar el presentimiento —según hemos visto ya por alguno citado y como veremos a continuación por los que exponemos— cuando la muerte llegó, había sido percibida, estaba siendo esperada; un sentimiento adivinatorio, un sentido especial que se abre en el moribundo, había advertido que la cita era inevitable.

Son interesantes en extremo las referencias que podemos presentar a continuación.

UNAMUNO, en su obra «El Marqués de Lumbría», nos cuenta que Luisa «sentíase morir, que se le derretía gota a gota la vida» (669). «Se me va la vida como un hilito de agua,

(669) UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.023. "Obras Completas".

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

decía; siento que se me adelgaza la sangre; me zumba la cabeza, y si aún vivo, es porque me voy muriendo muy despacio...» (670). En el último momento, Luisa, nos dice UNAMUNO, encomienda a su hijo y perdona a quien cree debe perdonar cuando «sintió que el hilito de su vida iba a romperse» (671). Inmediatamente después, Luisa, de acuerdo con su sentir, murió.

En «Nada menos que todo un hombre», sabemos que Julia se puso enferma con un mal terrible que le andaba por las entrañas y la iba matando. Julia, que iba perdiendo la vida gota a gota, mientras sonreía a Alejandro, que enloquecido la quería dar su aliento, traspasarle su calor, el calor que se le escapaba a ella, nos cuenta UNAMUNO que decía: «Me muero, Alejandro, me muero» (672), y, segura de su fin, ante la rebeldía de Alejandro, que se apretaba más y más, queriendo retenerla, repetía: «Sí, me muero...» (673). Poco después Alejandro no tenía entre sus brazos más que un despojo con yerta y exánime hermosura.

En «La tía Tula», Rosa, que ha quedado quebrantadísima de su tercer parto, tiene malos presentimientos» (674), que nos advierte no son agüeros, cuando nos dice: «siento que se me va la vida» (675). Rosa, que vivía como en sueños, viéndolo todo como a través de una niebla, con un hálito febril confirma: «Mira, Tula, yo me muero y me muero sin remedio» (676). Poco después, aferrada a Ramiro, que vacilaba sintiéndose arrastrado, cayó muerta.

(670) UNAMUNO. "El marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.023. O. C.

(671) UNAMUNO. Idem.

(672) UNAMUNO. "Nada menos que todo un hombre". Tomo II, pág. 1.069. "Obras Completas".

(673) UNAMUNO. "Nada menos que todo un hombre". Tomo II, pág. 1.070. "Obras Completas".

(674) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.104. O. C.

(675) UNAMUNO. Idem.

(676) UNAMUNO. Idem.

MUERTE

También Ramiro, el marido de Rosa, cuando le llegó su hora, dice a Gertrudis: «Yo me muero, Tula, yo me muero sin remedio. Siento que el corazón no quiere ya marchar, a pesar de todas las inyecciones; yo me muero...» (677). Al día siguiente, la muerte de Ramiro confirmaba su presentimiento.

Manuela, personaje también de «La tía Tula», que concentraba su vida y su ánimo todo en luchar, al modo de una planta, por la otra vida que llevaba en su seno, profetizaba igualmente a Gertrudis: «Yo, señora, me muero; no voy a poder resistir esta vez, este parto me cuesta la vida» (678). Manuela dio a luz y se iba en sangre; Manuela murió.

La propia tía Tula, en su grave enfermedad, dice: «me siento derretir» (679) y presiente con temor que «si tarda» en nacer el hijo que espera Caridad, no le conocerá. Cuando la fiebre la tiene postrada en la cama, ante su partir que adivina, quiere despedirse de todos mientras les dice: «Esto es, hijos míos, la última fiebre, el principio del fuego del Purgatorio...» (680). La tía Tula, acertando, no llegó a conocer al hijo de Caridad.

En el escrito sobre «Nemesio Mogrobejo», nos refiere UNAMUNO que el último año de éste fue de tormento, que «se sentía morir, sentía que se le iba desprendiendo, que se le iba derritiendo aquel cuerpo ágil, musculoso y enérgico, aquel cuerpo que él, escultor, tanto amó» (681). Nemesio Mogrobejo, deshecho de cuerpo y alma, cual pájaro herido busca refugio; según nos informa UNAMUNO, «se fue a morir a Gratz, fue a descansar junto a la tumba amada» (682).

(677) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.141. O. C.

(678) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.143. O. C.

(679) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.160. O. C.

(680) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.167. O. C.

(681) UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao.—Nemesio Mogrobejo". Tomo I, pág. 791. "Obras Completas".

(682) UNAMUNO. Idem.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

Amparo, la madre de «Soledad», de la que nos cuenta UNAMUNO cayó en cama gravemente enferma, mientras su corazón desfallecía por momentos, sabemos también que «comprendió que no vivía sino para dar a luz a su hija, hasta ponerla en el hogar tenebroso» (683). Y esto así, hasta tal punto, que adivinando su fin, llamó a su marido para decirle: «es que yo me muero, Pedro; es que no voy a poder resistir esto» (684). En efecto, Amparo murió después de haber dado a luz a su hija; sólo tuvo tiempo de percatarse de que era niña, como ella deseaba.

En «Paz en la guerra», una nueva recaída en su enfermedad llevó al tío Miguel a las puertas de la muerte. Cuando le llevaron al Señor, por ser época de cumplimiento, le dijeron que era por devoción. El tío Miguel —nos advierte UNAMUNO— «fingió creerlo con el ánimo hundido y avivadas sus solitarias fantasías por la expectativa del fin cercano» (685). Hasta tal punto está consciente de su fin, que pregunta a su sobrina Rafaelilla: «¿Te acordarás de tu pobre tío, el solterón raro?» (686). Al poco rato, el tío Miguel «empezó a pensar en la comedia de la muerte» (687), y todo se lo imaginaba tranquilo, sin temor alguno.

También en «Paz en la guerra», Josefa Ignacia, enferma de mal interior, según ella dice, permitió al fin ser vista por el médico. Ya era tarde. En vano se quiso ocultarla su estado, pues, nos dice UNAMUNO, «sentíalo ella» (688) sin concederle importancia. Convencida de su fin hacía recomendaciones a su marido, Pedro Antonio. Cuando la llevaron el Viático «encontró su vista a la del compañero de su vida

(683) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Soledad". Tomo II, pág. 584. "Obras Completas".

(684) UNAMUNO. Idem.

(685) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 229. O. C.

(686) UNAMUNO. Idem.

(687) UNAMUNO. Idem.

(688) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 317. O. C.

MUERTE

y sintió piedad de él, que se quedaba solo» (689). Al anoche-
cer se cumplió la cita que Josefa Ignacia esperaba.

En «El abejorro», Gabriel nos habla de su padre. El pa-
dre de Gabriel estaba gravemente enfermo, pero ello no im-
pide los paseos que padre e hijo, los dos solos, hacen casi
todos los días al anochecer a través del campo. El enfermo
se fatigaba mucho y tenía que sentarse a cada paso. Una
tarde, el padre habló a Gabriel, nos cuenta UNAMUNO, de «su
cercana muerte» (690). Otro día, el otro antes de que le bro-
tara el chorro de sangre de la boca, le advirtió: «¡qué mal
estoy, hijo!» (691). Luego, cuando el chorro de sangre bro-
tó, tras él, antes de terminar, afirma categóricamente como
quien ve claro. «Yo me muero, Gabriel...» (692), y así fue.

El Marqués de Lumbría, nos dice UNAMUNO, «sentía que
se le iba la vida y se agarraba a ella» (693); «sólo me queda
prepararme a bien morir» (694), se lamentaba. Agarrándose
con desesperado tesón a la vida, conociendo y esperando la
próxima llegada al mundo de quien podría ser su sucesor,
ansioso, viendo acortarse inexorablemente el plazo pregun-
taba: «¿Tardará?... Pues no me voy, no debo irme hasta
recibir al nuevo Marqués...» (695). La muerte presentida supo
esperar. Llegó el nacimiento y el Marqués, antes de partir,
pudo besar a su sucesor.

De Joaquín Monegro, en «Abel Sánchez», postrado en el
lecho por oscura enfermedad, sabemos que, «sintiéndose mo-

(689) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 318. O. C.

(690) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El abejorro". Tomo II, pá-
gina 648. "Obras Completas".

(691) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El abejorro". Tomo II, pá-
gina 649. "Obras Completas".

(692) UNAMUNO. Idem.

(693) UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.021. O. C.

(694) UNAMUNO. Idem.

(695) UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.021. O. C.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

rir» (696), llama a sus hijos, a su mujer, a Elena, para librarse de un remordimiento. Gracias al presentimiento puede Joaquín Monegro liberarse a tiempo de su carga, pues horas después rendía su último cansado suspiro.

El propio Abel Sánchez, antes de morir, no sabemos si por una angina de pecho emocional o por la violencia causante de esta emoción, antes de dar el último suspiro no tenía duda de la realidad de su fin, cuando llevándose las manos al pecho suspira: «¡Me muero!» (697).

Matilde, la pobre Matilde de la «Historia muy vulgar» de UNAMUNO, va languideciendo, palideciendo, marchitándose y ajándose. Matilde, a pesar de su juventud, dice a su madre: «¡Yo estoy muy mala, madre; yo me muero...!» (698), presentiendo así el día que se la llevó la Virgen de la Fresneda para que la retozasen los ángeles.

Tras las anteriores referencias de UNAMUNO, son interesantes también las análogas que podemos exponer a continuación de AZORÍN.

En Adiciones a «Las confesiones de un pequeño filósofo», AZORÍN nos habla de la muerte de la madre y del padre, dos claros ejemplos del presentimiento de la muerte.

Hablando de la madre, nos dice AZORÍN: «Le gustaba la vida del campo... Cuando estuvo en el campo la última vez —ya enferma— se despidió diciendo que no volvería más» (699). En efecto, AZORÍN nos dice: «No volvió más a recorrer aquel campo bordeado de pinos y de viñedos, murió tres meses después» (700).

(696) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 973. O. C.

(697) UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 972. O. C.

(698) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Historia muy vulgar". Tomo II, pág. 521. "Obras Completas".

(699) AZORÍN. "Adiciones a las Confesiones de un pequeño filósofo". Tomo II, pág. 1.170. "Obras Completas".

(700) AZORÍN. Idem.

MUERTE

Del padre nos dice que murió a los setenta y cuatro años. No había estado nunca enfermo. Un día cogió un ligero enfriamiento y empezó a apagarse su vida. Dos días antes de morir pronunció estas palabras: «El mundo se ha acabado ya para mí» (701). El mismo, él que siempre rehuía cuanto se relacionaba con el trance supremo, que no podía ir a los entierros ni hablaba de muertos ni cosas lúgubres, seguro ahora en su presentimiento, él mismo dispuso su entierro.

En «El Ideal de Montaigne», Alejandro murió de apoplejía. Le gustaba comer bien y mucho. Una noche, en plena alegría, después de la cena le han ofrecido una copa de ron a Alejandro. «El la tomó y la tuvo un momento en la mano; luego se la bebió. Pero cuando apartó la copa de los labios, hizo una mueca de disgusto» mientras decía: «Esta copa me ha sabido a veneno» (702). AZORÍN mismo nos llama la atención sobre la afirmación de Alejandro diciéndonos que «tal vez era un presentimiento» (703). Siguió la fiesta; de repente Alejandro se alejó del grupo y fue a sentarse a una mesa; puso el codo sobre el mármol, apoyó la cabeza en la palma de la mano, cerró los ojos y dio un ronquido. Creyeron que estaba dormido. Había muerto.

AZORÍN nos cuenta su visita a la casa de Pereda, el novelista. Pereda se encuentra enfermo. Ha tenido un ataque y está sin habla. Desea, sin embargo, ver a AZORÍN. La esposa de Pereda, nos cuenta aquél, hace de intermediaria. La noble dama dice que está esperando al médico. Los labios del novelista se remueven sordamente. «Dice —exclama luego la esposa del novelista interpretando sus gestos y son-

(701) AZORÍN. "Adiciones a las Confesiones de un pequeño filósofo". Tomo II, pág. 1.171. "Obras Completas".

(702) AZORÍN. "Los pueblos.—El ideal de Montaigne". Tomo II, pág. 178. "Obras Completas".

(703) AZORÍN. Idem.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

riendo penosamente—, dice que es al enterrador a quien esperamos» (704). Meses después, Pereda moría.

En el «Diario de un enfermo», la mujer se muere, se muere sin remedio. Ha querido levantarse al balcón a ver el paisaje y no puede sostenerse; se ha sentado rendida. Sus ojos han brillado con suprema tristeza. Al amanecer ha llamado al marido; éste, precipitadamente, ha entrado en su habitación. Al verle, le «ha tendido en ansiosa despedida los brazos» (705); no le falló el presentimiento.

AZORÍN, en su escrito «El mundo exterior...» nos cuenta cómo en una venta se han encontrado los dos personajes, de los dos tenemos noticias por el romance popular que él mismo nos cita:

*Topáronse en una venta
la Muerte y Amor un día,
ya después de puesto el sol
al tiempo que anocheecía.*

Las armas que el Amor y la Muerte llevaban consigo, entregáronlas al ventero para su guarda. El Amor le confió el carcaj con las flechas, y la Muerte su afilada segur. AZORÍN nos dice que al gallinico, después de pasar la noche, se levantaron, para reanudar su marcha, la Muerte y el Amor, y el ventero, por culpa de un tintillo de Yepes, se equivocó en la restitución de las armas; a la Muerte le dio el carcaj, y al Amor la segur. Andando, andando, la Muerte llegó a su destino. En una cama, silencioso, yace en el lecho un anciano; está deshauciado, «ve llegada la hora postrimera» (706), nos dice AZORÍN, no hay apelación. La Muerte llega

(704) AZORÍN. "Clásicos futuros.—En casa de Pereda". Tomo VIII, pág. 95. "Obras Completas".

(705) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 731. O. C.

(706) AZORÍN. "Pensando en España.—El mundo estaría mejor". Tomo V, pág. 945. "Obras Completas".

MUERTE

con sus armas cambiadas y ocurre lo sorprendente. La Muerte se ha marchado dejando al anciano que, mientras revive, sus ojos miran fijamente los ojos de la gentil enfermera. «Hace un instante, el enfermo se sentía opreso por una congoja que él reputaba premonición de la muerte» (707). A pesar del sorprendente resultado, el anciano no se equivocaba; la muerte caminaba hacia él, la muerte, incluso, llegó. El error no fue de su presentimiento, fue de la muerte; mejor dicho, del ventero.

El presentimiento otras veces es inconcreto.

Pablo Pacheco, al volver una noche de la vendimia «siente desasosiego» (708), se acuesta; a los dos días expira.

Lucila, nos dice AZORÍN en su obra «París», estaba enferma de un mal incurable; aunque ella no sabía la irremediabilidad de su mal, «había en su persona esa languidez de quien se siente herida mortalmente» (709).

También BAROJA nos proporciona interesantes testimonios del presentimiento en la muerte.

En «Las mascaradas sangrientas», sabemos que D. Francisco Xavier está enfermo, muy grave, en peligro de muerte según el médico que le asiste. El presentimiento en él es exacto, inequívoco; ha llamado a su hijo y le dice: «...esto ya no tiene remedio... no pasaré de esta noche... No es aprensión. Estoy seguro. No pasaré de esta noche» (710). Por la noche el buen hidalgo empieza a perder la realidad de este mundo; por la mañana se fue de él.

En «El laberinto de las sirenas», de Roberto —muy enfer-

(707) AZORÍN. "Pensando en España.—El mundo estaría mejor". Tomo V, pág. 945. "Obras Completas".

(708) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 727. O. C.

(709) AZORÍN. "París". Tomo VII, pág. 1.054. O. C.

(710) BAROJA. "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 563. "Obras Completas".

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

mo— nos dice BAROJA que «tenía el conocimiento de que se iba a morir» (711), y, tal es así, que pidió a D. Juan «que quemara sus papeles y su cadáver en la playa» (712). Una tarde, al anochecer, la certeza del sentimiento es absoluta. «Siento que me muero» (713), dice Roberto; pide a su gente que venga junto a él, estrecha a todos la mano y, poco después, de acuerdo con su presentimiento, estaba muerto.

Eduardo von Stein, personaje también de «El laberinto de las sirenas», ve llegar la muerte y, ante ella, necesita descargar su conciencia de un secreto que lleva arrastrando. Stein comenzó su confesión a OHeil diciendo: «Estoy enfermo... muy grave... y voy a morir... Antes de morir quisiera contarle...» (714). Al terminar el invierno, Stein murió.

En «Las noches del Buen Retiro», Jaime Thierry está gravemente enfermo. BAROJA nos advierte que Thierry «estaba convencido de su muerte próxima» (715); tanto es así que Thierry, mirando el retrato de Concha, le hablaba en voz baja y lo besaba mientras decía: «Mira aquí a Jaime, enfermo, solo, febril, moribundo, desangrándose. Si hay otra vida tú me acogerás» (716). Presintiendo su fin, encarga que, «cuando muriese» (717), le entierren con ese retrato de Concha con el que ha dialogado previendo su cita, cita que le hace decir, como si temiera llegar tarde: «Lo único que deseo es que esto termine lo más pronto posible» (718). Y así fue.

La madre de Manuel, la Petra, personaje de «La busca», está enferma y en su estado ha llegado a un aniquilamiento

(711) BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. "Obras Completas".

(712) BAROJA. Idem.

(713) BAROJA. Idem.

(714) BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.318. "Obras Completas".

(715) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 714. O. C.

(716) BAROJA. Idem.

(717) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 715. O. C.

(718) BAROJA. Idem.

MUERTE

mortal. La Petra advierte la proximidad de su último momento y pide el sacerdote, diciendo a su hijo: «Llámale a D. Jacinto y dile que estoy peor» (719). D. Jacinto cree que es aprensión, y la Petra, con su comentario que murmura tristemente: «¡Sí; buena aprensión!» (720), nos da certeza de su presentimiento, certeza que le hace pedir le acerquen el cuadro de la Virgen. Poco después, la realidad de la muerte atestigua el valor del presentimiento.

Lulú, en «El árbol de la ciencia», tras su parto y alumbramiento laborioso, con su organismo en un estado de gran debilidad, incapaz de reaccionar, «tenía la seguridad de que se iba a morir», como así fue a la mañana del tercer día (721).

Juan, en «Aurora roja», con su enfermedad en grado muy avanzado, nos dice: «Nunca he sido tan feliz. Parece que la proximidad de la muerte ha de ser terrible, ¿verdad? Pues yo la veo venir como una cosa tan vaga, tan dulce» (722). Juan, que ve venir la muerte, al anochecer se despide con conciencia de su marcha: «Adiós, compañeros, yo he cumplido mi misión, ¿verdad?... Seguid trabajando... ¡Adiós!» (723). A la mañana siguiente, Juan ya no estaba con los vivos.

También en «Aurora roja», nos cuenta BAROJA cómo don Alonso —al que le llega trágicamente la muerte, sin que nadie lo advierta, en la misma camilla en que es llevado al Hospital del Cerro del Pimiento— durante su enfermedad piensa con angustia: «Yo tengo algo muy grave y quizá me vaya a morir» (724); y luego, cuando la fiebre aumenta, D. Alonso murmura convencido: «Ya vendrá la buena» (725).

-
- (719) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 339. "Obras Completas".
(720) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 340. "Obras Completas".
(721) BAROJA. "El árbol de la ciencia". Tomo II, pág. 569. O. C.
(722) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 652. O. C.
(723) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 653. O. C.
(724) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. O. C.
(725) BAROJA. Idem.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

BAROJA nos cuenta en «Los caudillos de 1830», que el tío Juan, desencajado, sin poder respirar, mientras se queja del pecho, de la fatiga, advierte: «...Me muero» (726). «Señor, que me dejen morir en paz» (727), exclama, ante el incordio de los que le rodean, cuando siente con certeza la proximidad de la muerte.

Al padre de Silvestre Paradox, días antes de morir ya le vemos habituado a la muerte, contando con ella como quien ha preparado un plan de conjunto y comenta sus ventajas y sus inconvenientes. «Si no fuera por ellos, moriría contento. Crea usted que deseo acabar; derretirme en la nada. Estoy fatigado de vivir» (728), decía un día. No le falló el presentimiento de su muerte.

Tampoco le falló a sor Juana, de quien nos dice BAROJA en «La venta de Mirambel», que, al parecer, sufría una enfermedad de languidez, una apatía y un cansancio profundos; así un momento antes de morir, un claro día de otoño, «repitió con unción estos versos de San Juan de la Cruz:

*«Del agua de la vida
mi alma tuvo sed insaciable;
desea la salida
del cuerpo miserable
para beber de esta agua perdurable.» (729)*

La muerte, pues, aún algo lejos, puede ser presentida de muy diversas maneras. La muerte, según se va aproximando, se la siente cercana (730), se la ve venir (731), se siente

(726) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 989. O. C.

(727) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 993. O. C.

(728) BAROJA. "Silvestre Paradox". Tomo II, pág. 19. O. C.

(729) BAROJA. "La venta de Mirambel". Tomo IV, pág. 935. O. C.

(730) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El abejorro". Tomo II, pág. 648. "Obras Completas".

(731) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 652. O. C.

MUERTE

como que se va la vida (732), que el hilo se rompe (733); hay incluso un fulgor de eternidad en los ojos de quien ve la muerte cerca (734). Luego, cuando la muerte ya mira cara a cara, se siente el morir (735); se siente que el cuerpo y la vida se derriten (736); se siente desasosiego (737); se siente el cuerpo desprenderse (738), deshacerse (739). Se abre el «sentido de la muerte», de UNAMUNO (740), el «sentido adivinatorio» del fin, de AZORÍN (741); el alma y el cuerpo se enteran de que van a morir (742) y se presiente el momento,

(732) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 318. O. C.; "El Marqués de Lumbría". Tomo II, págs. 1.021 y 1.023. O. C.; "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.104 "Obras Completas".

(733) UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.023. O. C.

(734) AZORÍN. "Castilla.—La fragancia del vaso". Tomo II, pág. 711. "Obras Completas".

(735) UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao.—Nemesio Mogrobojo". Tomo I, pág. 791. O. C.; "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 973. O. C.; "El Marqués de Lumbría" Tomo II, pág. 1.023. O. C.; BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. O. C.

(736) UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao.—Nemesio Mogrobojo". Tomo I, pág. 791. O. C.; UNAMUNO. "El Marqués de Lumbría". Tomo II, pág. 1.023. O. C.; UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, págs. 1.159 y 1.160. "Obras Completas".

(737) AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 727. O. C.

(738) UNAMUNO. "Sensaciones de Bilbao.—Nemesio Mogrobojo". Tomo I, pág. 791. "Obras Completas".

(739) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.159. O. C.

(740) UNAMUNO. "Sobre la literatura catalana.—La muerte de Jorge Fraguinals". Tomo V, pág. 560. "Obras Completas".

(741) AZORÍN. "María Fontán". Tomo VII, pág. 539. O. C.

(742) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, págs. 223, 229 y 318. O. C.; UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 857. O. C.; AZORÍN. "Diario de un enfermo". Tomo I, pág. 731. O. C.; AZORÍN. "Los pueblos.—El ideal de Montaigne". Tomo II, pág. 178. O. C.; AZORÍN. "Adiciones a las confesiones de un pequeño filósofo". Tomo II, págs. 1.170 y 1.171. O. C.; AZORÍN. "Pensando en España.—El mundo estaría mejor". Tomo V, pág. 945. O. C.; AZORÍN. "París". Tomo VII, pág. 1.054. O. C.; AZORÍN. "Clásicos futuros.—En casa de Pereda". Tomo VIII, pág. 95. O. C.; BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 339. O. C.; BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 597. O. C.; BAROJA. "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 563. O. C.; BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 714. O. C.; BAROJA. "La venta de Mirambel". Tomo IV, pág. 935. O. C.; BAROJA. "Silvestre Paradox". Tomo II, pág. 19. O. C.; BAROJA. "El laberinto de las sirenas". Tomo II, pág. 1.328. O. C.

SENTIMIENTO Y PRESENTIMIENTO DE LA MUERTE

«...presentimiento misterioso
del allende sombrío...» (743)

presentimiento que hace exclamar «me muero» (744), con certeza fallida.

Y cuando, ya muy cerca, la muerte tiende sus manos en trágica e ineludible invitación de partida, se puede sentir, como sintió Jugo de la Raza (745) sobre su frente, «el soplo del aleteo del Angel de la Muerte», y se llega hasta a oír el aleteo, «el aleteo de la muerte» (746) de que nos habla UNAMUNO. El aleteo que le hizo cantar a éste

«Cuando calla el Dolor se oye a la Muerte
las alas tenebrosas
batir en los profundos
.....» (747);

el aleteo que la sensibilidad de AZORÍN nos describe como «ese algo desconocido, terrible y misterioso que tenemos espanto de precisar» y que «flota en el aire» en esas horas tristes en las que «un ruido, una sombra, la caída de un mueble, una palabra que se escapa indiscreta, un grito lejano, el zumbido de un insecto, hacen saltar nuestros nervios con una vibración angustiosa»; en esos instantes en los que creemos ver «en todas estas cosas augurios y coincidencias fatídicas y extrañas» (748).

(743) UNAMUNO. "Poesías". Pág. 115. Ediciones Escorial. Madrid, 1942.

(744) UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Historia muy vulgar". Tomo II, pág. 521. O. C.; UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—Soledad". Tomo II, pág. 584. O. C.; UNAMUNO. "El espejo de la muerte.—El abejorro". Tomo II, pág. 649. O. C.; UNAMUNO. "Abel Sánchez". Tomo II, pág. 972. O. C.; UNAMUNO. "Nada menos que todo un hombre". Tomo II, pág. 1.069. O. C.; UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, págs. 1.104, 1.141 y 1.143. O. C.; BAROJA. "Los caudillos del 1830". Tomo III, pág. 989. "Obras Completas".

(745) UNAMUNO. "Cómo se hace una novela". Tomo IV, pág. 945. O. C.

(746) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 181. O. C.

(747) UNAMUNO. "Poesías". Pág. 71. Antología poética. Ediciones Escorial. Madrid, 1942.

(748) AZORÍN. "Clásicos futuros.—En casa de Pereda". Tomo VIII, págs. 92 y 93. O. C.

MUERTE

La muerte, concluimos, cuando se aproxima, cuando se acerca, podremos presentirla, podremos oír sus movimientos, su aleteo; pero no podremos sentir su realidad. La Muerte, como experiencia propia, nos será desconocida.

LA MUERTE COMO SUCESO

De esta muerte que es misterio, que hemos visto como término natural, como descanso y finalidad, e incluso como necesidad para la vida; de esta muerte que no podremos sentir pero sí, quizá, presentir y hasta oír cuando se acerque, nos interesaría saber cómo es el espectáculo de su llegada, como *se hace* sobre el ser.

Saber de esa llegada, que, según AZORÍN (749), escoge preferentemente «esas horas altas de la noche», esas horas que «poseen una significación de que carecen las otras horas del día» y en las que expiran, «más que en otras, los enfermos graves»; horas en las que «el alma se desprende del cuerpo y va, en el silencio de la noche, en busca del reposo eterno».

Saber de ese hacerse, que BAROJA y UNAMUNO nos dicen es sin dolor (750), e, incluso, dulce en su ser o al presentirse (751).

(749) AZORÍN. "Pensando en España.—El secreto de Cervantes". Tomo V, pág. 935. "Obras Completas".

(750) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.202. O. C.; BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 715. O. C.; UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 716. O. C.

(751) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 652. O. C.; BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.199. O. C.; BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 1.005. O. C.; UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 716. O. C. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.169. "Obras Completas".

LA MUERTE COMO SUCESO

UNAMUNO poco nos dice de cómo es la muerte. En treinta y tres referencias a muertes naturales que hemos recogido de su obra, solamente en seis de entre todas ellas, nos dice algo, aunque muy poco, de cómo es el morir.

De la muerte de Josefa Ignacia, de su morir que ella había presentido, sólo nos dice que al amanecer «quedó exánime la pobre tras de breve agonía» (752). De la muerte del tío Miguel, como Josefa, personaje que muere en su obra «Paz en la guerra», del que sabemos que pensando en la comedia de la muerte todo se lo imaginaba tranquilo y sin temor alguno, sólo nos cuenta que «medio amodorrado», «agonizante», al empezar las exhortaciones, «inmóvil y silencioso, comenzó a sentir, con escalofríos, una inmensa tristeza de no haber vivido y un tardío arrepentimiento de aquel miedo a la felicidad que le había hecho perderla. Quería volver a la vida pasada, sintiéndose solo en medio de un mar. Y todo esto lo imaginaba serena, en confusa visión, sin poder domeñar la modorra que le ganaba poco a poco. Por fin —escribe UNAMUNO— se rindió en su sopor, entrando algún tiempo después en reposada agonía» (753).

En «La tía Tula», de Rosa nos cuenta que mientras la vida se le iba, se adormecía «en la cuna de una agonía lenta» (754). Vino la tarde terrible del combate último; a Rosa —nos dice— «llegó a faltarle el habla y las fuerzas y cogida de la mano de su hombre, del padre de sus hijos, mirábale como el navegante, al ir a perderse en el mar sin orillas, mira el lejano promontorio, lengua de la tierra nativa que se va desvaneciendo en lontananza y junto al cielo» (755). Nos habla de los «trances del ahogo» (756) en el que «miraban

(752) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 318. O. C.

(753) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 230. O. C.

(754) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.105. O. C.

(755) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.111. O. C.

(756) UNAMUNO. Idem.

MUERTE

sus ojos, desde el borde de la eternidad (757). Nos habla también de «momentos de tregua» (758) en los que hablaba con los «ojos henchidos de cansancio de vida» (759), y sonreía tristemente. Finalmente nos dice que «llegó por último el supremo trance, el del tránsito, y fue como si en el brocal de las eternas tinieblas, suspendida sobre el abismo, se aferrara a él, a su hombre, que vacilaba sintiéndose arrastrado» (760).

La tía Tula, cuando presiente su muerte, «sufría frecuentes embaimientos, desmayos, y durante días enteros lo veía todo como en tinieblas, como si fuese bruma y humo todo. Y soñaba; soñaba como nunca había soñado» (761). «Veo todo como empañado..., como en sueños...», decía Gertrudis (762). «La tía Tula no podía ya más con su cuerpo, el alma le revoloteaba dentro de él, como un pájaro en una jaula que se desvencija, a la que deja con el dolor de quien le desollaran, pero ansiando volar por encima de las nubes» (763). A Gertrudis le dio un desmayo. Al volver de él no coordinaba los pensamientos. Entró luego en una agonía dulce. Y se apagó como se apaga una tarde de otoño cuando las últimas razas del sol, filtradas por nubes sangrientas, se derriten en el agua serena de un remanso del río en que se reflejan los álamos —sanguíneo su follaje también— que velan a sus orillas» (764).

De cómo fue la muerte de Augusto, el extraño protagonista de su «nivola», sólo sabemos que, después de profetizar su muerte, se quedó dormido y «al poco rato se incorporó en

(757) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.111. O. C.

(758) UNAMUNO. Idem.

(759) UNAMUNO. Idem.

(760) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.112. O. C.

(761) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, págs. 1.159 y 1.160. O. C.

(762) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.160. O. C.

(763) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.164. O. C.

(764) UNAMUNO. "La tía Tula". Tomo II, pág. 1.169. O. C.

LA MUERTE COMO SUCESO

la cama lívido, anhelante, con los ojos todos negros y despavoridos, mirando más allá de las tinieblas y gritando...»; después «dejó caer la cabeza sobre el pecho y se quedó muerto» (765).

También en «Niebla», hablándonos de la madre de Augusto, nos dice UNAMUNO que para ella «vino la muerte, aquella muerte lenta, grave y dulce, indolora, que entró de puntillas y sin ruido, como un ave peregrina, y se la llevó a vuelo lento, en una tarde de otoño. Murió con su mano en la mano de su hijo, con sus ojos en los ojos de él. Sintió Augusto que la mano se enfriaba, sintió que los ojos se inmovilizaban» (766). Curiosa descripción de la muerte como enfriamiento, como pérdida del calor de la vida, como frialdad sentida por el que sigue viviendo.

Más explícito es UNAMUNO en la descripción de la muerte violenta de Ignacio, en «Paz en la guerra», tras ser herido en la lucha, mortalmente. UNAMUNO nos dice que en el momento en que se sintió herido «ofuscósele la vista y cayó» (767). Después nos cuenta que «sintióse desfallecer por momentos; que se le iba la cabeza, liquidándosele la visión de las cosas presentes, y luego una inmersión en un gran sueño. Cerráronse por fin sus sentidos al presente; se desplomó su memoria, se recogió su alma, y brotó en ella, en visión espesada, su niñez en brevísimo espacio de tiempo. Tendido en el campo el cuerpo, pendiente al borde de la eternidad el alma, revivió sus días frescos, y en un instante, preñado de años, desfiló, en orden inverso al de la realidad, el panorama de su vida... y cuando en esta visión murmuraban en silencio sus labios una plegaria, la moribunda vida se le recogió en los ojos, y desde allí se perdió, dejando que la madre tierra

(765) UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 860. "Obras Completas".

(766) UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 716. "Obras Completas".

(767) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 251. O. C.

MUERTE

rechupara la sangre al cuerpo, casi exangüe. En su cara quedó la expresión de una calma serena, como la de haber descansado, en cuanto venció a la vida, en la paz de la tierra por la que no pasa un minuto» (768).

Datos, pues, objetivos y subjetivos del cómo se hace la muerte, encontramos en estas descripciones hasta aquí citadas.

Valor de observación tienen las referencias a la «breve», «reposada», «lenta», «dulce», «indolora» agonía; a la «modorra», al «adormecimiento», al «sopor» que precede al dormir definitivo; a los «trances de ahogo», a los «momentos de tregua» antes del supremo trance; a esos ojos que miran como el navegante que va a perderse en el mar sin orillas, ojos que miran desde el borde de la eternidad, ojos, a veces, todos negros y despavoridos que miran más allá de las nieblas; ojos, en fin, en los que la moribunda vida se recoge para, desde ellos, escaparse.

Valor de experiencia comunicada o de intuición hemos de dar a esas sensaciones subjetivas del moribundo, sensaciones cuya luz apenas sí llega tan siquiera a herir las nieblas del abismo misterioso, de la barrera infranqueable, del lago tenebroso.

AZORÍN, que nos ha advertido que «para morir basta un ligero accidente» que «un vaso de agua, un aire corrupto, un hálito dañoso pueden engendrar la muerte» (769), no nos habla demasiado en su obra del suceso de la muerte.

En adiciones a «Las confesiones de un pequeño filósofo», nos da cuenta de la muerte del padre, ya de una edad avanzada. Fue una muerte prevista, inequívocamente presentida.

(768) UNAMUNO. "Paz en la guerra". Tomo II, pág. 251. O. C.

(769) AZORÍN. "Pensando en España.—El mundo estaría mejor". Tomo V, página 944. "Obras Completas".

LA MUERTE COMO SUCESO

De su último momento únicamente nos dice que «cuando moría... no se daba cuenta de que se moría; su inteligencia había ya desaparecido» (770).

De la muerte, por apoplejía, de Alejandro, en «El ideal de Montaigne», sólo sabemos que el presentimiento agudo, como si le acobardara, le apartó del grupo en fiestas y le llevó a la tranquilidad de una mesa en la que, apoyado, AZORÍN nos dice que «cerró los ojos y dio un ronquido» (771). Había muerto.

Frente a estas referencias breves y ligeras, en su obra «Antonio Azorín» y en «Parlamentarismo español», AZORÍN nos ha dejado dos descripciones de la muerte y de su ambiente, verdaderamente excepcionales. Una de ellas con motivo de la muerte de Pascual Verdú, la otra con motivo de la muerte del Marqués de Villasegura.

Al darnos cuenta del morir de Pascual Verdú, escribe AZORÍN: «Verdú reposa en la ancha cama. Sus brazos están extendidos sobre las sábanas. Y sus manos son transparentes. Y sus ojos están entornados. Y en su rostro se muestra un sosiego dulce. Verdú respira penosamente. De rato en rato un gemido se escapa de sus labios. Ya se remueve un poco; una ancha inspiración hincha su pecho; sus ojos se abren intranquilos. Y luego dice con voz larga y suave: ¡Ay, Antonio! ¡Ay, Antonio! Ha llegado la unción hace un momento... Al lado de la cama un clérigo lee con voz queda un libro... Lentamente se ha ido sosegando el maestro; sus párpados descienden pesados y se cierran; su cuerpo yace inmóvil...; todo está quieto; los rayos del sol se filtran por la parra y caen en vivas manchas sobre los ladrillos del patio; el jilguero desenvuelve sus trinos; una mariposa blan-

(770) AZORÍN. "Adiciones a las confesiones de un pequeño filósofo". Tomo II, pág. 1.171. "Obras Completas".

(771) AZORÍN. "Los pueblos".—El ideal de Montaigne". Tomo II, pág. 178. "Obras Completas".

MUERTE

ca va, viene, torna, gira, reposa entre los verdes pámpanos. Y de pronto el maestro se agita nervioso, abre mucho los ojos y grita con angustia: ¡Mi espíritu!... ¡Mi espíritu!... Sus manos se contraen; su mirada se pierde a lo lejos, extática, espantada. Y poco a poco, sosegado de nuevo, su rostro se distiende como en un sueño; la respiración se debilita; algo a modo de una espiración sollozante flota en el ambiente silencioso...» (772). Así ha sido la muerte de Pascual Verdú, así «ha vuelto el alma eterna a las cosas», como dice AZORÍN. Observación del cómo morir llena de sagacidad; magnífica descripción objetiva de la muerte, del último instante en que las manos se contraen, la mirada extática, espantada, se pierde a lo lejos y el rostro se distiende como en un sueño.

Al hablarnos de la muerte del Marqués de Villasegura, nos dice que ésta «ha sido tal como la quería un gran filósofo —Montaigne—; brusca, sin terrores premonitorios, sin amagos angustiosos, como un viaje que hacemos sin despedirnos de deudos y de amigos. Un día paseamos tranquilamente, o estamos leyendo un libro en una biblioteca, o conversamos alegres con personas de nuestro afecto, o admiramos un paisaje; nada conturba nuestro ánimo; nada hay en el ambiente, alrededor de nosotros, que nos haga presentir una catástrofe. Y, sin embargo, esta calle que recorreremos no volveremos a recorrerla más; este libro que hemos cerrado para continuar leyéndolo mañana, no tornará a abrirse para nosotros; estos amigos con quienes hablamos, no volverán a oír nuestras palabras; este paisaje que acabamos de contemplar, no volverán a disfrutarlo nuestros ojos. Pero nosotros no lo sabemos; no lo saben tampoco los seres queridos que nos rodean. La Naturaleza ha deseado evitarnos el largo cortejo de angustias, perplejidades, de amarguras; de esas

(772) AZORÍN. "Parlamentarismo español.—La muerte del Marqués de Villasegura". Tomo III, págs. 698 y 699. O. C.

LA MUERTE COMO SUCESO

idas y venidas silenciosas, dolorosas, que hacen por los pasillos de nuestra casa las personas a quienes amamos; de estas mentiras piadosas, cariñosas, que ellas nos cuentan sobre nuestro estado, para ir después a dar rienda suelta a sus sollozos detrás de una puerta; de todo este ambiente, en fin, de lágrimas y de gemidos, en que poco a poco se va condensando trágicamente lo inevitable. No; la Naturaleza ha querido ahorrar, de tarde en tarde, por caso raro, todo esto. Y los hombres elegidos por el azar mueren en un momento, en medio de su descuido, como cae una hoja de un árbol...» (772). ¿Cabe mejor maestría para dejar dicho cómo es, cómo puede ser la muerte sentida desde fuera?

De los casos de muerte natural anotados en el conjunto de la obra de BAROJA, solamente en algunos encontramos referencias al cómo y manera en que esta muerte se consuma. Son estas referencias datos objetivos recogidos por un espectador que —si juzgamos por lo comentado— lo ha hecho a la ligera.

En «Las inquietudes de Shanti Andía», de la muerte de Ana, de la que nos dice tenía poca salud, sólo sabemos que «murió después de lenta agonía» (773). De la de Lacy, en «Los caudillos de 1830», que «un anochecer murió dulce-mente, sin darse cuenta» (774). En esta misma obra, de la muerte del tío Juan sólo nos refiere que después de estar todo el día desvariando, «al anochecer comenzó a palidecer y a ponerse lívido, y murió» (775). De Nelly, en «El gran torbellino del mundo», se limita BAROJA a decirnos que «murió sin dolor, recostada en las almohadas, soñando como una niña» (776). En «Las noches del Buen Retiro», la única noticia de los últimos momentos de Jaime Thierry, es que «fue

(773) BAROJA. "Las inquietudes de Shanti Andía". Tomo II, pág. 1.153. O. C.

(774) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 1.005. O. C.

(775) BAROJA. "Los caudillos de 1830". Tomo III, pág. 994. O. C.

(776) BAROJA. "El gran torbellino del mundo". Tomo I, pág. 1.202. O. C.

MUERTE

acabando tranquilamente en una somnolencia dulce. Una mañana —nos dice— con un sol pálido, concluyó» (777). Del final de Francisco Xavier, en «Las mascaradas sangrientas», BAROJA nos ha dicho que «por la noche el buen hidalgo empezó a ponerse torpe y soñoliento y por la mañana se fue» (778).

Poco más que en las anteriores referencias nos dice de cómo acontece la muerte de Juan en «Aurora roja» y de la Petra en «La busca». Del primero nos cuenta que a la mañana, «de pronto, hubo una veladura en sus pupilas y una contracción en la boca. Estaba muerto» (779). De la muerte de la Petra fue testigo su hijo, que de pronto «oyó un estertor fuerte que salía del pecho de su madre, y al mismo tiempo vio que su cara, más pálida, tenía extrañas contradicciones» (780). Manuel, su hijo, salió para avisar. Mientras, en la casa no se oía más que «ruido de pasos, abrir y cerrar de puertas y luego el estertor de la moribunda y el tic tac de un reloj de pasillo» (781). La Petra quedó «lívida, con la mandíbula desencajada. Estaba muerta» (782). De la muerte de Adelita, en «La sensualidad pervertida», nos refiere que tras su último vómito de sangre, y una vez tendida de nuevo en la cama después de incorporarla, «los ojos se le pusieron vidriosos, tuvo un pequeño movimiento convulsivo y quedó muerta» (783).

Poco nos dice BAROJA, según hemos visto, para un conocimiento de cómo se apropia la muerte del ser y cómo escapa la vida. BAROJA, de quien más podíamos esperar, se limi-

(777) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 715. O. C.

(778) BAROJA. "Las mascaradas sangrientas". Tomo IV, pág. 563. O. C.

(779) BAROJA. "Aurora roja". Tomo I, pág. 653. O. C.

(780) BAROJA. "La busca". Tomo I, pág. 340. "Obras Completas".

(781) BAROJA. Idem.

(782) BAROJA. Idem.

(783) BAROJA. "La sensualidad pervertida". Tomo II, pág. 948. "Obras Completas".

LA MUERTE COMO SUCESO

ta a trasladarnos pocos y breves datos de una observación superficial.

VALLE INCLÁN, en su obra «La lámpara maravillosa», nos describe insuperable, maravillosamente, el tránsito de la imagen de la vida a la imagen de la muerte. En efecto, VALLE INCLÁN, buscando el verdadero gesto que no se nos ha revelado todavía durante la vida, y que quizá no se nos pueda revelar nunca, bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas las horas, nos hace una descripción impresionante del momento de morir diciéndonos: «cuando los ojos con las pestañas rígidas y los párpados de cera se hundan en un cerco de sombra violácea; cuando la frente parezca huir levantando las cejas; cuando la nariz se perfile con una transparencia angustiosa; cuando la mandíbula, relajada en sus ligamentos, ponga en los labios una risa que no tuvieron jamás, sobre la inmovilidad de la muerte recobrará su imperio el gesto único, el que acaso no ha visto nadie y que, sin embargo, era el mío...» (784).

Finalmente referimos la poética descripción de cómo llega y cómo se hace la muerte sobre el ser, que la sensibilidad de MACHADO ha dejado en su obra. MACHADO, en versos llenos de ternura, nos ha dejado su versión:

*«Una noche de verano
—estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa—
la muerte en mi casa entró.
Se fue acercando a su lecho
—ni siquiera me miró—,
con unos dedos muy finos
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme,*

(784) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 609. "Obras Completas".

MUERTE

*la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
la muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos! »(785)*

En el silencio, un hilo entre dos que se rompe, un hilo tenue y unos dedos finos que se llevan la vida y recorren en silencio la cortina que ocultaba la oscuridad, lo insondable; así llega, así se «hace» la muerte.

Sin embargo, después de todo lo dicho, otros versos de MACHADO nos plantean grave inquietud: La llegada de la muerte, ¿supone el llegar a morir?

MACHADO, en «Las Adelfas», nos dice:

*«Pregúntele a su doctor.
Hace falta mucha ciencia
para poder descubrir
cómo se llega a morir.» (786)*

UNAMUNO también nos plantea la cuestión cuando, ante ese cuerpo del que acaba de escapar la vida, nos dice que en él «continúa la sustancia viviendo. Si ahora le aplicáramos una corriente galvánica —nos sigue diciendo— se movería. No se han coagulado aún los *albumenoides*, no están las células reducidas a su mayor concentración, no ha llegado la rigidez cadavérica. La concentración es la muerte, la expansión, la vida;... Y aún rígido el cadáver, seguirán las cejas vibrátiles conservando su actividad normal y seguirán viviendo los glóbulos blancos leucocitos, estas células ami-

(785) A. MACHADO. "Campos de Castilla". Págs. 795 y 796. O. C.

(786) MANUEL y ANTONIO MACHADO. "Las Adelfas". Pág. 429. O. C.

LA MUERTE COMO SUCESO

boideas. No hay un momento preciso en que la vida cese para empezar la muerte; la muerte se desenvuelve de la vida...» (787). UNAMUNO, que es capaz por su sensibilidad de escuchar el «aleteo de la muerte», cede ante la materialidad de la ciencia y querría explicar lo inexplicable.

Tampoco AZORÍN está libre de la preocupación sobre el hecho de la muerte material, y nos cuenta, hasta llegar a impresionarnos, cómo su personaje Antonio Azorín «...que sabe que los músculos son los primeros en morir, y que cuando ha muerto el corazón y han muerto los pulmones todavía los sentidos perciben en aterradora inmovilidad, ...se ha inclinado sobre Verdú, cuando su rostro ya se ha distendido como en un sueño, y ha pronunciado con voz lenta y sonora: ¡Maestro, maestro: si me oyes aún, yo te deseo la paz!» (788).

Es difícil explicar lo inexplicable, mas es sugestivo.

UNAMUNO es sugeridor, cuando aclarándonos el mecanismo de la muerte de Augusto, el héroe de su novela «Niebla», ante la duda de los asistentes de si ha muerto del corazón, del estómago o de la cabeza, nos dice por boca del médico que lo asistió: «el estómago elabora los jugos que hacen la sangre, el corazón riega con ellos a la cabeza y al estómago para que funcionen, y la cabeza rige los movimientos del estómago y del corazón. Y, por tanto, este señor Augusto, ha muerto de las tres cosas, de todo el cuerpo, por síntesis». (789).

Morir de todo el cuerpo, morir por síntesis, sugestiva explicación del cómo de la muerte somática, del cómo llegar a morir.

(787) UNAMUNO. "Amor y pedagogía". Tomo II, pág. 459. O. C.

(788) AZORÍN. "Antonio Azorín". Tomo I, pág. 1.081. O. C.

(789) UNAMUNO. "Niebla". Tomo II, pág. 861. "Obras Completas".

MUERTE

MUERTE, PSICOLOGIA

GANIVET, en sus «Cartas filandesas», nos habla de la psicología de la muerte. «No sé —nos dice— si algún sabio habrá estudiado la psicología de la muerte; yo, desde luego, creo que esta rama del saber existe o debe existir y que es acaso la más importante para la vida» (790).

Como GANIVET nos advierte, «nacer, todos nacemos lo mismo; es decir, hay quien nace de cabeza y quien nace de pies, y quien toma otras posturas caprichosas y difíciles; pero todos venimos al mundo sin solicitarlo. Si todos nos muriésemos de la misma manera, podría asegurarse, desde luego, que la vida pasaba sin influir para nada en el hombre. Al contrario, la muerte, siendo un hecho universal es, a la vez, tan personal, que de ella puede decirse que es el momento en que espiritualmente se condensa la vida humana. La idea, la imagen que se nos ocurre al pensar en el instante de nuestra muerte, es la que rige en secreto nuestra vida... La muerte es, pues, un fenómeno individual» (791), concluye GANIVET.

La muerte es, ciertamente, fenómeno individual en el que se resume la vida. Mas en esa vida, a su vez, ha influido, ha estado presente, la muerte. La muerte sintiéndose como meta segura, inescrutable, ha actuado como trágico condicionante.

En efecto, «sabemos que al final del camino está la muerte y somos como las sombras de una tragedia que sólo al-

(790) GANIVET. "Cartas filandesas". Tomo I, pág. 867. O. C.

(791) GANIVET. "Cartas filandesas". Tomo I, págs. 867 y 868. O. C.

canza plenitud de belleza en aquel gesto que presagia su Destino» (792), según nos ha dicho VALLE INCLÁN.

La muerte para el hombre es «la terrible realidad» (793), a que se refiere UNAMUNO.

«Pensamos en la muerte. La muerte es en nosotros lo pensado por excelencia y el tema más frecuente de nuestro pensar» (794), nos afirma MACHADO, que por boca de Juan de Mairena advierte: no olvidéis «que lo corriente en el hombre es lo que tiene de común con otras alimañas, pero que lo específicamente humano es creer en la muerte» (795). El hombre, hace decir también MACHADO al irónico Juan de Mairena, «no hubiera inventado el reloj si no creyera en la muerte... El reloj es, en efecto, una prueba indirecta de la creencia del hombre en su mortalidad. Porque sólo un tiempo finito puede medirse» (796).

Realidad de la muerte sentida por el hombre mientras vive. Realidad de una muerte «unificadora y purificadora» (797), en la que, según UNAMUNO nos cuenta —tras ver desfilar muchas noches ante su memoria las procesiones de los fantasmas de aquéllos a quienes conoció y trató en vida—, unos nos confundiremos con otros, «contemporáneos» o «coeternales» todos en ella. Realidad de una muerte en la que «se mueren los celos y las envidias de la vida» (798); de una muerte en la que, para los que ya han llegado, no hay posteridad, «sino anterioridad para nosotros, los que nos hemos de morir» (799).

(792) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 601. "Obras Completas".

(793) UNAMUNO. "Por tierras de Portugal y España.—La gloria de don Ramiro". Tomo I, pág. 422. "Obras Completas".

(794) A. MACHADO. "Juan de Mairena", pág. 1.170. O. C.

(795) A. MACHADO. "Juan de Mairena", pág. 994. O. C.

(796) A. MACHADO. "Juan de Mairena", pág. 1.143. O. C.

(797) UNAMUNO. "Visiones y comentarios", pág. 15. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

(798) UNAMUNO. Idem.

(799) UNAMUNO. "Visiones y comentarios", págs. 15 y 16. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1949.

MUERTE

Muerte, pues, en la que pensamos y en la que creemos. Muerte que nos espera y hasta obsesiona, como a UNAMUNO, cuando canta:

*«Ir muriendo poco a poco
desde el día en que nací,
es para volverse loco,
¡ay de mí!» (800)*

La muerte, sin embargo, la idea de la muerte ha sido necesario para el hombre incorporarla, digerirla —diríamos— hasta no sentirla como extraña. La muerte no sentida como logro, como liberación del alma, como recompensa de eternidad —metafísicamente en suma—, sino como interrupción, como fracaso de la vida, llegaría a inhibir, a abrumar, a enloquecer al hombre, si su amenaza u oferta fuera presencia permanente, personaje exigente, interrogante insoslayable en la escena de la vida.

Así, UNAMUNO, aun aceptando la muerte no como final o terminación de todo, sino como comienzo, nos ha dicho al meditar sobre el límite de nuestro camino:

*«Triste que miras al hito
del infinito,
no es vividera la vida
si no se olvida
que allende la última estrella
puede haber huella
de otro mundo por venir
.....» (801)*

(800) UNAMUNO. "Cancionero", núm. 1.610, pág. 440. Editorial Losada. Buenos Aires, 1943.

(801) UNAMUNO. "Cancionero", núm. 1.020, págs. 295 y 296. Editorial Losada. Buenos Aires, 1943.

MUERTE, PSICOLOGIA

También UNAMUNO, varias veces en su obra, por la razón de

«.....
.....
que la pena es de consuelo
cuando cuaja en un cantar» (802),

nos ha recordado la copla que siente como suya:

«Cada vez que considero
que me tengo que morir
tiendo la capa en el suelo
y no me hartó de dormir.» (803)

VALLE INCLÁN, del que oímos su lamento: «¡Qué triste es la esperanza de la muerte!» (804), ha escrito:

«¡Tengo rota la vida! En el combate
de tantos años ya mi aliento cede,
y al orgulloso pensamiento abate
la idea de la muerte, que lo obsede.» (805)

MACHADO, que se ha preguntado a sí mismo. «¿Tan seguros estamos de la muerte, que hemos acabado por no pensar en ella?» (806), nos ha explicado la posibilidad de nuestra convivencia con la idea de la muerte. Nos ha advertido que «la muerte es en nosotros lo pensado por excelencia y el tema más frecuente de nuestro pensar»; nos ha aclarado también que «la llevamos en el pensamiento, en esa zona inocua de nuestras almas en la cual nada se teme ni nada se espera. La verdad es —nos sigue diciendo— que he-

(802) UNAMUNO. "Cancionero", núm. 1.021, pág. 296. Editorial Losada. Buenos Aires, 1943.

(803) UNAMUNO. Idem.

(804) VALLE INCLÁN. "Aguila de Blasón". Tomo I, pág. 645. O. C.

(805) VALLE INCLÁN. "El pasajero". Tomo I, pág. 1.125. O. C.

(806) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.170. O. C.

MUERTE

mos logrado pensarla y hemos acabado por no creer en ella» (807).

El hombre, creemos con MACHADO, ha logrado «pensar» la muerte; su mente la ha digerido y asimilado, neutralizando así su presencia irritante, de la misma manera que el estómago puede digerir y neutralizar el tóxico que envenenaría. La muerte, esa terrible realidad que creemos mejor que comprendemos, es así tolerable para el hombre.

GANIVET comenta que «un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu y que se viese obligado a trabajar, sería un creador portentoso, porque no teniendo ya ideas de vida que siempre son pequeñas y miserables, crearía con ideas de muerte que son amplias y nobles» (808); mas un hombre así, que GANIVET no dice haber encontrado, un hombre que llevase la muerte absoluta dentro de su espíritu, ¿podría existir?, o mejor quizá ¿podría, una vez nacido, seguir existiendo?

Mientras la vida está venciendo sobre la muerte puede el hombre tener arrinconada su imagen, la idea de su realidad, en la zona inocua de las almas en la cual nada se teme ni nada se espera; mas cuando la vida sufre una derrota o se bate en retirada, cuando la muerte deja de ser idea pensada o imagen de fantasía, para ser realidad que se acerca o se presiente, ¿cuál es la actitud de ese hombre que lo que sabe y siente se lo enseñó y mantiene esa vida que nunca supo ni jamás sabrá de un no ser inimaginable?

BAROJA nos dice de Thierry, su personaje de «Las noches del Buen Retiro», que si tuviera un pequeño objeto querría vivir; pero que como ya no tiene ninguno, lo único que de-

(807) A. MACHADO. "Juan de Mairena". Pág. 1.170. O. C.

(808) GANIVET. "Los trabajos de Pío Cid". Tomo II, pág. 227. "Obras Completas".

MUERTE, PSICOLOGIA

sea es terminar lo más pronto posible. Ese Thierry, que ante el presentimiento inequívoco rechaza el consuelo de la religión, nos dice: «Yo no le tengo miedo a la muerte; en tal caso le tendré algún miedo al momento de morir, pero cada vez menos» (809). Y a Luis Manguía, en «La sensualidad perversa», que no cree en la otra vida, hablando del posible espanto de la muerte, le hace decir: «Me espanta a veces; pero es un miedo puramente animal. La inteligencia mía no se asusta. Los nervios tiemblan pero nada más» (810).

VALLE INCLÁN, en «El Marqués de Bradomin», nos cuenta que la Madre Cruces no teme la muerte, pues tiene ya tantos años que la espera todos los días porque su corazón «sabe que no puede tardar» (811). Junto a ella, la señora del palacio, la Dama, dialogando, afirma que «somos cobardes, porque tememos la muerte»; la Dama nos confiesa: «Yo la llamo, pero le tengo miedo. Si no le tuviese miedo, la buscaría» (812). También VALLE INCLÁN, en «Viva mi dueño», nos cuenta cómo a Pepín Río-Hermoso, que ante la posibilidad de la muerte se formula el propósito de confesar inmediatamente sus pecados, «afligíale, cada vez más negra, la zozobra de la muerte, incertidumbre y pavor del dormirse y no despertar», al mismo tiempo que parecía «horrible tener que morir de repente» (813).

AZORÍN, en su parábola que titula «Cruz Varela rectificadora», nos dice de este poeta que nada le inquieta. No siente concupiscencias por placeres mundanos, ni por el dinero. Ni por la hermosura femenina. Ni por el poder. Ni por el via-

(809) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 715. O. C.

(810) BAROJA. "La sensualidad perversa". Tomo II, pág. 929. O. C.

(811) VALLE INCLÁN. "El Marqués de Bradomin". Tomo I, pág. 59. O. C., y "Corte de amor". Tomo II, pág. 271. O. C.

(812) VALLE INCLÁN. "El Marqués de Bradomin". Tomo I, pág. 59. O. C.

(813) VALLE INCLÁN. "Viva mi dueño". Tomo II, pág. 1.090. O. C.

MUERTE

jar, ni por los libros. Cruz Varela se siente —con íntima dicha— sin asidero con las cosas del mundo. Tras así describirnoslo, AZORÍN nos añade que el poeta no teme la muerte, que «el poeta no siente pavor ante la muerte» (814), que «su espíritu, ante la muerte, se halla sereno» (815), y nos transcribe sus versos,

*«Sin que me aflija roedora duda,
bajaré impávido a la eterna noche,
y las riberas pisaré tranquilo
del aqueronte.»* (816)

El propio AZORÍN, hablándonos de sí, nos dice que ha ido al pequeño cementerio de Santa Ana del Monte. AZORÍN ha leído los rótulos que con recias letras negras destacan en el amplio muro. Estos rótulos dicen que nos acordemos de la muerte y nos dispongamos a morir; uno de ellos reza:

*«Disponte a morir ahora,
que en la muerte ya no es hora.»*

AZORÍN nos confiesa, ante la realidad de la muerte así sentida, su «cierto temor», sus «pavorosos pensamientos» (817); su espíritu, pues no está tan sereno como el de Cruz Varela.

También podemos añadir a estas citas que transcribimos, aquella de MACHADO cuando nos habla del «pavor del morir» (818), y aquella de UNAMUNO que nos da cuenta del enfermo

(814) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectifica". Tomo VII, pág. 1.217. "Obras Completas".

(815) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectifica". Tomo VII, pág. 1.218. "Obras Completas".

(816) AZORÍN. Idem.

(817) AZORÍN. "Fantasías, devaneos.—En el convento". Tomo IV, pág. 68. "Obras Completas".

(818) A. MACHADO. "Humorismos, fantasías, apuntes". Pág. 703. O. C.

que se revuelve en congojas agudísimas y «en el temor de la muerte que se acerca» (819).

Deducimos de estas referencias el temor que despierta la muerte; pero temor muy distinto al que se siente ante la muerte como negación de la vida, como misterio, como realidad (temor de la Dama y de Pepín Río-Hermoso, de VALLE INCLÁN, de AZORÍN y MACHADO), que el temor sentido ante el acto de la muerte como tránsito, como arrancamiento de la vida (temor de Thierry y de Luis Manguía). Temor intelectual en un caso, que sacude el espíritu, y temor animal, en otro, que hace temblar los nervios.

UNAMUNO, comentando en su artículo «El problema religioso en el Japón» (820), la obra de GÓMEZ CARRILLO sobre «El alma japonesa», en la que éste habla del miedo a la muerte que domina el Occidente y que, según él, no ha invadido aún al Japón, nos razona y explica el por qué de ese miedo. UNAMUNO, en efecto, comentando el decir de CARRILLO, nos advierte que «no es el miedo a la muerte lo que domina al Occidente pseudocristiano, a esta cristiandad que, según la frase de Kierkegaard, juega al cristianismo; no es el miedo a la muerte —afirma UNAMUNO—, sino el miedo al más allá de la muerte, el miedo a la nada, el temor loco al aniquilamiento. Cuando se cree con fe sencilla en la otra vida —nos dice—, no se tiene miedo a la muerte, antes bien se la busca» (821).

Es lógico, pues, creer, si pensamos con UNAMUNO, que cuando falta la fe sencilla en la otra vida, o cuando esta fe no está sostenida por una vida consecuente, se tema el más allá, bien por la amenaza de la nada, del aniquilamiento

(819) UNAMUNO. "Libros y autores españoles contemporáneos.—El problema religioso en el Japón". Tomo V, pág. 242. O. C.

(820) UNAMUNO. Idem. Pág. 237.

(821) UNAMUNO. "Libros y autores españoles contemporáneos.—El problema religioso en el Japón". Tomo V, pág. 244. O. C.

MUERTE

(en los que viven atormentados por la sed de eternidad, por la angustia metafísica), bien por la incógnita del fallo de un juicio en el que no sabemos qué pesará más, si la Justicia o la Misericordia. Cuando falte esa fe sencilla, solamente dejará de temer al más allá quien sinceramente no crea en él ni le importe el aniquilamiento, la nada; quien acepte la eterna noche sin que le aflija la duda, como Luis Manguía, como quizá Thierry, aunque a éstos les atemoriza el momento del tránsito, cuando los nervios tiemblan, sin saber dónde afianzarse.

Por otra parte, nos advierte UNAMUNO, «El que un hombre tiemble más que otro ante la muerte, sólo puede significar que la vida tiene para él más valor porque, en efecto, vale más. Los que han llegado a gustar las más profundas aguas de la existencia, son los que más temen perderla» (822). Thierry, para el que la vida no tiene ningún objeto y, por ello, ya no tiene ningún interés en vivir, nos confiesa su miedo al momento de la muerte, pero también que ese miedo lo tiene «cada vez menos» (823), hasta el punto que lo único que desea es terminar pronto, cuanto antes. Cruz Varela, sin asidero a las cosas del mundo, sin inquietud, sin concupiscencias, está sereno ante la muerte.

En cuanto al terror de la muerte, quizá lo mejor sería hacer caso a AZORÍN cuando, hablándonos de ella, nos aconseja: «Dejémosla tranquila. Dejémosla tranquila para que ella nos deje también tranquilos a nosotros. Ni la llamemos ni la rechacemos. Cuando quiera, ella vendrá. Nuestra hora está escrita en lo Insondable. Y será inútil todo cuanto hagamos por forzar en uno u otro sentido esta inscripción. No nos preocupemos, pues, de esa hora fatal» (824).

(822) UNAMUNO. "Libros y autores españoles contemporáneos.—El problema religioso en el Japón". Tomo V, págs. 242 y 243. "Obras Completas".

(823) BAROJA. "Las noches del Buen Retiro". Tomo VI, pág. 715. O. C.

(824) AZORÍN. "Contingencia en América.—Cruz Varela rectificá". Tomo VII, pág. 1.220. "Obras Completas".

MUERTE, PSICOLOGIA

En efecto, sobra inquietud y preocupación si, como dice la Madre Cruces en «El Marqués de Bradomin», «no mata ningún mal de este mundo. Es que Dios elige a los suyos» (825). Manera de pensar que de otra manera nos vuelve a presentar VALLE INCLÁN cuando, en «Voces de gesta», hace sentenciar al abuelo Tibaldo:

*«El más acabado, igual que el más fuerte,
está a un paso de la muerte.
A un ermitaño de esta soledad
oíle decir una vez
que no es la vejez
ni la mocedad
quien nos abre la eternidad,
sino el Supremo Juez.» (826)*

Elección de la muerte que muchas veces quizá no comprendemos, como cuando en «Gerifaltes de antaño», al elegir a «uno de los buenos», «uno que aún no tenía la barba cerrada y podía contarse de los primeros», hace escribir a VALLE INCLÁN en el diálogo entre Miquelo y el Cura: «Para que digan que la muerte no elige. ¡Vaya, y se prenda de los buenos mozos!» (827). Elección de la muerte guiada por sabiduría para nosotros muchas veces incomprensible, desconcertante. Elección que nos debe encontrar en resignación, no en rebeldía.

Es sensato, ciertamente, seguir el consejo de AZORÍN. No llamemos a la muerte ni la rechacemos. Cuando quiera, ella vendrá a ponernos sobre el rostro nuestro gesto verdadero, ese gesto sobre el cual —en meditación ya comentada anteriormente— ha escrito VALLE INCLÁN: «Llevo sobre mi rostro

(825) VALLE INCLÁN. «El Marqués de Bradomin». Tomo I, pág. 57. «Obras Completas».

(826) VALLE INCLÁN. «Voces de gesta». Tomo I, pág. 106. O. C.

(827) VALLE INCLÁN. «Gerifaltes de antaño». Tomo II, pág. 504. «Obras Completas».

MUERTE

cien máscaras de ficción que se suceden bajo el imperio mezquino de una fatalidad sin trascendencia. Acaso mi verdadero gesto no se ha revelado todavía. Acaso no podrá revelarse nunca bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas mis horas. Yo mismo me desconozco y quizás estoy condenado a desconocerme siempre. Muchas veces me pregunto cuál entre todos los pecados es el mío, e interrogo a las máscaras del vicio: Soberbia, Lujuria, Vanidad, Envidia. Han dejado una huella en mi rostro carnal y en mi rostro espiritual, pero yo sé que todas han de borrarse en su día y sólo una quedará inmóvil sobre mis facciones cuando llegue la muerte. En ese día..., sobre la inmovilidad de la muerte recobrará su imperio el gesto único, el que acaso no ha visto nadie y que, sin embargo, era el mío...» (828).

(828) VALLE INCLÁN. "La lámpara maravillosa". Tomo II, pág. 609. "Obras Completas".

BIBLIOGRAFIA

Libros de los autores estudiados, utilizados para la realización del trabajo:

- AZORÍN: *Obras Completas*. M. Aguilar, Editor. Madrid. Tomo I, 1947. Tomo II, 1947. Tomo III, 1947. Tomo IV, 1948. Tomo V, 1948. Tomo VI, 1948. Tomo VII, 1948. Tomo VIII, 1948. Tomo IX, 1954.
- AZORÍN: Prensa diaria. A. B. C. de Madrid.
- BAROJA, Pío: *Obras Completas*. Biblioteca Nueva. Madrid. Tomo I, 1946. Tomo II, 1947. Tomo III, 1947. Tomo IV, 1948. Tomo V, 1948. Tomo VI, 1948. Tomo VII, 1949. Tomo VIII, 1951.
- GANIVET, ANGEL: *Obras Completas*. Aguilar, S. A. ediciones. Madrid. Tomo I, 1951. Tomo II, 1951.
- MACHADO, ANTONIO: *Obras Completas* de Antonio y Manuel Machado. Editorial Plenitud. Madrid, 1957.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Obras Completas*. Afrodisio Aguado, S. A. Madrid. Tomo I, 1951. Tomo II, 1951. Tomo III, 1950. Tomo IV, 1950. Tomo V, 1952. Tomo VI, 1958.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Visiones y Comentarios*. Colección Austral, número 900. Espasa Calpe, S. A. Buenos Aires, 1949.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Teatro: Fedra. Soledad. Raquel Encadenada. Medea*. Editorial Juventud, S. A. Barcelona, 1954.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Antología poética.—Miguel de Unamuno*. Ediciones Escorial, Madrid, 1942.
- UNAMUNO, MIGUEL DE: *Cancionero. Diario poético*. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1953.
- VALLE INCLÁN, RAMÓN DEL: *Obras Completas*. Editorial Plenitud. Madrid. Tomo I, 1954. Tomo II, 1954.
- VALLE INCLÁN, RAMÓN DEL: *Baza de Espadas*. Editorial A. H. R. Barcelona, 1958.

BIBLIOGRAFIA

Obras y ensayos utilizados para la redacción y preparación del trabajo y otros cuya lectura se considera de interés en relación con el tema tratado, sin que en modo alguno esta relación intente ser completa.

- ALFONSO, JOSÉ: *Azorín, íntimo*. Madrid, s. f.
- AZADA, JOSÉ MIGUEL DE: *Las cinco batallas de Unamuno contra la muerte*. Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno; II: 33-109; Salamanca, 1951.
- BALSEIRO, JOSÉ A.: *Blasco Ibáñez, Unamuno, Valle Inclán, Baroja. Cuatro individualistas de España*. Nueva York, 1949.
- BARJA, CÉSAR: *Pío Baroja y Notas adicionales sobre Baroja*. Libros y autores contemporáneos. Madrid, 1935.
- BAROJA, RICARDO: *Gente del 98*. Barcelona, 1952.
- BENÍTEZ, HERNÁN: *El drama religioso de Unamuno*. Buenos Aires, 1949.
- BLANCO AGUINAGA, CARLOS: *Interioridad y exterioridad de Unamuno*. Nueva Revista de Filología Hispánica; VII, 1953.
- CANO, JOSÉ LUIS: *Azorín y los clásicos*. Insula número 94. Madrid. 15-X-1953.
- COROMINAS, PEDRO: *La trágica fe de Miguel de Unamuno*. Revista de Catalunya; 83. Barcelona, 1938.
- CRUZ HERNÁNDEZ, MIGUEL: *La misión socrática de don Miguel de Unamuno*. Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno; III: 41-53. (Editados por la Universidad de Salamanca).
- CRUZ RUEDA, ANGEL: *Nuevo retrato literario de Azorín*. Prólogo a las Obras Completas de Azorín; I. Madrid, 1947.
- FERRATER MORA, JOSÉ: *Unamuno. Bosquejo de una filosofía*. Buenos Aires, 1944.
- GARCÍA BLANCO, MANUEL: *Las ciudades y los hombres. Salamanca y Unamuno*. El Español número 9. Madrid, 26-XII-42.
- GARCÍA BLANCO, MANUEL: *Recuerdos de Ramón y Cajal en Unamuno*. Boletín de la Real Academia Española. XXXIII. Madrid, 1953.
- GARCÍA BLANCO, MANUEL: *Don Miguel de Unamuno y sus poesías*. Acta Salmanticensis. Serie de Filosofía y Letras; VIII. Salamanca, 1954.
- GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *Don Miguel de Unamuno*. Retratos contemporáneos. Buenos Aires, 1944.
- GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *Pío Baroja*. Retratos contemporáneos. Buenos Aires, 1944.
- GÓMEZ DE LA SERNA, RAMÓN: *Azorín*. Retratos contemporáneos. Buenos Aires, 2.ª edición, 1942.

BIBLIOGRAFIA

- GRANJEL, LUIS S.: *Cajal y la generación del noventa y ocho*. Imprensa Médica; XXII, 11: 465-76. Lisboa, 1958.
- GRANJEL, LUIS S.: *Baroja, Azorín y Maeztu en las páginas de «El Pueblo Vasco»*. Cuadernos Hispanoamericanos; 109. 5-17. Madrid, 1959.
- GRANJEL, LUIS S.: *Panorama de la generación del noventa y ocho*. Madrid, 1959.
- GRANJEL, LUIS S.: *Patografía de Unamuno*. Imprensa Médica; XVII; 663-71. Lisboa, 1953.
- GRANJEL, LUIS S.: *Retrato de Unamuno*. Madrid, 1957.
- GRANJEL, LUIS S.: *La personalidad médica de Pío Baroja*. Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina; III: 169-204. Madrid, 1951.
- GRANJEL, LUIS S.: *Presencia de Vasconia en la vida y en las obras de Pío Baroja*. Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País; 2: 155-67; 3: 363-87. San Sebastián, 1953.
- GRANJEL, LUIS S.: *Retrato onírico de Pío Baroja*. Imprensa Médica; XX; 12: 631-51. Lisboa, 1956.
- GRANJEL, LUIS S.: *Retrato de Pío Baroja*. Barcelona, 1953.
- GRANJEL, LUIS S.: *Vasconia vista por Azorín*. Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País; XI; 2: 219-26. San Sebastián, 1955.
- GRANJEL, LUIS S.: *Médicos y enfermos en las obras de Azorín*. Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina y de Antropología Médica; VII: 547-59. Madrid, 1955.
- GRANJEL, LUIS S.: *Retrato de Azorín*. Madrid, 1958.
- GRAU, JACINTO: *Unamuno, su tiempo y su España*. Buenos Aires, 1946.
- JURETSCHKE, HANS: *La generación del noventa y ocho. Su proyección, crítica e influencia en el extranjero*. Arbor; XI, 36; 517-44. Madrid, 1948.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La generación del noventa y ocho*. Madrid, 1945.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Miguel de Unamuno o la desesperación esperanzada*. La espera y la esperanza; 356-98. Madrid, 1957.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Azorín*. Vestigios; 504-06. Madrid, 1948.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Ocio y Trabajo*. Revista de Occidente. Madrid, 1960.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Gregorio Marañón, médico*. Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica. Enero-marzo, 1960.
- LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Mysterium doloris*. Publicaciones de la Universidad Internacional «Menéndez Pelayo». Madrid, 1955.

BIBLIOGRAFIA

- LAGENDRE, MAURICE: *La religión de Miguel de Unamuno*. Spes Nostra; 0: 8-24. Madrid, 1944.
- MADARIAGA, SALVADOR DE: *Miguel de Unamuno*. Semblanzas literarias contemporáneas; 127-59. Barcelona, 1924.
- MADARIAGA, SALVADOR DE: *Pío Baroja*. Semblanzas literarias contemporáneas; 101-83. Barcelona, 1924.
- MADARIAGA, SALVADOR DE: *Semblanzas literarias contemporáneas*. 219-29. Barcelona, 1953.
- MAEZTU, MARÍA DE: *Generación del 98*. Antología. Siglo XX. Prosistas españoles. Semblanzas y comentarios; 19-27; Buenos Aires, 1943.
- MAEZTU, RAMIRO DE: *El alma de 1898*. Nuevo Mundo. Madrid III, 1913.
- MARCO MERENCIANO, F.: *Fronteras de la locura*. Valencia, 1947.
- MARÍAS, JULIÁN: *Miguel de Unamuno*. Madrid, 1943.
- MARÍAS, JULIÁN: *Genio y figura de Miguel de Unamuno*. La filosofía española actual; 23-71; Buenos Aires, 1948.
- MONTORO, ANTONIO: *¿Cómo es Azorín?* (Datos y opiniones para su biografía). Madrid, 1953.
- NORA, EUGENIO G. DE: *La novela agónica de Unamuno*. La novela española contemporánea (1898-1927); 13-48. Madrid, 1958.
- NORA, EUGENIO G. DE: *Pío Baroja*. La novela española contemporánea; 97-229. Madrid, 1958.
- NORA, EUGENIO G. DE: *El arte descriptivo de Azorín*. La novela española contemporánea; 231-60. Madrid, 1958.
- OROMÍ, P. MIGUEL DE: *El pensamiento filosófico de Miguel de Unamuno. Filosofía existencial de la inmortalidad*. Madrid, 1943.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Unamuno y Europa, fábula*. Obras Completas; I. Madrid, 1946.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Ideas sobre Pío Baroja y Una primera vista sobre Baroja*. Obras Completas; II. Madrid, 1946.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ: *Azorín o primores de lo vulgar*. Obras Completas; II. Madrid, 1946.
- PARÍS, CARLOS: *El pensamiento de Unamuno y la ciencia positiva*. Arbor; XXII, 11-23. Madrid, 1952.
- PÉREZ FERRERO, MIGUEL: *Pío Baroja en su rincón*. San Sebastián, 1941.
- REVISTA: Número 68 (Barcelona, 1953), dedicado a Azorín.
- SALAVERRIA, JOSÉ M.^a: *La generación del noventa y ocho*. Nuevos retratos; 49-98. Madrid, 1930.

BIBLIOGRAFIA

- SALAVERRIA, JOSÉ M.^a: *Miguel de Unamuno*. Nuevos retratos, Madrid, 1926.
- SALAVERRIA, JOSÉ M.^a: *Pío Baroja*. Retratos. Madrid, 1926.
- SALINAS, PEDRO: *El concepto de generación literaria aplicado a la del noventa y ocho*. Literatura española. Siglo XX. México, 1949.
- SÁNCHEZ BARBUDO, ANTONIO: *Estudios sobre Unamuno y Machado*. Madrid, 1959.
- SERRANO PONCELA, SEGUNDO: *El tema de la existencia en la generación del noventa y ocho*. El secreto de Melibea y otros ensayos. Madrid, 1959.
- SERRANO PONCELA, SEGUNDO: *Eros y tres misóginos (Unamuno, Baroja, Azorín)*. El secreto de Melibea y otros ensayos. Madrid, 1951.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO: *Generación del noventa y ocho*. Panorama de la literatura española contemporánea; 120-34. Madrid, 1956.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO: *Unamuno*. Panorama de la literatura española contemporánea; 151-69. Madrid, 1956.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO: *Baroja*. Panorama de la literatura española contemporánea; 181-92. Madrid, 1956.
- TORRENTE BALLESTER, GONZALO: *Azorín*. Panorama de la literatura española contemporánea; 192-205. Madrid, 1956.
- TOVAR, ANTONIO: *Unamuno, su tiempo y el nuestro*. Arriba. Madrid, 31-XII-1946.
- ZUBIZARRETA, ARMANDO: *La inserción de Unamuno en el cristianismo: 1897*. Cuadernos Hispanoamericanos; 106: 7-35. Madrid, 1958.